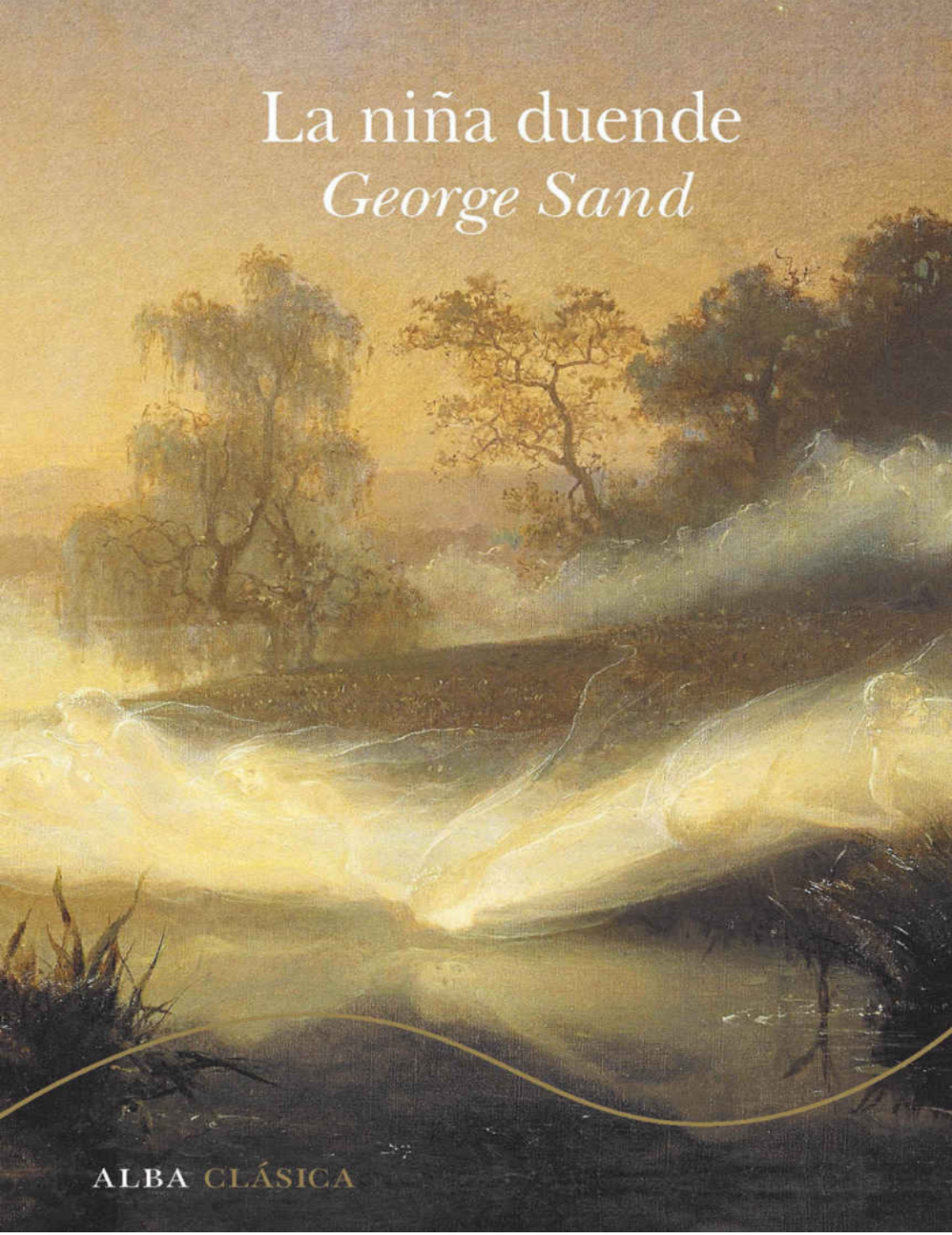
La niña duende

George Sand



ALBA CLÁSICA

GEORGE SAND

La niña duende

Traducción
María Teresa Gallego Urrutia
Amaya García Gallego

ALBA

Nota al texto

La petite Fadette es una de las cuatro novelas «bucólicas» o «campesinas» que escribió George Sand en el habla local y arcaica de la provincia de Berry, de donde era oriunda su familia paterna y en donde pasó la infancia en la mansión que su abuela tenía en Nohant, que heredó más adelante y en la que llegó a afincarse de forma definitiva con el paso de los años. Son las dos primeras *La mare au diable* [La charca del diablo] y *François le Champi* [François el Enechado]. Se publicaron respectivamente en 1847 y 1848. *La niña duende (La petite Fadette)* se publicó primero por entregas en diciembre de 1848 y enero de 1849 en el diario *Le Crédit*. Posteriormente hubo varias ediciones en dos volúmenes y, finalmente, en uno. La cuarta novela «campesina» es *Les maîtres sonneurs* [Los maestros gaiteros], publicada en 1853.

En una carta de 1848 le comenta la autora al editor Pierre-Jules Hetzel que su primera intención había sido titular la novela *Les Deux bessons* [Los dos mielgos], pero que luego decidió dar preferencia al personaje femenino; e insiste en el doble sentido del título: Fadette es el apellido feminizado de la protagonista (véase la nota de la página 24), pero es también el femenino de *fadet*, otra forma de nombrar a los duendes y el apodo que recibe desde niña por ser nieta de una curandera con fama de bruja. Al no poder conservar el doble sentido del título en francés, nos hemos decantado por el segundo para el título en castellano.

La presente traducción se ha realizado a partir de la edición de Garnier Frères, París, 1958, con un estudio previo de la obra y notas de Pierre Salomon y Jean Mallion.

LAS TRADUCTORAS

Prefacios

I

Nohant, septiembre de 1848

Y, mientras hablábamos de la República con la que soñamos y de la que padecemos, habíamos llegado a ese punto umbroso del camino en que el serpol invita al descanso.

–¿Te acuerdas de que pasamos por aquí hace un año y aquí nos quedamos un atardecer entero? –me dijo él–. Porque fue aquí donde me contaste la historia del Enechado[1] y te aconsejé que la escribieras con el mismo tono coloquial que me la habías contado.

–Copiado del estilo de nuestro Agramador[2]. Lo recuerdo, y me parece que desde aquel día hemos vivido diez años.

–Y, sin embargo, la naturaleza no ha cambiado –respondió mi amigo–; la noche sigue siendo límpida, las estrellas siguen brillando, el tomillo silvestre sigue oliendo bien.

–Pero los hombres han empeorado; y nosotros, igual que los demás. Los buenos se han vuelto débiles; los débiles, cobardes; los generosos, temerarios; los escépticos, perversos; los egoístas, feroces.

–¿Y nosotros? –dijo él–. ¿Qué éramos y en qué nos hemos convertido?

–Estábamos tristes; nos hemos vuelto desdichados –le contesté.

Me reprendió por mi desaliento y quiso demostrarme que las revoluciones no son un lecho de rosas. Eso ya lo sabía yo y, en lo que a mí respecta, no me preocupaba; pero quiso demostrarme también que la escuela de la desdicha era buena y desarrollaba fuerzas que la tranquilidad acaba por entumecer. No era yo de su opinión en aquel momento, no podía aceptar con tanta facilidad los malos instintos, las malas pasiones y las malas acciones que afloran con las revoluciones.

–Alguna escasez que otra y un incremento de trabajo pueden resultar muy saludables a las personas de nuestra condición –le decía–; pero un incremento de miseria es la muerte del pobre. Y, además, dejemos de lado los padecimientos materiales: existe en la humanidad ahora mismo un sufrimiento moral que no puede traer nada bueno. El malo sufre, y el sufrimiento del malo es la rabia; el justo sufre, y el sufrimiento del justo es el martirio, al que pocos hombres sobreviven.

–¿Estás perdiendo acaso la fe? –me preguntó mi amigo, escandalizado.

–Es más bien –dije– el momento de mi vida en que he tenido más fe en el porvenir de las ideas, en la bondad de Dios, en los destinos de la revolución. Pero la fe se cuenta por siglos y es una idea que abarca el tiempo y el espacio, sin tomar en cuenta los días ni las horas; y nosotros, pobres humanos, contamos los instantes de nuestro veloz tránsito y paladeamos su júbilo o su amargura sin poder defendernos de vivir compartiendo corazón e ideas con nuestros contemporáneos. Cuando se extravían, nos alteramos; cuando se pierden, perdemos nosotros la esperanza; cuando sufren, no podemos sentirnos tranquilos ni dichosos. La noche es hermosa, dices, y las estrellas brillan. Desde luego, y esta serenidad de los cielos y la tierra es la imagen de la imperecedera verdad cuyo manantial divino no pueden agostar ni enturbiar los hombres. Pero, mientras contemplamos el éter y los astros, mientras aspiramos el aroma de las plantas silvestres y la naturaleza entona a nuestro alrededor su eterno idilio, hay quien se asfixia, quien languidece, quien llora, quien lanza estertores, quien expira en los sotabancos y en los calabozos. Nunca ha proferido la raza humana un lamento más sordo, más ronco ni más amenazador. Todo pasará y el porvenir nos pertenece, lo sé; pero el presente nos diezma. Dios sigue reinando; pero, ahora mismo, no gobierna.

–Esfuérzate por salir de este abatimiento –me dijo mi amigo–. Piensa en tu arte e intenta volver a hallar algún agrado personal en los recreos que te impone.

–El arte es como la naturaleza –le dije–: siempre es hermoso. Es como Dios, que siempre es bueno; pero hay épocas en que se conforma con existir en estado de abstracción, amparándose en que hará acto de presencia más adelante, cuando sus adeptos se lo merezcan. Su hálito resucitará entonces las liras, mudas desde hace tanto; pero ¿podrá hacer que vibren las que la tormenta haya quebrado? El arte está ahora mismo en plena descomposición para que llegue un florecimiento nuevo. Es igual que todas las cosas humanas en tiempos de revolución, igual que las plantas que perecen en invierno para renacer en primavera. Pero el mal tiempo mata muchos brotes. ¿Qué importancia tienen en la naturaleza unas cuantas flores o unos cuantos frutos menos? ¿Qué importa en la humanidad que se apaguen unas cuantas voces, que el dolor o la muerte hielen unos cuantos corazones? No, el arte no puede consolarme de cuanto padecen hoy en la tierra la justicia y la verdad. El arte podrá vivir sin nosotros. Soberbio e inmortal como la poesía y como la naturaleza, seguirá sonriendo sobre nuestras ruinas. Nosotros, que estamos transitando

por estos días nefastos, antes que artistas intentemos ser hombres;[3] tenemos que deplorar algo mucho más importante que el silencio de las musas.

–Escucha el canto de la labranza –me dijo mi amigo–. Eso al menos no es un insulto para ningún dolor y hace quizá más de mil años que el buen vino de nuestros campos «siembra y consagra», como las brujas de *Fausto,* bajo los auspicios de esa cantilena sencilla y solemne.

Escuché el recitativo del labrador, que entrecortaban prolongados silencios; admiré la infinita variedad que el grave capricho de su improvisación imponía a la antigua melodía sacramental. Era como una ensoñación de la propia naturaleza, o como una fórmula misteriosa con la que la tierra proclamaba todas y cada una de las fases de la unión de su fuerza con el trabajo del hombre.

La ensoñación en que caí yo también, y a la que ese canto nos dispone mediante una irresistible fascinación, me cambió el curso de las ideas.

–De lo que me decías aquí el año pasado no cabe duda –le dije a mi amigo–. La poesía es algo más que los poetas, está fuera de ellos, por encima de ellos. Las revoluciones no pueden con ella. ¡Ah, presos, ah, agonizantes, cautivos y vencidos de todas las naciones, mártires de todos los progresos! Habrá siempre en el hálito del aire que la voz humana hace vibrar una armonía bienhechora que os infundirá en el alma un alivio religioso. Ni siquiera se precisa tanto; bastan el canto del ave, el zumbido del insecto, el susurro de la brisa, el mismísimo silencio de la naturaleza que siempre entrecortan algunos sonidos misteriosos de indecible elocuencia. Si ese lenguaje furtivo puede llegarnos a los oídos aunque no sea más que por un momento, nos evadimos con el pensamiento del yugo cruel del hombre y nuestra alma sobrevuela libremente la creación. Ahí es donde reside ese hechizo soberano que es la auténtica posesión común, del que el pobre disfruta seguramente más que el rico y que se le revela a la víctima de mejor grado que al verdugo.

–Ya ves –me dijo mi amigo– que, por muy afligidos y desdichados que nos sintamos, no es posible arrebatarnos esa dulzura de amar la naturaleza y de descansar en su poesía. Pues bien está; si no podemos dar ya sino eso a los desdichados, sigamos haciendo arte como lo entendíamos antes, es decir, celebremos con dulzura esa poesía tan dulce, exprimámosla como el suco de una planta bienhechora en las heridas de la humanidad. No cabe duda de que quedarían por

encontrar, en la búsqueda de las verdades aplicables a su salvación material, muchos otros remedios. Pero otros, que no seremos nosotros, lo harán mejor que nosotros; y como la cuestión vital inmediata de la sociedad es ahora mismo una cuestión de hecho, tratemos de suavizar la fiebre de la acción, en nosotros y en los demás, con alguna distracción inocente. Si estuviéramos en París, no nos reprocharíamos ir de vez en cuando a oír música para refrescarnos el alma. Puesto que estamos en el campo, escuchemos la música de la naturaleza.

–Puesto que así son las cosas –le dije a mi amigo–, volvamos por nuestros bucólicos fueros. ¿Te acuerdas de que antes de la revolución filosofábamos precisamente sobre cómo ha atraído de siempre a los espíritus muy castigados por las desdichas públicas refugiarse en los sueños pastoriles, en cierto ideal de la vida campestre tanto más candoroso e infantil cuanto más brutales eran los hábitos y más sombríos los pensamientos en el mundo real?

–Es cierto, y nunca me he percatado mejor que ahora. Te confieso que estoy tan cansado de dar vueltas dentro de un círculo vicioso en política, tan hastiado de acusar a la minoría gobernante para verme obligado a reconocer acto seguido que a esa minoría la ha elegido la mayoría, que me gustaría olvidarme de todo, aunque no fuera más que durante una velada, para escuchar a ese campesino que cantaba hace un rato, o a ti si tuvieras a bien narrarme uno de esos cuentos que el agramador de tu pueblo te cuenta en las veladas de otoño.

–El labriego ya no volverá a cantar hoy, porque ya se ha puesto el sol y se recoge con sus bueyes dejando el arado en el surco. El cáñamo sigue a remojo en el río y ni siquiera ha llegado aún el tiempo en que se yergue en gavillas que parecen fantasmas bajitos en formación de batalla a la luz de la luna, bordeando los vallados y las chozas. Pero conozco al agramador; siempre tiene ganas de contar historias y no vive lejos de aquí. Podemos ir a invitarlo a cenar y, como lleva mucho sin agramar y no ha tragado polvo, estará aún más locuaz y tendrá más resuello para hablar largo y tendido.

–Pues vamos a buscarlo –dijo mi amigo, regocijado de antemano–; y mañana escribirás lo que cuente para seguir adelante con una colección, junto con *La charca del diablo* y *François el Enechado*, de cuentos aldeanos que llamaremos, como manda la tradición, *Las veladas del agramador*.

–Y dedicaremos esa antología a nuestros amigos presos; ya que se nos prohíbe hablarles de política, solo podemos referirles cuentos para distraerlos o adormecerlos. Le dedico este en particular a Armand…

–Vale más no nombrarlo –replicó mi amigo–; le verían un sentido oculto a tu apólogo y descubrirían que oculta alguna conspiración abominable. Sé a quien te refieres y *él* también lo sabrá sin que escribas siquiera la primera letra del apellido[4].

Después de una buena cena, el agramador, viendo a su diestra un jarro grande de vino blanco y a su siniestra un bote de tabaco para pasar la velada llenando la pipa a discreción, nos contó la siguiente historia.

GEORGE SAND

II[5]

Nohant, 21 de diciembre de 1851

Fue tras las nefastas jornadas de junio de 1848 cuando, consternado y desconsolado hasta lo más hondo por las tormentas exteriores, me esforcé en recuperar en soledad, si no la tranquilidad, al menos la fe. Si hacía profesión de filosofía, podría creer o hacer que creía que la fe en las ideas trae consigo la paz mental ante los hechos desastrosos de la historia contemporánea; pero no es eso lo que a mí me sucede y reconozco humildemente que la certidumbre de un porvenir providencial no puede cerrar la entrada en un alma de artista al dolor de estar transitando por un presente que entenebrece y desgarra la guerra civil.

Para los hombres de acción que se ocupan personalmente de los hechos políticos hay en todo partido y en toda situación una fiebre de esperanza o de angustia, una ira o una alegría, la embriaguez del triunfo o la indignación de la derrota. Pero para el pobre poeta, igual que para la mujer ociosa, que contemplan los acontecimientos sin sentir un interés directo y personal, fuere cual fuere el resultado de la lucha, quedan el hondo espanto de la sangre vertida en ambos bandos y una suerte de desesperación al ver tal odio, tales insultos, tales amenazas y tales calumnias, que se elevan al cielo como un impuro holocausto después de unas convulsiones sociales.

En momentos así un genio atormentado y poderoso como el de Dante escribe con sus lágrimas, con su hiel y con sus nervios, un poema terrible, un drama colmado de tormentos y gemidos. Hay que tener la templanza de esa alma de hierro y fuego para detener la imaginación en los horrores de un infierno simbólico cuando se tiene ante la vista el doloroso purgatorio de la desolación terrenal. En nuestros días, más débil y más sensible, el artista, que no es sino el

reflejo y el eco de una generación bastante parecida a él, siente la imperiosa necesidad de apartar la vista y de distraer la imaginación, trasladándose a un ideal de sosiego, de inocencia y de ensoñación. Actúa así por invalidez, pero no debe avergonzarse, pues hacerlo es también deber suyo. En un tiempo en que el mal procede de que los hombres se desconocen y se aborrecen, la misión del artista es la de celebrar la dulzura, la confianza y la amistad, y recordar así a los hombres endurecidos o desalentados que las costumbres puras, los sentimientos tiernos y la equidad primitiva son o pueden ser aún de este mundo. Las alusiones directas a las desdichas presentes, la exhortación a las pasiones que fermentan, no son el camino de la salvación: más vale una dulce canción, el son de un rústico caramillo, un cuento para dormir a los niños pequeños sin temor y sin sufrimiento, que el espectáculo de los males de la realidad que los colores de la ficción refuerzan y oscurecen aún más.

Predicar la unión mientras la gente se degüella es predicar en desierto. Hay tiempos en que las almas están tan revueltas que hacen oídos sordos a cualquier exhortación directa. Desde aquellas jornadas de junio cuya consecuencia inevitable son los acontecimientos actuales[6], el autor del cuento que se va a leer se impuso la tarea de ser *amable* aunque tuviera que morirse de pena. Consintió en que se riesen de sus relatos pastoriles, como había consentido en que se rieran de lo demás, sin preocuparse por las sentencias de algunos críticos. Sabe que ha agradado a quienes gustan *de ese tono* y que agradar a quienes padecen su mismo mal, a saber, el aborrecimiento del odio y de las venganzas, es hacerles todo el bien que pueden tolerar; bien fugitivo, alivio pasajero, cierto es, pero más real que una declamación apasionada y más impresionante que una demostración clásica.

GEORGE SAND

I

Al compadre Barbeau, del pueblo de La Cosse, no le iban mal los asuntos; la prueba es que era del concejo de su comuna. Tenía dos tierras que le daban para alimentar a la familia y, de propina, les sacaba beneficio. Recogía en sus prados heno a carretadas y, quitando el que crecía a la orilla del arroyo, un poco perjudicado por los juncos, era un forraje famoso en el lugar por ser de primera calidad.

La casa del compadre Barbeau estaba bien construida, techada con tejas, en un sitio bien ventilado de la ladera, con una huerta que daba mucho y una viña de seis jornales. Para acabar, tenía, detrás del granero, un hermoso huerto de frutales que por aquí llaman un vallado, donde la fruta abundaba, tanto ciruelas como cerezas mollares, peras y serbas. Hasta los nogales de sus borduras eran los más viejos y los más grandes en dos leguas a la redonda.

El compadre Barbeau era hombre animoso, buena persona, muy devoto de su familia sin ser injusto con sus vecinos y demás miembros de la parroquia.

Tenía ya tres hijos cuando a la comadre Barbeau, viendo seguramente que le llegaba para cinco y que había que darse prisa porque la edad se le echaba encima, se le ocurrió darle dos a la vez, dos hermosos varones; y, como eran tan parecidos que casi no se los podía distinguir entre sí, no tardó en caer todo el mundo en la cuenta de que eran dos mielgos, es decir, dos gemelos de un parecido perfecto.

A la comadre Sagette[7], que los recogió en el mandil según venían al mundo, no se le olvidó hacerle al que nació primero una crucecita en el brazo con una aguja porque, a lo que decía, un trozo de cinta o un collar pueden confundirse y así se pierde la primogenitura. «Cuando el niño esté más fuerte –dijo–, habrá que hacerle una señal que no pueda borrarse nunca»; y así se hizo sin falta. Al mayor lo llamaron Sylvain, que no tardó en convertirse en Sylvinet, para distinguirlo de su hermano mayor, que le hizo de padrino; y al segundo le pusieron Landry, nombre que conservó tal y como lo recibió en el bautismo, porque a su tío, que también era su padrino, se le había quedado de la mocedad la costumbre de que lo llamasen Landriche.

El compadre Barbeau se quedó un tanto extrañado, al volver del mercado, cuando vio dos cabecitas en la cuna.

–Vaya, vaya –dijo–, aquí tenemos una cuna demasiado chica. Mañana por la mañana tendré que ensancharla.

Tenía cierta maña para la carpintería, sin haber aprendido nunca, y había hecho él la mitad de los muebles. No mostró más extrañeza y se fue a atender a su mujer, que se bebió un vaso entero de vino caliente que no le sentó nada mal.

–Lo haces tan bien, mujer –le dijo–, que debería darme fuerzas. Aquí tenemos dos hijos más que alimentar que no nos hacían ninguna falta; lo cual quiere decir que no debo holgar en cultivar la tierra y criar el ganado. Estate tranquila, que se trabajará; pero la próxima vez no me des tres, que ya sería demasiado.

La comadre Barbeau se echó a llorar, con lo que el compadre Barbeau se disgustó mucho.

–Despacito, despacito –dijo–, que no es para llevarse un sofocón, mujer mía. Que no te lo he dicho por reproche, sino, todo lo contrario, por agradecimiento. Estos dos niños son guapos y bien formados; no tienen defectos en el cuerpo, de lo cual me alegro mucho.

–¡Ay, Dios mío! –dijo la mujer–. Bien sé que no me lo reprocha, señor amo; pero yo ando preocupada porque me han dicho que no había nada más expuesto ni más peliagudo de criar que unos mielgos. Se perjudican uno a otro y casi siempre tiene que morir uno de los dos para que el otro medre.

–¡Ya, ya! –dijo el padre–. Pero ¿es verdad eso? Por lo que a mí me toca, son los primeros mielgos que veo. No es cosa corriente. Pero aquí está la comadre Sagette, que sabe de esto y que nos va a decir cómo es la cosa.

Llamado que la hubieron, la comadre Sagette dijo:

–Fíense de mí; estos dos mielgos vivirán, no cabe duda, y no pillarán más malatías que otros niños. Llevo cincuenta años en el oficio de partera, viendo nacer, vivir o morir a todos los niños del cantón. Así que no es la primera vez que me llegan unos gemelos. Para empezar, el parecido no tiene nada que ver con la salud. Los hay que se parecen tanto como vusté y yo, y ocurre con frecuencia que uno sea recio y el otro débil, con lo que uno vive y el otro se muere; pero fíjese en los suyos, son cada cual tan guapo y de tan buen cuerpo como si fueran hijos únicos. Así que no se han perjudicado el uno al otro en las entrañas de su madre; los ha parido a los dos sin que la hicieran padecer demasiado y sin padecer ellos. Son de lo más bonito y están pidiendo vivir. Así que consuélese, comadre Barbeau, que le va a dar gusto verlos crecer; y, si siguen adelante, solo vusté y quienes los vean a diario podrán distinguirlos; porque nunca he visto dos mielgos más parecidos. Son como dos perdigones recién salidos del huevo, unas

cositas tan iguales que solo la madre perdiz los puede reconocer.

–¡Mucho me huelga saberlo! –dijo el compadre Barbeau, rascándose la cabeza–. Pero he oído decir que a los mielgos les entraba tanto apego uno con otro que cuando se separaban ya no podían seguir viviendo y que a uno de los dos por lo menos lo consumía la pena hasta que se moría.

–Es la verdad verdadera –dijo la comadre Sagette–; pero atienda a lo que va a decirle una mujer de experiencia. No lo eche al olvido porque, cuando les llegue a sus hijos la edad de irse de casa, a lo mejor ya no estoy en este mundo para darle consejos. Tenga buen cuidado, en cuanto sus mielgos empiecen a reconocerse, de no dejarlos siempre juntos. Lleve a uno al trabajo mientras el otro guarda la casa. Cuando uno vaya de pesca, mande al otro de caza; cuando uno cuide las ovejas, que vaya el otro a ver a los bueyes al pastizal, cuando a uno le dé vino a beber, dele al otro un vaso de agua, y a la recíproca. No los riña o no los castigue al mismo tiempo; no los vista igual; cuando uno lleve sombrero, que lleve el otro gorra; y sobre todo que los blusones no sean del mismo azul. Y, para terminar, por todos los medios que se le puedan ocurrir, no los deje que se mezclen entrambos y se acostumbren a no poder estar el uno sin el otro. Y esto que le estoy diciendo mucho me temo que lo eche vusté en saco roto, pero, si no lo hace, algún día le entrará un buen cargo de conciencia.

Lo que decía la comadre Sagette valía su peso en oro y la creyeron. Le prometieron hacer lo que decía y le hicieron un buen regalo antes de despedirla. Luego, como había insistido mucho en recomendar que los mielgos no mamasen la misma leche, empezaron enseguida a buscar un ama de cría.

Pero no encontraron ninguna por allí. La comadre Barbeau, que no había contado con dos niños y había amamantado a todos sus demás hijos, no lo tenía previsto. El compadre Barbeau tuvo que irse a buscar esa ama de cría por las inmediaciones y, entretanto, como la madre no podía dejar padecer a sus criaturas, les dio el pecho a ambas.

La gente de esta tierra no es de decisiones rápidas y, por muy rico que sea uno, siempre hay que regatear un poco. Era sabido que los Barbeau eran gente de posibles y pensaban que como la madre no era ya tan joven no podría atender a dos niños de teta sin quedarse agotada. Así que todas las amas de cría que pudo encontrar el compadre Barbeau le pidieron dieciocho libras mensuales, ni más ni menos que a un burgués.

Al compadre Barbeau le habría gustado no pagar más que doce o

quince libras, considerando que era ya mucho para un campesino. Fue para todos lados y discutió un tanto sin concretar nada. El asunto no corría mucha prisa porque dos niños tan pequeños no podían cansar a la madre; y estaban tan sanos y eran tan tranquilos los dos, tan poco llorones, que poco más trabajo que uno solo daban en la casa. Cuando uno dormía, el otro dormía también. El padre había arreglado la cuna y cuando lloraban los dos a la vez, los mecían o los tranquilizaban al mismo tiempo.

Por fin el compadre Barbeau se arregló con un ama de cría por quince libras y no quedaba ya más por concretar que cinco francos para alfileres cuando su mujer le dijo:

–¡Bah, señor amo! No veo por qué nos vamos a gastar ciento ochenta o doscientas libras al año como si fuéramos unos señores y como si yo no tuviera ya edad para criar a mis niños. Tengo leche de sobra para eso y más. Los chicos ya tienen un mes y ¡mire si no están lucidos! La Merlaude, esa que quiere vusté ponerle de ama de cría a uno de los dos, no es ni la mitad de fuerte y de sana que yo; su leche tiene ya dieciocho meses y no es eso lo que necesita un niño tan pequeño. La Sagette nos dijo que no les diésemos la misma leche a los dos mielgos para que no se cogiesen demasiado apego; es verdad que lo dijo; pero ¿no dijo también que había que cuidarlos igual de bien porque, a fin de cuentas, los mielgos no acaban de tener la vida tan recia como los demás niños? Prefiero que los nuestros se quieran demasiado a sacrificar a uno por culpa del otro. Y, además, ¿a cuál de los dos damos a criar? Le reconozco que me daría la misma pena separarme de uno o de otro. Puedo decirle que he querido mucho a todos mis hijos, y no sé por qué pasa lo que pasa, pero para mí que estos son los más pulidos y los más ricos que haya tenido en brazos. Siento por ellos no sé qué que me tiene siempre temiendo perderlos. Se lo ruego, marido mío, deje de pensar en esa ama de cría; en lo demás haremos todo lo que la Sagette haya recomendado. ¿Cómo quiere vusté que unos niños de teta se cojan demasiado apego cuando como mucho sabrán diferenciar las manos de los pies cuando se desteten?

–No deja de ser verdad eso que dices, mujer mía –contestó el compadre Barbeau mirando a su mujer, que todavía era frescachona y robusta como se ven pocas–; pero ¿y si a pesar de todo, según engorden estos niños, te vas desmejorando tú?

–No tenga cuidado –dijo la Barbeaude–; me noto el mismo apetito que cuando tenía quince años; y, además, si me sintiera agotada, le

prometo que no se lo ocultaría y siempre estaríamos a tiempo de mandar a uno de estos pobres niños fuera de casa.

El compadre Barbeau se rindió, tanto más cuanto que prefería con mucho no hacer gastos inútiles. La comadre Barbeau amamantó a sus mielgos sin quejarse de nada y sin padecer; y era incluso tan dispuesta que, dos años después de haber destetado a los niños, trajo al mundo a una niña muy guapa, a la que llamaron Nanette, y a la que también amamantó ella. Pero era pasarse un poco y le hubiera costado llegar hasta el final si su hija mayor, que andaba por el primer hijo, no la hubiera ayudado de vez en cuando dando de mamar a su hermanita.

Así fue creciendo toda la familia y no tardó en pulular al sol, los tíos y tías pequeños con los sobrinitos y las sobrinitas, que no tenían que echarse en cara que fueran unos más revoltosos o más formales que los otros.

II

Los mielgos crecían que daba gloria verlos sin ponerse malos más veces que los demás niños; e incluso eran de temperamento tan dulce y de tan buen natural que hubiérase dicho que no los molestaban los dientes ni el crecimiento tanto como a los demás chiquillos.

Eran rubios y rubios siguieron siendo toda la vida. No podían tener mejor aspecto; los ojos grandes y azules, buena caída de hombros, el cuerpo tieso y bien plantado, más estatura y más atrevimiento que todos los demás de su edad; y toda la gente de los alrededores que pasaba por el pueblo de Cosse se paraba a mirarlos para maravillarse de su parecido, y todos se marchaban diciendo: «La verdad es que es un bonito par de muchachos».

Con lo cual desde muy pronto los mielgos se acostumbraron a que los mirasen y les hicieran preguntas y a no volverse vergonzosos ni tontos al crecer. Estaban a gusto con todo el mundo y, en vez de esconderse detrás de las zarzas, como hacen los niños de por aquí cuando ven a un forastero, miraban de frente al primero que se presentase, pero siempre muy educados, y contestaban a cuanto les preguntaban sin agachar la cabeza ni hacerse de rogar. Al principio, uno no los diferenciaba y parecía estar viendo un huevo y otro huevo. Pero al cabo de un rato mirándolos bien se notaba que Landry era una pizca más alto y más fuerte, que tenía el pelo algo más abundante, la nariz más grande y los ojos más espabilados. También tenía la frente más ancha y la expresión más resuelta; e incluso una señal que tenía su hermano en la mejilla derecha, él la tenía en la izquierda y mucho más marcada. Así que la gente del lugar los diferenciaba bien; aunque, sin embargo, necesitaba un momentito y, al caer la noche o a cierta distancia, casi todos se confundían, tanto más cuanto que los mielgos tenían la voz muy parecida y, como sabían muy bien que era posible confundirlos, contestaban uno por otro sin molestarse en avisar de la confusión. Hasta Barbeau se hacía un lío a veces. Así que, como había anunciado la Sagette, solo la madre no se hacía un lío nunca, ni que fuera noche cerrada ni de muy lejos que los viera venir o los oyese hablar.

De hecho, tanto montaba que fuera uno u otro; y aunque Landry fuese un adarme más alegre o más atrevido que su hermano mayor, Sylvinet era tan cariñoso y de pensamiento tan afinado que era imposible quererlo menos que al benjamín. Estuvieron tres meses pensando, efectivamente, en impedirles que se acostumbrasen

demasiado el uno al otro. Tres meses es mucho tiempo en el campo para respetar algo que vaya contra la costumbre. Pero, por una parte, no se veía que valiera de gran cosa y, por otra, el señor párroco había dicho que la comadre Sagette estaba chocha y que lo que Dios había puesto en las leyes de la naturaleza no podían deshacerlo los hombres. De modo que poco a poco fue cayendo en el olvido todo cuanto se habían prometido hacer. La primera vez que los pusieron de corto con pantalones para ir a misa los vistieron con el mismo paño, porque usaron las mismas sayas de la madre para vestirlos a los dos, y la hechura fue la misma porque el sastre de la parroquia no sabía más que una.

Cuando tuvieron edad, se notó que les gustaban los mismos colores, y cuando su tía Rosette quiso regalarle a cada uno una corbata por año nuevo escogieron los dos la misma corbata lila del buhonero que llevaba artículos de mercería de puerta en puerta a lomos de su caballo percherón. La tía les preguntó si era porque pensaban que tenían que ir los dos vestidos siempre iguales. Pero los mielgos no veían tan allá; Sylvinet contestó que eran el color y el estampado de corbata más bonitos de todos los que llevaba el mercero en el hato y, acto seguido, Landry afirmó que todas las demás corbatas eran feas.

–¿Y el color de mi caballo? –dijo el comerciante, sonriendo–, ¿qué os parece?

–Muy feo –dijo Landry–. Parece una urraca vieja.

–Feísimo –dijo Sylvinet–. Es exactamente igual que una urraca a medio desplumar.

–Ya ve vusté –le dijo el mercero a la tía con expresión ponderada– que estos niños tienen la misma vista. Si uno ve amarillo lo rojo, enseguida el otro verá rojo lo que es amarillo y en esto no hay que llevarles la contraria porque dicen que, cuando se quiere impedir que los mielgos dejen de verse como los dos estampados del mismo dibujo, se vuelven tontos y ya no saben lo que dicen.

El mercero lo decía porque sus corbatas lila desteñían y le venía bien vender dos a la vez.

Según fue pasando el tiempo, todo siguió lo mismo y los mielgos vistieron tan iguales que había mayor motivo aún para confundirlos y bien por infantil malicia, bien por la fuerza de esa ley de la naturaleza que al párroco le parecía imposible deshacer, cuando a uno se le rompía la punta del zueco, el otro despuntaba enseguida el suyo del mismo pie, cuando uno se hacía un siete en la chaqueta o en la gorra, el otro, sin más tardar, imitaba tan bien el desgarrón que hubiérase

dicho que era consecuencia del mismo accidente; y entonces estos mielgos míos se reían y ponían una cara de taimada inocencia cuando les pedían explicaciones.

Para bien o para mal, esta avenencia siguió aumentando con la edad y, el día en que supieron razonar un tanto, los niños se dijeron que no podían jugar con otros niños cuando faltaba uno de los dos y, cuando el padre intentó llevarse todo el día a uno mientras el otro se quedaba con la madre, estuvieron los dos tan tristes, tan pálidos y tan flojos en la tarea que era para pensar que estaban malos. Y luego, cuando se volvieron a encontrar al caer la tarde, se fueron los dos al azar de los caminos, cogidos de la mano y sin querer volver a casa, del gusto que les daba estar juntos y también porque estaban un poco enfurruñados con sus padres por haberles dado semejante disgusto. Nadie volvió ya a intentar repetirlo, porque hay que decir que el padre y la madre, y otro tanto los tíos y las tías, y los hermanos y las hermanas, les tenían a los mielgos un cariño que rayaba no poco en debilidad. Estaban orgullosos de ellos a fuerza de que se los alabaran y también porque eran, de verdad, dos niños que no eran ni feos, ni tontos, ni malos. De vez en cuando el compadre Barbeau se preocupaba un poco, bien es cierto, por qué iba a pasar con esa costumbre de estar siempre juntos cuando llegasen a hombres y, recordando las palabras de la Sagette, intentaba pincharlos para que se tuvieran envidia. Si cometían un pecadillo, le daba un tirón de orejas a Sylvinet, por ejemplo, y le decía a Landry: «Por esta vez a ti te perdono porque sueles ser el más formal». Pero a Sylvinet lo consolaba del escozor de las orejas ver que su hermano se lo había ahorrado, y Landry lloraba como si el castigado fuera él. Intentaron también darle solo a uno algo que quisieran los dos; pero, acto seguido, si era algo rico de comer, se lo repartían; o si era algo de jugar o una navajita u otra herramienta de su edad, lo usaban juntos o se lo prestaban y se lo devolvían, sin diferenciar lo tuyo de lo mío. ¿Que le elogiaban a uno el comportamiento, aparentando no hacerle justicia al otro? El otro se ponía contento y ufano al ver cómo animaban y hacían cariños a su mielgo y empezaba a animarlo y a hacerle cariños él también. En fin, que intentar separarlos, en el ánimo o en el cuerpo, era perder el tiempo y, como a nadie le gusta contrariar a unos niños a los que se quiere, aunque sea por su bien, no tardó todo el mundo en dejar las cosas como Dios las había dispuesto; o convirtieron eso de buscarles las cosquillas en un juego que a los mielgos no los engañaba. Eran muy pícaros y, a veces, para que los dejasen en paz, hacían incluso

como que se peleaban o se pegaban; pero era solo de guasa y tenían buen cuidado, cuando se revolcaban, enzarzados, de no hacerse el menor daño; si algún mirón se extrañaba de verlos de trapatiesta, se escondían para burlarse de él y se los oía parlotear y canturrear juntos como dos mirlos en una rama.

Pese a tan gran parecido y tan gran afición, Dios, que no ha hecho nada exactamente igual ni en el cielo ni en la tierra, quiso dar a cada uno un destino bien diferente y entonces fue cuando se vio que eran dos criaturas separadas en el pensamiento de Dios y de temperamento diferente.

No quedó clara la situación más que poniéndola a prueba, y esa prueba llegó después de que hicieran juntos la primera comunión. La familia de Barbeau crecía por obra y gracia de sus dos hijas mayores, que no andaban remisas en traer hermosos niños al mundo. Su hijo mayor, Martin, un muchacho guapo y cabal, estaba en el servicio militar; sus yernos eran cumplidos trabajadores, pero no todos los días abundaba la tarea. Hemos tenido, en estas tierras, unos cuantos años malos seguidos, tanto por las calamidades del tiempo como por los aprietos del comercio, que le ha sacado del bolsillo a la gente del campo más escudos de los que le ha metido. De forma tal que el compadre Barbeau no tenía posibles suficientes para tener a toda su gente en casa y era menester pensar en colocar a sus mielgos en otra. El compadre Caillaud, de La Priche, le propuso coger a uno para llevar los bueyes, porque tenía una finca grande que sacar adelante y todos sus muchachos eran o demasiado mayores o demasiado pequeños para esa tarea. La comadre Barbeau se asustó y se disgustó mucho cuando su marido se lo mencionó por primera vez. Parecía que nunca hubiera previsto que algo así les fuera a ocurrir a sus mielgos; y, no obstante, había tenido esa preocupación desde que llegaron al mundo; pero, como estaba muy sometida a su marido, no supo qué decir. También el padre, por su cuenta, andaba con esa intranquilidad y preparó la cosa con tiempo. De entrada, los dos mielgos lloraron y se pasaron tres días por los bosques y los prados, sin que se les echara la vista encima más que a la hora de las comidas. No hablaban ni palabra con sus padres y, cuando les preguntaban si habían pensado en amoldarse, no contestaban nada, pero le daban muchas vueltas cuando estaban juntos.

El primer día solo supieron lamentarse ambos e ir agarrados del brazo como si hubiesen temido que fueran a separarlos por la fuerza. Pero el compadre Barbeau no habría hecho cosa tal. Tenía la sabiduría

de un campesino, que consiste a medias en paciencia y a medias en confianza en los efectos del paso del tiempo. Así que al día siguiente, a los mielgos, al ver que no los agobiaban y se contaba con que entrasen en razón, los asustó más la voluntad paterna de lo que habrían hecho las amenazas y los castigos.

–Al final no va a quedar más remedio que pasar por el aro –dijo Landry– y lo que hay que saber es cuál de los dos se va a ir; porque nos han dado a escoger y el compadre Caillaud ha dicho que no podía cogernos a los dos.

–¿Y a mí qué más me da irme que quedarme si tenemos que separarnos? –dijo Sylvinet–. No solo pienso en lo de ir a vivir a otra parte; si fuera contigo, ya me desacostumbraría de nuestra casa.

–Eso es muy fácil de decir –contestó Landry–, pero sin embargo el que se quede con nuestros padres tendrá más consuelo y menos disgusto que el que deje de ver a su gemelo, y a su padre, y a su madre, y su jardín, y sus animales, y todo lo que suele ser de su gusto.

Landry decía estas cosas con expresión bastante resuelta, pero Sylvinet volvió a echarse a llorar; porque no era tan resuelto como su hermano y, al pensar en perderlo todo y dejarlo todo a la vez, le dio tanta pena que no conseguía ya que dejaran de correrle las lágrimas.

Landry lloraba también, aunque no tanto y no de la misma forma: pues siempre estaba en quedarse él con lo peor de la pena y quería ver cuánta podría soportar su mielgo para ahorrarle toda la demás. Y bien vio que a Sylvinet le daba más miedo que a él ir a vivir a un sitio extraño y tratar con una familia que no fuera la suya.

–Mira, hermano –le dijo–, si es que podemos decidirnos a la separación, más vale que me vaya yo. Bien sabes que soy algo más fuerte que tú y que, cuando nos ponemos malos, lo que casi siempre nos ocurre al mismo tiempo, la fiebre te entra más fuerte a ti que a mí. Dicen que a lo mejor nos morimos si nos separan. Yo no creo que vaya a morirme; pero de ti no me atrevería a responder, y por eso prefiero saberte con nuestra madre, que te consolará y te cuidará. De hecho, si hacen en casa alguna diferencia entre nosotros, aunque no se nota que la hagan, me parece que te contemplan a ti más, y sé que eres el más pulido y el más cariñoso. Quédate, pues, y yo me iré. No estaremos lejos uno de otro. Las tierras del compadre Caillaud lindan con las nuestras y nos veremos todos los días. A mí me gusta esforzarme y estar entretenido, y, como corro más que tú, llegaré antes para reunirme contigo en cuanto acabe la jornada. Tú, como no tienes gran cosa que hacer, irás paseando a verme al trabajo. Estaré mucho menos

preocupado por ti que si estás tú fuera y yo en casa. Así que te pido que te quedes.

Sylvinet no quiso ni oír hablar de eso; aunque tuviera el corazón más tierno que Landry con su padre, su madre y su hermanita Nanette, lo asustaba dejarle la carga a su querido mielgo.

Después de mucho hablarlo, echaron pajas y le tocó a Landry. A Sylvinet no le gustó el procedimiento y quiso echarlo a cara o cruz con una moneda de cinco céntimos. A él le salió cara tres veces; siempre le tocaba a Landry irse.

–Ya ves que la suerte lo quiere –dijo Landry– y ya sabes que no hay que llevarle la contraria a la suerte.

El tercer día, Sylvinet seguía llorando, pero Landry no lloró casi nada. Al principio, la perspectiva de irse es posible que lo hubiera apenado más que a su hermano, porque le había echado más coraje y no se había atascado en la imposibilidad de resistirse a sus padres; pero, a fuerza de pensar en su daño, se le fue pasando más deprisa; y se había hecho muchos razonamientos, mientras que, a fuerza de desconsolarse, Sylvinet no había tenido el valor de hacérselos; de forma tal que, cuando Landry estaba ya muy decidido a irse, Sylvinet no lo estaba aún a ver cómo se iba.

Y además Landry tenía algo más de amor propio que su hermano. Tanto les habían dicho que no serían nunca sino la mitad de un hombre si no se acostumbraban a separarse, que a Landry, que empezaba a notar el orgullo de sus catorce años, le apetecía demostrar que ya no era un niño. Siempre había sido el primero en convencer y arrastrar a su hermano, desde la primera vez en que fueron a buscar un nido en la punta de un árbol hasta este día en el que estaban. Consiguió, pues, también esta vez, tranquilizarlo y, al final del día, cuando volvieron a casa, le dijo a su padre que su hermano y él cumplían con su deber, que lo habían echado a suertes y que le tocaba a él, a Landry, ir a llevar los hermosos bueyes de La Priche.

El compadre Barbeau sentó a sus dos mielgos, cada uno en una rodilla, aunque ya fueran altos y fuertes, y les habló como sigue:

–Hijos míos, ya habéis llegado a la edad de la razón, lo veo en vuestra sumisión y me satisface. Acordaos de que, cuando los hijos complacen a su padre y a su madre, complacen al Dios todopoderoso del cielo, que antes o después los recompensará. No quiero saber cuál de los dos fue el primero en someterse. Pero Dios lo sabe y a ese bendecirá por haber hablado bien, igual que bendecirá al otro por haber escuchado bien.

Dicho lo cual, llevó a sus mielgos con la madre para que les diera sus plácemes; pero a la comadre Barbeau le costó tanto contenerse para no llorar que no pudo decirles nada y se limitó a besarlos.

El compadre Barbeau, que no era un torpe, sabía bien cuál de los dos tenía más valor y cuál tenía más apego. No quiso dejar que flaquease la buena disposición de Sylvinet, pues veía que Landry, en lo que a él se refería, estaba firmemente decidido y solo una cosa, la pena de su hermano, podía inmutarlo. Así que despertó a Landry antes de que amaneciera, teniendo buen cuidado de no espabilar al mayor, que dormía a su lado.

–Vamos, hijito –le dijo muy por lo bajo–, tenemos que salir para La Priche antes de que tu madre te vea; ya sabes que está apenada y hay que ahorrarle los adioses. Voy a acompañarte a casa de tu nuevo amo y a llevarte el hato.

–¿No le digo adiós a mi hermano? –preguntó Landry–. Se enfadará conmigo si lo dejo sin avisarlo.

–Si tu hermano se despierta y te ve marchar, llorará, despertará a vuestra madre, y vuestra madre llorará aún más alto por vuestra pena. Vamos, Landry, eres un muchacho de gran corazón y no querrías que tu madre se pusiera mala. Cumple del todo con tu deber, hijo mío; vete como quien no quiere la cosa. Al acabar la tarde, sin ir más lejos, te llevaré a tu hermano y, como mañana es domingo, vendrás a ver a tu madre durante el día.

Landry obedeció como un valiente y salió por la puerta de la casa sin mirar atrás. No estaba ni tan bien dormida ni tan sosegada la comadre Barbeau como para no haber oído lo que le decía su hombre a Landry. La pobre mujer, sabiendo que su marido tenía razón, no se movió y se contentó con apartar un poco la cortina de la cama para ver salir a Landry. Tanta pena le entró que se tiró de la cama para ir a darle un beso, pero se detuvo cuando llegó a la cama de los mielgos, donde seguía durmiendo Sylvinet a pierna suelta. El pobre muchacho llevaba llorando tanto tres días y casi tres noches que estaba rendido de cansancio, e incluso notaba algo de fiebre, porque daba vueltas y más vueltas en la almohada, soltando hondos suspiros y quejándose sin conseguir despertarse.

Entonces la comadre Barbeau, viendo y considerando al único de sus mielgos que le quedaba, no pudo por menos de decirse que era al que más le habría dolido ver marchar. Es bien cierto que era el más sensible de los dos, o porque tuviera un temperamento más flojo o porque Dios, en su ley natural, tuviera escrito que entre dos personas

que se quieren, con un cariño bien de amor, bien de amistad, hay siempre una que entrega el corazón más que la otra. El compadre Barbeau tenía una pizca de preferencia por Landry, porque le importaban más el trabajo y el coraje que las caricias y las atenciones. Pero la madre tenía esa pizca de preferencia por el más pulido y el más mimoso, que era Sylvinet.

Y hete aquí que se pone a mirar a su pobre muchacho, tan pálido y tan desmadejado, y se dice que sería muy de lamentar colocarlo ya; que su Landry es de mejor pasta para soportar la pena y que, por lo demás, el cariño por su mielgo y por su madre no lo atormenta tanto como para ponerlo en peligro de caer enfermo. «Es un chiquillo con una elevada idea de su deber –pensaba–; pero, en cualquier caso, si no fuera un poco duro de corazón, no se habría ido así, sin pensárselo dos veces, sin volver la cabeza y sin soltar ni una mala lágrima. No habría tenido fuerzas para dar dos pasos sin caer de rodillas para pedirle valor a Dios, y se habría acercado a mi cama, donde yo me hacía la dormida, aunque solo fuera para mirarme y besar una punta de mi cortina. Mi Landry es un muchacho de verdad. Solo quiere vivir, moverse, trabajar y cambiar de sitio. Pero este tiene un corazón de chica; es tan tierno y tan dulce que no puede una por menos de quererlo como a la niña de sus ojos.»

Así platicaba consigo misma la comadre Barbeau mientras se volvía a la cama, donde no se volvió a dormir, mientras el compadre Barbeau se llevaba a Landry por prados y pastizales, camino de La Priche. Cuando llegaron a una pequeña elevación desde donde se dejan de ver las construcciones de La Cosse en cuanto se empieza a bajar la cuesta, Landry se detuvo y miró atrás. Con el corazón encogido se sentó en los helechos sin poder dar un paso más. Su padre hizo como que no se daba cuenta y siguió andando. Al cabo de un ratito, lo llamó con mucha suavidad, diciéndole:

–Ya se va haciendo de día, Landry mío. Démonos prisa si queremos llegar antes de que salga el sol.

Landry se puso de pie y, como se había jurado no llorar delante de su padre, se tragó las lágrimas que le subían a los ojos, gruesas como guisantes. Hizo como si se le hubiera caído la navaja del bolsillo y llegó a La Priche sin que se le hubiese notado la pena, y eso que no era poca.

IV

El compadre Caillaud, al ver que, de los dos mielgos, le llevaban al más fuerte y más diligente, lo recibió de muy buen grado. De sobra sabía que la decisión no se habría tomado sin tristeza y, como era un buen hombre y un buen vecino, y muy amigo del compadre Barbeau, hizo cuanto pudo para contemplar y animar al muchacho. Mandó que le dieran enseguida la sopa y un jarro de vino para remediarle el ánimo, porque bien se dio cuenta de que lo tenía triste. Lo llevó luego consigo para aparejar los bueyes y le enseñó la forma en que lo hacía él. En realidad, Landry no era lego en la tarea, pues su padre tenía un bonito par de bueyes que él había apercibido con frecuencia y llevado de maravilla. En cuanto el niño vio los hermosos bueyes del compadre Caillaud, que eran los mejor atendidos, los mejor alimentados y los de la raza más fuerte de toda la comarca, le halagó el orgullo tener una pareja tan vistosa en la punta de su aguijada. Y además lo alegraba demostrar que no era ni torpe ni cobarde y que nada nuevo había que enseñarle. Su padre no dejó de darlo a valer y, cuando llegó el momento de salir a las tierras, todos los hijos del compadre Caillaud, muchachos y muchachas, mayores y pequeños, acudieron a darle un beso al mielgo, y la hija más joven le ató una rama florida al sombrero con unos lazos, porque era el primer día de servicio y algo así como un día de fiesta para la familia que lo acogía. Antes de irse, su padre le echó un sermón en presencia de su nuevo amo, intimándolo a tenerlo contento en todo y a cuidar de su ganado como si fuera propio.

Tras lo cual, Landry, después de prometer hacerlo lo mejor que pudiera, se fue a la labranza, donde hizo buen papel y le cundió todo el día y de la que volvió con mucho apetito; pues era la primera vez que hacía un trabajo tan rudo y un poco de cansancio es un soberano remedio contra la pena.

Pero al pobre Sylvinet le costó más pasar el día en El Mielgar; pues debemos deciros que la casa y la finca del compadre Barbeau, sitas en el pueblo de La Cosse, llevaban ese nombre desde el nacimiento de ambos niños, y porque poco después una criada de la casa trajo al mundo un par de mielgas que no salieron adelante. Ahora bien, como los campesinos son muy dados a motes y apodos, a la casa y la tierra las llamaron El Mielgar; y en todos los sitios en que se presentaban Sylvinet y Landry, los niños, no fallaba, gritaban a su alrededor: «¡Aquí están los mielgos del Mielgar!».

Así pues, había mucha tristeza ese día en El Mielgar del compadre

Barbeau. En cuanto despertó Sylvinet y no vio a su hermano a su lado, sospechó la verdad; pero no era capaz de creerse que Landry hubiera podido irse así, sin decirle adiós; y, en medio de su pena, estaba enojado con él.

–Pero ¿qué le he hecho yo? –le decía a su madre–. Y ¿en qué he podido disgustarlo? En todo lo que me ha aconsejado, he cedido siempre; y, cuando me recomendó que no llorase delante de vusté, madrecita guapa, me contuve para no llorar, tanto que me botaba la cabeza. Me prometió que no se iría sin decirme más cosas para darme valor y sin desayunar conmigo en la punta de la Cañamera, en el sitio en que teníamos costumbre de ir a charlar y a jugar los dos. Quería prepararle el hato y darle mi navaja, que es mejor que la suya. ¿Le hizo, pues, vusté su hato ayer por la noche sin decirme nada, madre, y sabía vusté que quería irse sin decirme adiós?

–Hice lo que dispuso tu padre –contestó la comadre Barbeau.

Y le dijo cuanto se le ocurrió para consolarlo. Él no quería atender a nada y, hasta que no vio que ella lloraba también, no empezó a darle besos y a pedirle perdón por haberle aumentado la pena y a prometerle que se quedaría con ella para compensarla. Pero, en cuanto su madre se fue para atender al corral y a la colada, echó a correr hacia La Priche, sin pensar siquiera adónde iba, sino dejando que lo guiase el instinto, como un tórtolo que va tras su tórtola sin preocuparse de por dónde.

Habría llegado a La Priche si no se hubiese encontrado con su padre, que volvía, y que lo cogió de la mano para llevarlo a casa, mientras le decía: «Iremos a la caída de la tarde, pero no hay que entretener a tu hermano mientras trabaja, porque eso no le gustaría a su amo; además, la mujer de nuestra casa está triste y cuento contigo para consolarla».

V

Sylvinet se volvió a casa, a colgarse de las faldas de su madre como un niño chico, y no se separó de ella en todo el día, sin dejar de hablarle de Landry y sin poder dejar de pensar en él, pasando por todos los lugares y rincones por donde habían acostumbrado a pasar juntos. Al caer la tarde, fue a La Priche con su padre, que quiso acompañarlo. Sylvinet estaba como loco por ir a darle un beso a su mielgo y no había podido cenar de tanta prisa como tenía por ponerse en camino. Contaba con que Landry saldría a su encuentro e imaginaba sin parar que lo veía venir. Pero Landry, aunque tenía buenas ganas de hacerlo, no se movió. Temió que se rieran de él los jóvenes y los mozos de La Priche por ese cariño de mielgos que pasaba por ser una enfermedad, de forma tal que Sylvinet se lo encontró sentado a la mesa, bebiendo y comiendo como si llevase toda la vida con la familia Caillaud.

En cuanto Landry lo vio entrar, sin embargo, el corazón le dio un brinco de júbilo y, si no se hubiera contenido, habría derribado la mesa y el banco para llegar antes a abrazarlo. Pero no se atrevió, porque sus amos lo miraban con curiosidad, tomándose como una diversión ver en aquel apego algo nuevo y un fenómeno de la naturaleza, como decía el maestro del lugar.

Así que cuando Sylvinet se abalanzó sobre él, besándolo mientras lloraba y arrimándose como el pájaro se cuela en el nido pegado a su hermano para entrar en calor, a Landry lo contrarió por los demás, aunque no podía por menos de alegrarse por lo que a él le tocaba; pero quería parecer más comedido que su hermano y le hizo de vez en cuando una seña para que se contuviera, lo que extrañó y enfadó mucho a Sylvinet. Tras lo cual, y al haberse puesto el compadre Barbeau a charlar y a echar un trago o dos con el compadre Caillaud, los dos mielgos salieron juntos, pues Landry sí estaba dispuesto a querer y mimar a su hermano, como en secreto. Los demás muchachos, sin embargo, los miraron de lejos; e incluso Solange, la hija más pequeña del compadre Caillaud, que era una niña traviesa y curiosa como un chorlito, los fue siguiendo a pasos cortos hasta los avellanos, riéndose como avergonzada cuando se fijaban en ella, pero sin dar su brazo a torcer, porque se imaginaba continuamente que iba a ver algo singular, aunque no supiera, sin embargo, en qué puede resultar sorprendente el apego de dos hermanos.

A Sylvinet, aunque lo extrañase la expresión tranquila con que lo había recibido su hermano, no se le ocurrió reprochárselo de tanto

como se alegraba de estar con él. Al día siguiente, Landry, al ver que podía disponer de tiempo porque el compadre Caillaud le había dado licencia de toda obligación, salió tan de mañana que pensó que se encontraría a su hermano en la cama. Pero, aunque Sylvinet fuera el más dormilón de los dos, se despertó en el preciso momento en que Landry cruzaba la cerca del vallado, y echó a correr descalzo, como si algo le hubiera dicho que se estaba acercando su mielgo. Fue ese día para Landry completamente feliz. Le gustaba volver a ver a su familia y su casa desde que sabía que no iba a volver a diario y que sería para él como un premio. A Sylvinet se le olvidó toda la pena hasta mediado el día. Al desayunar, se había dicho que a mediodía iba a comer con su hermano; pero, al acabar el almuerzo, pensó que después de la cena ya no habría nada y empezó a sentirse inquieto y contra gusto. Cuidaba y mimaba a su mielgo con todo su corazón, dándole lo mejor que había de comer, el currusco de su pan y el corazón de su lechuga; y, a continuación, se preocupaba por la ropa y por el calzado, como si Landry tuviera que irse muy lejos y como si hubiese que tenerle lástima, sin sospechar que, de los dos, era a él a quien había que tenerle más lástima, porque era el más afligido.

VI

La semana transcurrió de la misma forma: yendo Sylvinet a ver a Landry todos los días; y Landry pasando con él un ratito o dos cuando trabajaba por el lado del Mielgar; Landry cada vez más hecho a la idea, Sylvinet no haciéndose ni poco ni mucho a ella y contando los días y las horas como un alma en pena.

El único en el mundo que podía hacer entrar en razón a su hermano era Landry. Por lo tanto, a él recurrió la madre para que lo instase a tranquilizarse; pues la aflicción del pobre niño crecía de día en día. Ya no jugaba, ya no trabajaba más que si se lo mandaban, aún llevaba de paseo a su hermanita, pero sin dirigirle casi la palabra y sin que se le ocurriera entretenerla, mirándola nada más para impedir que se cayera y se hiciera daño. En cuanto le quitaban la vista de encima se iba solo y se escondía tan bien que ya nadie sabía dónde encontrarlo. Se metía en todas las cunetas, en todas las zarzas y en todos los barrancos donde acostumbraba a jugar y a platicar con Landry, y se sentaba en las raíces donde se habían sentado juntos, metía los pies en todos los regueros donde habían chapoteado como dos auténticas cercetas; se alegraba cuando volvía a encontrar en ellos algunas astillitas que Landry había cortado chapuceramente con la podadera o algunos guijarros que había usado de tejo o de pedernal. Los recogía y los escondía en el hueco de un árbol o debajo de algún tocón para ir a cogerlos y mirarlos de vez en cuando, como si fueran cosas de importancia. Andaba siempre recordando y hurgando en la memoria para dar allí con todos los recuerdos menudos de su dicha pasada. A otro no le hubieran parecido nada de particular y para él lo eran todo. No lo preocupaba el tiempo por venir, pues no tenía valor para pensar en una sarta de días como los que estaba padeciendo. Solo pensaba en el pasado y se consumía, siempre en las nubes.

A veces se imaginaba que veía y oía a su mielgo y hablaba solo, creyendo que le contestaba. O se dormía donde fuera y soñaba con él; y, cuando se despertaba, lloraba porque estaba solo, sin escatimar las lágrimas y sin contenerlas, porque tenía la esperanza de que a fuerza de hacerlo el cansancio desgastase y matase la pena.

Una vez en que llegó hasta delante de las talas de Champeaux, se encontró en el regato que sale del bosque en tiempo de lluvias, que estaba ahora casi seco del todo, uno de esos molinitos que hacen los niños de por aquí con palitos y que están apañados con tanta arte que dan vueltas con la corriente y duran a veces mucho tiempo, hasta que

otros niños los rompen o la crecida del agua se los lleva. El que Sylvinet encontró, sano y salvo, llevaba allí más de dos meses y, como el sitio estaba desierto, nadie lo había visto ni lo había dañado. Sylvinet lo reconoció como obra de su mielgo y, cuando lo hizo, se habían prometido ir a verlo, pero se les había ido de la cabeza y desde entonces habían hecho muchos otros molinos en otros sitios.

Sylvinet se alegró, pues, mucho de volver a encontrarlo y lo llevó algo más abajo, al lugar donde se había retirado el regato, para verlo girar y recordar cuánto se había divertido Landry al darle el primer impulso. Y luego lo dejó allí, pensando con gran gusto en volver el domingo siguiente con Landry, para que viera cómo su molino había resistido, por ser recio y bien construido.

Pero no pudo por menos de volver solo al día siguiente y se encontró la orilla del regato toda maltratada y pateada por las pezuñas de los bueyes que habían ido a beber y a los que habían llevado a pastar a la tala. Se acercó un poquito y vio que los animales habían pisado el molino, y de tal manera lo habían hecho trizas que poco de él encontró. Entonces se le encogió el corazón y supuso que alguna desgracia tenía que haberle ocurrido aquel día a su mielgo; y se llegó corriendo hasta La Priche para estar seguro de que no le pasaba nada malo. Pero, como se había dado cuenta de que a Landry no le gustaba que fuera a verlo durante el día porque temía que se enfadase el amo si dejaba que lo entretuvieran, se contentó con verlo de lejos mientras trabajaba, y no dejó que él lo viera. Le habría dado vergüenza confesar qué ocurrencia lo había hecho ir y se volvió sin decir palabra y sin contárselo a nadie hasta pasado mucho tiempo.

Como se iba poniendo pálido, dormía mal y casi no comía, su madre estaba muy afligida y no sabía qué hacer para consolarlo. Probaba a llevarlo con ella al mercado o mandarlo a las ferias de ganado con su padre o sus tíos; pero nada le importaba ni lo divertía y Barbeau, sin decirle nada, intentaba convencer a Caillaud de que tomase a los dos a su servicio. Pero veía razón en lo que le contestaba Caillaud:

–Un suponer que los cojo a los dos por una temporada; no podría ser para largo, porque, donde hace falta un criado, las personas como nosotros no necesitan dos. Al cabo del año seguiría vusté teniendo que colocar a uno en algún otro sitio. Y ¿no ve que si Sylvinet estuviera en un sitio donde lo hicieran trabajar no pensaría tanto y haría como el otro, que se ha hecho a la idea con valentía? Antes o después tendrá que llegar a eso. A lo mejor no lo coloca vusté donde quiera y, si estos

niños tienen que estar aún más alejados y no verse sino de una semana para otra o de un mes para otro, más vale empezar a acostumbrarlos a no estar siempre metido uno en el bolsillo del otro. Sea más sensato, amigo mío, y no haga tanto caso del capricho de un niño del que su mujer y sus demás hijos han estado demasiado pendientes y al que han mimado demasiado. Lo más difícil ya está hecho y puede estar seguro de que se acostumbrará a lo demás si vusté no cede.

El compadre Barbeau se rendía y reconocía que, cuanto más veía Sylvinet a su mielgo, más ganas tenía de verlo. Y se prometía que el día de San Juan del siguiente año intentaría colocarlo para que, al ver cada vez menos a Landry, se acostumbrase por fin a vivir como los demás y a no dejar que pudiera más que él un apego que se convertía en fiebre y en melancolía.

No había, sin embargo, que mencionárselo aún a la comadre Barbeau; porque, a la primera palabra, lloraba todas las lágrimas que tenía en el cuerpo. Decía que Sylvinet era capaz de matarse, y el compadre Barbeau se veía en un tremendo apuro.

Landry, a quien aconsejaban su padre, su amo y también su madre, no omitía razonar con su pobre mielgo; pero Sylvinet no se defendía, prometía de todo y no podía dominarse. Había en su pena algo más de lo que no hablaba, porque no habría sabido cómo decirlo, y es que le habían nacido en lo más hondo del corazón unos celos terribles de Landry. Se alegraba, más de lo que se había alegrado nunca, al ver que todo el mundo lo apreciaba y que sus nuevos amos lo trataban con tanto cariño como si fuera un hijo de la casa. Pero aunque eso, por una parte, lo regocijaba, por otra se afligía y se ofendía al ver a Landry corresponder en exceso, según él, a esos nuevos afectos. No podía soportar que, por una palabra del compadre Caillaud, por mucha suavidad y paciencia con que lo hubiera llamado, corriera a toda velocidad para atender a sus deseos, dejando plantados a padre, madre y hermano, más preocupado por faltar a su deber que a sus afectos y más dispuesto a la obediencia de lo que Sylvinet se habría sentido capaz cuando se trataba de quedarse unos pocos momentos más con el objeto de un amor tan fiel.

Entonces al pobre niño se le metía en la cabeza una preocupación que anteriormente no había tenido, a saber, que el único en querer era él y que le correspondían mal a ese cariño; que era algo que había debido de pasar desde siempre sin que él lo hubiera sabido de entrada; o si no, que desde hacía una temporada, el cariño de su mielgo se

había enfriado porque había conocido en otro lugar a personas que le convenían y agradaban más.

Landry no podía adivinar esos celos de su hermano, pues, por su forma de ser, él no le había tenido envidia a nadie en la vida. Cuando Sylvinet iba a verlo a La Priche, Landry, para entretenerlo, lo llevaba a ver los hermosos bueyes, las estupendas vacas, la abundancia de ovejas y las grandes cosechas de la hacienda del compadre Caillaud, pues sentía estima y consideración por todo, no por envidia, sino por el gusto que tenía por las labores de la tierra, por la crianza del ganado y por lo hermoso y lo bien hecho de todas las cosas del campo. Se deleitaba viendo limpia, oronda y reluciente la potranca que llevaba al prado y no podía soportar que no se hiciera a conciencia la menor tarea ni que se diera de lado, se descuidase y, en cierto modo, se despreciase cosa alguna que pudiera vivir y fructificar de entre los regalos de Dios. Sylvinet miraba todo eso con indiferencia y le extrañaba que su hermano pusiera tanto empeño en cosas que no eran nada suyo. De todo celaba y le decía a Landry:

–Muy prendado estás de esos bueyes tan grandes; ya no te acuerdas de nuestros toritos, que son tan vivos de genio, pero que sin embargo eran tan mansos y tan cariñosos con nosotros dos que se dejaban aparejar mejor por ti que por nuestro padre. Ni siquiera me has preguntado por nuestra vaca, que tan buena leche da y que me mira con una expresión muy triste, el pobre animal, cuando le llevo de comer, como si entendiera lo solo que estoy y como si quisiera preguntarme dónde está el otro mielgo.

–Es verdad que es un animal muy bueno –decía Landry–; pero ¡fíjate en las de aquí! Cuando las veas ordeñar, nunca habrás visto en la vida tanta leche junta.

–Puede ser –contestaba Sylvinet–; pero que la leche y la nata sean tan buenas como las de la Negrita, apuesto a que no, porque la hierba del Mielgar es mejor que la de por aquí.

–¡Diantre! –decía Landry–. Pues ¡bien creo que mi padre cambiaría muy de grado, si se las diesen, las cosechas de heno del compadre Caillaud por su junqueral de la orilla del río!

–¡Bah! –contestaba Sylvinet, encogiéndose de hombros–. Hay en el junqueral árboles más hermosos que todos los vuestros y, en cuanto al heno, será poco pero es más fino y cuando se lleva al granero queda como un aroma por todo el camino.

Así discutían por naderías, porque Landry sabía muy bien que no hay mejores bienes que los propios y Sylvinet no pensaba ni en sus

bienes ni en los de los demás cuando despreciaba los de La Priche; sino que en el fondo de todas esas palabras vanas había, por una parte, el niño que estaba contento de trabajar y de vivir en cualquier sitio y como fuera y, por otra, el otro niño, el que no podía entender que su hermano disfrutara, separado de él, ni de un momento de agrado y de tranquilidad.

Si Landry lo llevaba a la huerta de su amo y, sin dejar de charlar con él, se interrumpía para cortar una rama seca en un injerto o para arrancar una mala hierba que estorbaba las verduras, a Sylvinet lo enojaba que su mielgo estuviera siempre pensando en poner en orden lo ajeno y estar a su servicio más que en estar, como él, al acecho del mínimo hálito y la mínima palabra de su hermano. No lo demostraba porque le daba vergüenza notarse tan fácil de ofender; pero, en el momento de separarse, le decía a menudo:

–Hala, ya me tienes bastante visto por hoy; incluso puede que demasiado, y se te hace largo el rato que paso aquí.

Landry no entendía estos reproches. Lo entristecían y se los reprochaba a su vez a su hermano, que no quería ni podía dar explicaciones.

Si el pobre niño tenía celos de las mínimas cosas en las que andaba ocupado Landry, todavía los tenía más de las personas a las que se veía que Landry tenía apego. No podía soportar la camaradería y el buen humor de Landry con los demás muchachos de La Priche y, cuando lo veía ocuparse de Solange, hacerle una caricia o entretenerla, le reprochaba que olvidase a su hermanita Nanette, que era, según él, cien veces más encantadora, más aparente y más simpática que esa otra muchacha tan desagradable.

Pero, como uno no es nunca justo cuando deja que los celos se le coman el corazón, cuando Landry iba al Mielgar, le hacía demasiado caso, según él, a su hermanita. Sylvinet le reprochaba que solo se ocupase de ella y no sintiera ya por él sino hastío e indiferencia.

Finalmente, su apego se fue volviendo poco a poco tan exigente y su ánimo tan triste que a Landry empezaba a hacerlo sufrir y no disfrutaba si lo veía con demasiada frecuencia. Y estaba algo harto de oír que siempre le estuviera reprochando que hubiera aceptado su suerte como lo había hecho y hubiérase dicho que Sylvinet habría sido menos desdichado si hubiera podido conseguir que su hermano fuese tan desdichado como él. Landry entendió, y quiso hacerle entender, que el apego, a fuerza de ser mucho, puede a veces convertirse en un mal. Sylvinet no quiso oír tal cosa y llegó incluso a considerarla algo

muy duro que le decía su hermano; de forma tal que empezó de vez en cuando a no querer verlo y a pasar semanas enteras sin ir a La Priche, aunque se moría de ganas de hacerlo, pero se lo prohibía a sí mismo y le echaba orgullo a algo en lo que nunca debería haber entrado ni una pizca.

Sucedió incluso que, de palabra en palabra y de enfado en enfado, como a Sylvinet siempre le parecía mal cuanto le decía Landry para remediarle el talante, por muy juicioso y muy atinado que fuera, llegó el pobre a sentirse tan rencoroso que a ratos se imaginaba que odiaba al objeto de tanto amor y se fue un domingo de casa para no pasar el día con su hermano, que, no obstante, no había dejado de ir una sola vez.

Esta maldad pueril apenó mucho a Landry. Le gustaban la diversión y la turbulencia porque cada día era más fuerte y más desenvuelto. En todos los juegos era el primero, el más ágil de cuerpo y de vista. Se sacrificaba, pues, un poco por su hermano cuando dejaba a los alegres mozos de La Priche todos los domingos para pasar el día entero en El Mielgar, donde no había ni que hablarle a Sylvinet de ir a jugar a la plaza de La Cosse y ni siquiera de pasear por aquí o por allá. Sylvinet, que de cuerpo y de ideas seguía siendo un niño, mucho más que su hermano, y que no pensaba sino en quererlo solo a él y que él lo quisiera de la misma forma, pretendía que fueran a solas a *sus* sitios, como él decía, a saber, a los rincones y escondrijos donde se habían entretenido con juegos que ahora no eran ya de su edad: hacer carretillitas de mimbre, o molinitos, o alares para cazar pajarillos, o también casas de guijarros o campos del tamaño de un pañuelo que los niños hacen como que labran de varias maneras, imitando en pequeño lo que ven hacer a los que aran, siembran, rastrillan, escardan y siegan, y se enseñan así unos a otros, en una hora, todas las hechuras, cultivos y cosechas que recibe y da la tierra en el plazo de un año.

Estas diversiones no eran ya del gusto de Landry, que ahora hacía eso mismo de verdad, o ayudaba a hacerlo, y prefería llevar una carreta grande de seis bueyes que atar un cochecito de ramas a la cola del perro. Le habría gustado ir a competir con los mozos recios del lugar, jugar a los bolos porque se había vuelto diestro en levantar la pesada bola y hacerla rodar con puntería a treinta pasos. Cuando Sylvinet accedía a ir, en vez de jugar se metía en un rincón sin decir nada, muy dispuesto a aburrirse y a atormentarse si Landry parecía disfrutar y entusiasmarse demasiado con el juego.

Para terminar, Landry había aprendido a bailar en La Priche; y aunque la afición le vino tarde, porque Sylvinet no la había tenido nunca, bailaba ya tan bien como los que lo hacen desde que saben andar. En La Priche lo consideraban buen bailarín de *bourrée* y, aunque aún no gustara de besar a las muchachas, como suele hacerse en cada baile, le gustaba besarlas porque así parecía salir de la condición de niño; e incluso habría deseado que ellas se pusieran un poco melindrosas, como lo hacen con los hombres. Pero aún no le hacían ningún melindre, e incluso las de más edad lo cogían por el cuello, riéndose, cosa que lo contrariaba un poco.

Sylvinet lo había visto bailar una vez y fue uno de sus mayores disgustos. Se enfadó tanto al verlo besar a una de las hijas de Caillaud que lloró de celos y le pareció algo de lo más indecente y de mal cristiano.

Así que, cada vez que Landry renunciaba a divertirse por apego a su hermano, no pasaba un domingo muy divertido que digamos y, sin embargo, no dejó nunca de ir, pensando que Sylvinet se lo agradecería y no lamentando aburrirse un poco al pensar en dar una alegría a su hermano.

Cuando vio, pues, que su hermano, que llevaba buscándole las cosquillas toda la semana, se había ido de casa para no reconciliarse con él, le tocó a Landry apenarse y, por primera vez desde que se había ido de casa, lloró a lágrima viva y fue a esconderse porque siempre le había dado vergüenza que sus padres lo vieran con congoja y porque le daba miedo aumentar la que pudieran tener ellos.

Y eso que, si alguien hubiera debido estar envidioso, Landry habría tenido más derecho a estarlo que Sylvinet. A Sylvinet era a quien más quería la madre; e incluso el compadre Barbeau, aunque sintiera una secreta preferencia por Landry, tenía con Sylvinet más indulgencia y más consideraciones. Como el pobre niño era el menos fuerte y el menos juicioso, era también el más mimado y temían más disgustarlo. Era mejor su suerte porque estaba en casa y a su mielgo le habían quedado la ausencia y el trabajo.

Por primera vez, el bondadoso Landry pensó en todo aquello y le pareció que su mielgo era muy injusto con él. Hasta entonces su buen corazón le había impedido quitarle la razón y, más que acusarlo, se había censurado en su fuero interno por tener demasiada salud, y demasiado entusiasmo por el trabajo y la diversión, y no saber decir tantas palabras dulces ni ocurrírsele tantas atenciones delicadas como a su hermano. Pero en esta ocasión no pudo hallar en sí ningún

pecado contra el afecto, pues ese día, para ir a casa, había renunciado a una estupenda excursión para pescar cangrejos que los mozos de La Priche llevaban toda la semana tramando y en la que le habían prometido que se lo pasaría muy bien si quería ir con ellos. Había resistido, pues, a una gran tentación y, a esa edad, ya era mucho. Cuando hubo llorado un buen rato, paró para escuchar a alguien que lloraba no muy lejos de él y que hablaba a solas, como suelen hacer las mujeres del campo cuando tienen una pena grande. Landry se dio enseguida cuenta de que era su madre y corrió hacia ella.

–¡Ay, Dios mío! –decía ella sollozando–. ¿Por qué me dará este hijo tantas preocupaciones? Acabará conmigo, seguro.

–¿Soy yo, madre, el que le da preocupaciones? –exclamó Landry echándose en sus brazos–. Si soy yo, castígueme y no llore. No sé en qué he podido contrariarla, pero pese a todo le pido perdón.

En este momento vio la madre que Landry no era duro de corazón, como había pensado tantas veces. Le dio unos besos muy grandes y, sin saber muy bien, de apenada que estaba, lo que decía, le dijo que era de Sylvinet, y no de él, de quien se quejaba, y que de él se había hecho a veces una idea injusta y que le pedía que la perdonase; pero que le parecía que Sylvinet se estaba volviendo loco y que estaba muy preocupada porque se había ido sin comer nada antes de que amaneciera. Estaba empezando a caer el sol y no volvía. Lo habían visto al mediodía por el río y la comadre Barbeau empezaba a temer que se hubiera tirado a él para acabar con sus días.

VIII

La idea de que Sylvinet podía haber tenido el deseo de matarse pasó de la cabeza de la madre a la de Landry con la misma facilidad que una mosca a una tela de araña y este se puso en el acto a buscar a su hermano. Sentía mucha pena mientras corría y se decía: «A lo mejor tenía razón mi madre hace tiempo cuando me reprochaba que tuviera el corazón duro. Pero, ahora mismo, bien enfermo tiene que tener Sylvinet el suyo para darnos este disgusto tan grande a nuestra pobre madre y a mí».

Corrió por todos lados sin encontrarlo, llamándolo sin que le contestase, preguntando por él a todo el mundo, sin que nadie pudiera darle razón de él. Llegó, por fin, delante del prado del junqueral y se metió en él porque recordó que había por allí un sitio que a Sylvinet le gustaba mucho. Era un gran tajo que había hecho el río en los campos al arrancar de raíz dos o tres alisos que se habían quedado cruzados en el agua con las raíces al aire. El compadre Barbeau no había querido retirarlos. No los había aprovechado porque en la forma en que habían caído todavía sujetaban la tierra que se les había quedado, en grandes pellas, entre las raíces, cosa que le venía muy bien; pues el agua le hacía todos los inviernos muchos destrozos en el junqueral y todos los años se tragaba un trozo de prado.

Landry se acercó, pues, al tajo, porque su hermano y él solían llamar así a ese sitio de su junqueral. No se tomó el tiempo de dar la vuelta hasta la esquina donde habían hecho ellos una escalerita con motas de césped apoyadas en piedras y raigones, que son raíces gruesas y salen de la tierra y retoñan. Saltó desde lo más alto que pudo para llegar deprisa al fondo del tajo porque había delante de la orilla del agua tantas ramas y hierbas más altas que él que, de haber estado su hermano allí, no habría podido verlo sin meterse dentro.

Así que se metió, muy alterado, pues seguía con esa idea que le había dicho su madre de que Sylvinet estaba en el trance de querer acabar con sus días. Pasó y volvió a pasar entre todo el follaje y exploró todos los herbazales, llamando a Sylvinet y silbando al perro, que seguramente lo había seguido, pues en todo el día no se lo había visto por la casa más de lo que se había visto a su joven amo.

Pero, por mucho que Landry llamó y buscó, estaba solo en el tajo. Como era un muchacho que siempre hacía bien las cosas y caía en la cuenta de hacer todo cuanto procedía, pasó revista a todas las orillas para ver si encontraba alguna huella de pie o algún desplome pequeño

de tierra que no soliera estar allí. Era una búsqueda muy triste y también muy molesta, porque hacía alrededor de un mes que Landry no pasaba por allí y, por mucho que conociera el lugar como la palma de la mano, era imposible que no hubiera siempre algún cambio menudo. Toda la orilla derecha estaba cubierta de césped, e incluso, por todo el fondo del tajo, los juncos y la cola de caballo habían crecido tan prietos en la arena que no se podía ver un espacio del tamaño de un pie para buscar en él una huella. Sin embargo, a fuerza de dar vueltas y más vueltas, Landry encontró en una hondonada la pista del perro e incluso un sitio con hierbas pisoteadas, como si Cuco o cualquier otro perro de su tamaño se hubiera hecho un ovillo allí.

Eso le dio mucho que pensar y fue otra vez a pasar revista a la orilla. Le pareció ver una hozadura muy reciente, como si una persona la hubiera hecho con un pie al saltar o escurriéndose; y aunque la cosa no estuviera clara, pues también podría ser obra de una de esas ratas de agua grandes que rebuscan, cavan y roen en sitios así, se tomó la busca tan a pecho que le fallaban las piernas y cayó de rodillas como para pedirle ayuda a Dios.

Se quedó así un rato, sin fuerza ni valor para ir a contarle a alguien lo que tanto lo angustiaba, y mirando el río con los ojos llenos de lágrimas como si quisiera pedirle cuentas de qué había hecho con su hermano.

Y, mientras tanto, el río corría tan tranquilo, coleando sobre las ramas que colgaban y entraban en el agua a lo largo de las orillas, e iba campo adelante haciendo un ruidito como el de alguien que ríe y se burla en sordina.

El pobre Landry dejó que lo invadiera y se adueñara de él la idea de una desgracia, tanto que se le trastornaba la cabeza y cualquier apariencia leve, que bien podía no presagiar nada, se le convertía en un asunto como para desesperar de Dios.

«Ahí está ese maldito río que no me dice ni palabra –pensaba– y que bien me dejaría llorar un año entero sin devolverme a mi hermano, ahí en lo más hondo, y le han caído dentro tantos tocones de árboles en todo este tiempo que lleva destrozando el prado que quien se meta no podrá volver a salir nunca. ¡Dios mío! ¡Será posible que mi pobre mielgo quizá esté ahí, en el fondo del agua, tendido a dos pasos de mí, sin que pueda verlo ni encontrarlo entre las ramas y los juncos, ni siquiera aunque pudiera bajar hasta ahí!»

En vista de lo cual empezó a llorar por su hermano y a hacerle reproches; y nunca en la vida había tenido una pena tan grande.

Por fin se le ocurrió la idea de ir a consultar a una viuda a quien llamaban comadre Fadet, y que vivía al final del todo del junqueral, cabe al camino que baja al vado. Esta mujer, que no tenía ni tierras ni ningún otro bien que su huertecillo y su casita, no salía sin embargo a buscarse el pan, por los muchos conocimientos que tenía de los males y daños del mundo; y, de todos lados, acudían a consultarla; sanaba con *secreto*, que es como decir que, mediante el *secreto*, curaba heridas, torceduras y otras mortificaciones. Algo embaucadora era, porque le quitaba a uno enfermedades que nunca había tenido, tales como el desprendimiento de estómago o la caída del entresijo del vientre; yo, por mi parte, nunca he tenido mucha fe en todos esos accidentes, como tampoco creo gran cosa en lo que de ella se decía: que podía pasar la leche de una vaca buena al cuerpo de una mala, por muy vieja y mal alimentada que estuviera.

Pero en lo tocante a los buenos remedios que sabía y que aplicaba a ese enfriamiento del cuerpo que llamamos decenso, a las cataplasmas soberanas que ponía en los cortes y las quemaduras, a las bebidas que fabricaba contra la fiebre, no cabe duda de que se ganaba merecidamente el dinero y que había curado a muchos enfermos a los que los médicos habrían matado de haber probado sus propios remedios. Al menos eso decía ella y aquellos a quienes había salvado preferían creerla que correr el riesgo.

Como en el campo nunca se es sabio sin ser un poco brujo, muchos pensaban que la comadre Fadet sabía aún mucho más de lo que quería reconocer, y le atribuían el poder de hacer que aparecieran las cosas perdidas, e incluso las personas; y, para terminar, de que tenía mucho ingenio y caletre para ayudarle a uno a salir de apuros en muchas cosas posibles, se infería que podía hacer lo mismo con otras que no lo son.

Como los niños gustan de escuchar todo tipo de historias, Landry había oído decir en La Priche, donde sabido es que la gente es crédula y más simple que en La Cosse, que la comadre Fadet, mediante cierta semilla que arrojaba al agua diciendo unas palabras, podía hacer que apareciera el cuerpo de una persona ahogada. La semilla iba flotando y hundiéndose siguiendo la corriente, y allí donde se paraba seguro que aparecía el pobre cuerpo. Muchos hay que piensan que el pan bendito tiene las mismas virtudes y no hay molino donde no lo tengan siempre para este cometido. Pero Landry no tenía, la comadre Fadet vivía pegada al junqueral y la pena no da para razonar mucho.

Así que fue corriendo hasta la vivienda de la comadre Fadet para

contarle su padecimiento, rogándole que fuera al tajo con él para intentar, con su secreto, que apareciera su hermano, vivo o muerto.

Pero la comadre Fadet, a quien no le gustaba que le echasen reputación de más y no sacaba a relucir de buen grado su talento sin recibir algo a cambio, se burló de él, e incluso lo despidió con bastante rudeza porque no le había gustado, en su momento, que hubieran recurrido a la Sagette en vez de a ella para las mujeres de parto en El Mielgar.

Landry, que era un tanto orgulloso de natural, quizá se habría quejado o molestado en otra ocasión; pero tan agobiado estaba que no dijo ni palabra y se volvió al tajo, decidido a meterse en el agua, aunque aún no supiera ni bucear ni nadar. Pero, cuando iba andando con la cabeza gacha y los ojos clavados en el suelo, notó que alguien le daba en el hombro y, al volverse, vio a la nieta de la comadre Fadet, a quien llamaban Fadette, tanto porque ese era su apellido cuanto porque había quien decía que también era un poco bruja. Se llama «fadas» a las hadas, en las que, en nuestra tierra, ya no cree nadie, pero todo el mundo sabe por aquí que el *fadet*, al que en otros sitios llaman también trasgo, es un duende muy simpático, aunque malicioso. Así que, bien quisiera mentarse con el nombre de *fadette* a un hada pequeña, bien a la hembra del trasgo, al verla a ella, todos creían ver a una niña duende, de tan menuda, flaca, desgreñada y atrevida. Era una niña muy charlatana y muy burlona, vivaracha como una mariposa, curiosa como un petirrojo y negra como un *cricrí*.

Y cuando comparo a la Fadette con un grillo es como decir que no era guapa, porque el pobrecillo *cricrí* del campo es aún más feo que el del hogar. Sin embargo, quien recuerde que fue niño y jugó con él haciéndolo rabiar y chillar metido en el zueco sabrá que tiene una carita que no está mal y que, más que desagradar, hace gracia: así pues, los niños de La Cosse, que no son más tontos que otros y que, lo mismo que los otros, se fijan en los parecidos y se les ocurren comparaciones, llamaban a la Fadette el *cricrí* cuando querían hacerla rabiar, e incluso a veces de modo amistoso, pues, aunque la temían un poco por ser tan maliciosa, no la miraban mal porque les contaba toda clase de cuentos y siempre les enseñaba juegos nuevos que tenía ingenio para inventar.

Pero todos sus nombres y motes están a punto de hacerme olvidar el que le habían dado en el bautismo y que a lo mejor os apetecería saber más adelante. Se llamaba Françoise y, por eso, su abuela, a quien no le gustaba andar cambiando los nombres, la llamaba siempre

Fanchon.

Como había desde hacía mucho un enfado entre la gente del Mielgar y la comadre Fadet, los mielgos no hablaban mucho con la Fadette, incluso sentían como una frialdad hacia ella, con quien nunca les había gustado jugar, ni con su hermanito, el *saltón,* que era todavía más enteco y más malicioso, y que siempre iba colgado de ella, enfadándose cuando corría sin esperarlo, intentando tirarle piedras cuando se reía de él, con rabietas que no le cabían en el cuerpo y haciéndola rabiar más de lo que ella quisiera, pues era de talante alegre y dada a reírse de todo. Pero, por la fama que tenía la comadre Fadet, alguna gente, y sobre todo la del compadre Barbeau, pensaba que el *cricrí* y el *saltón*, o, si así lo preferís, el grillo y el saltamontes, les traerían mala suerte si hacían amistad con ellos. Lo cual no impedía que esos dos niños les hablasen, pues no eran vergonzosos y la Fadette no dejaba de arrimarse a los *mielgos del Mielgar* con todo tipo de guasas y apodos en cuanto los veía acercarse.

IX

Así pues, el pobre Landry, según se daba la vuelta algo contrariado por que le hubieran pegado en el hombro, vio a la Fadette, y no mucho más allá, a Jeanet, el Saltón, que la seguía, cojeando porque era baldado y patituerto de nacimiento.

De entrada, Landry pretendió no hacerle caso y seguir su camino, porque no estaba de humor para bromas, pero la Fadette le dijo, repitiendo la jugada en el otro hombro:

–¡Que viene el lobo! ¡Que viene el lobo! ¡Vaya mielgo tan malo, medio chico que ha perdido la otra mitad!

En vista de lo cual, Landry, que si no estaba por la labor de que se metieran con él aún lo estaba menos por la de que lo insultasen, se dio la vuelta otra vez y le soltó a la Fadette un puñetazo que le habría dolido no poco si no lo hubiera esquivado, porque el mielgo iba camino de los quince años y no era manco; y ella, que iba camino de los catorce, era tan menuda y tan bajita que no le habrían echado ni doce y que al verla hubiérase creído que iba a quebrarse a poco que la rozasen con un dedo.

Pero era demasiado capaz y demasiado despierta para esperar los golpes y lo que le faltaba en fuerza para los juegos de manos le sobraba en habilidad y destreza. Dio un salto de lado tan oportunamente que a punto estuvo Landry de dar con el puño y con las narices en un árbol grandote que estaba entre ambos.

–Maldito cricrí –le dijo entonces el pobre mielgo hecho una furia–, bien poco corazón debes de tener para venir a meterte con alguien que tiene una pena como la mía. Mucho tiempo llevas queriendo molestarme llamándome medio chico. Buenas ganas tengo hoy de partiros en cuatro a ti y a ese saltón tuyo tan feo para ver si de los dos puede sacarse un cuarto de algo bueno.

–Ya, ya, guapo mielgo del Mielgar, señor del junquerío por donde pasa el río –contestó la Fadette sin dejar de reírse con sorna–, muy tonto es vusté poniéndose a mal conmigo que venía a darle noticias de su mielgo y a decirle dónde lo puede encontrar.

–Eso ya es otra cosa –contestó Landry calmándose en el acto–; si lo sabes, Fadette, dímelo y me alegraré mucho.

–Ya se han acabado la Fadette y el cricrí que tenían ganas de contentarlo –replicó la niña–. Me ha dicho maldades y me habría pegado si no fuera tan lento y tan torpón. Así que busque solo al lerdo de su mielgo, ya que tan listo es para poder encontrarlo.

–Bien tonto soy al hacerte caso, chica mala –dijo entonces Landry, dándole la espalda y echando a andar–. No sabes más que yo de por dónde está mi hermano y no estás más enterada que tu abuela, que es una vieja mentirosa y no vale nada.

Pero la Fadette, llevando cogido de una pata a su Saltón, que había conseguido alcanzarla y colgársele de la mísera saya sucia de cenizas, se puso a seguir a Landry, sin dejar de reírse con sorna y sin dejar de decirle que sin ella no conseguiría encontrar a su mielgo. De forma tal que Landry, como no conseguiría quitársela de encima, y suponiendo que por alguna brujería su abuela o quizá ella, por cierta amiganza con el trasgo del río, le iban a impedir encontrar a Sylvinet, tomó el partido de dar la espalda al junqueral y volverse a casa.

La Fadette lo siguió hasta la cerca del prado y allí, cuando él la hubo saltado, se encaramó como una urraca en el travesaño y le gritó:

–Pues adiós al guapo mielgo sin corazón que deja atrás a su hermano. Por mucho que lo esperes para cenar hoy, ya no lo vas a ver, ni mañana tampoco; porque donde está no se mueve más que una pobre piedra y ya llega la tormenta. Esta noche también habrá árboles en el río, y el río se llevará a Sylvinet tan y tan lejos que nunca más lo volverás a encontrar.

Todas estas palabras malas, que Landry escuchaba casi a su pesar, le hicieron correr un sudor frío por todo el cuerpo. No es que acabase de creérselas del todo, pero, en fin, la familia Fadet tenía fama de entendérselas tan bien con el diablo que no se podía tener la seguridad de que no hubiera nada de eso.

–Vamos, Fanchon –dijo Landry, parándose–, ¿quieres, sí o no, dejarme en paz o decirme si de verdad sabes algo de mi hermano?

–Y ¿qué me darás si, antes de que empiece a llover, hago que lo encuentres? –dijo la Fadette, poniéndose de pie en el travesaño de la cerca y moviendo los brazos como si quisiera salir volando.

Landry no sabía qué podía prometerle y ya estaba pensando que quería embaucarlo para sacarle algo de dinero. Pero el viento que soplaba en los árboles y el trueno que empezaba a retumbar le metían en la sangre como una fiebre de miedo. No es que temiera la tormenta pero, de hecho, esta tormenta había llegado de repente y de una manera que no le parecía natural. Entraba dentro de lo posible que, en su angustia, Landry no la hubiera visto subir desde detrás de los árboles del río, tanto más cuanto que, como llevaba dos horas en la hondonada, no había podido ver el cielo hasta que había subido. Pero era verdad que no se había percatado de la tormenta hasta que se la

anunció la Fadette; y, en el acto, se le inflaron las faldas, y los mechones tan feos de pelo negro que le asomaban de la cofia, que siempre llevaba mal atada, y le colgaban encima de las orejas, se le pusieron tiesos como crines; al saltón se le llevó la gorra una ráfaga de viento y a Landry le costó mucho impedir que su sombrero también saliera volando.

Y, además, el cielo, en dos minutos, se había puesto negro del todo y la Fadette, de pie en el travesaño, le parecía dos veces más alta de lo habitual; en resumen, Landry estaba asustado, no queda más remedio que reconocerlo.

–Fanchon –le dijo–, me rindo a lo que tú quieras si me devuelves a mi hermano. A lo mejor lo has visto, a lo mejor sí que sabes dónde está. Sé buena chica. No sé qué diversión puede darte mi pena. Demuéstrame tu buen corazón y creeré que vales más que lo que se te ve y lo que dices.

–Y ¡por qué iba a ser buena chica contigo cuando me dices que soy mala sin que nunca te haya hecho daño! –contestó ella–. ¡Por qué iba a tener buen corazón con dos mielgos que son orgullosos como dos gallos y que nunca han tenido conmigo ni una pizca de amistad!

–Vamos, Fadette –siguió diciendo Landry–, quieres que te prometa algo; dime enseguida qué te apetece y te lo daré. ¿Quieres mi navaja nueva?

–¿A ver? –dijo la Fadette saltando como una rana para ponerse a su lado.

Y, cuando hubo visto la navaja, que no era para hacerle ascos y que al padrino de Landry le había costado cincuenta céntimos en la última feria, estuvo por un momento a punto de caer en la tentación, pero no tardó, pareciéndole que era poco, en preguntarle si no le daría mejor su gallinita blanca, que no abultaba más que una paloma y tenía plumas hasta la punta de los dedos.

–No te puedo prometer la gallina blanca porque es de mi madre –contestó Landry–, pero te prometo que se la pediré para ti. Y respondo de que mi madre no te la negará porque se alegrará tanto cuando vuelva a ver a Sylvinet que nada se le hará cuesta arriba con tal de recompensarte.

–¡Ya, ya! –añadió la Fadette–. Y, si me apeteciera vuestro cabritillo de hocico negro, ¿también me lo daría la comadre Barbeau?

–¡Dios mío! ¡Dios mío! Cuánto tardas en decidirte, Fanchon. Mira, que te baste con esto: si mi hermano está en peligro y me llevas ahora mismo con él, no hay en nuestra casa ni gallina ni pollita, ni cabra ni

cabritillo que mi padre y mi madre, estoy seguro del todo, no quisieran darte para agradecértelo.

–Bueno, ya hablaremos de eso, Landry –dijo la Fadette, alargándole la manita flaca al mielgo para que la chocase con la suya y sellar el trato, cosa que no hizo él sin estremecerse un poco, pues en esos momentos tenía ella unos ojos tan relucientes que habríase dicho el duende en persona–. No te voy a decir ahora lo que quiero de ti, a lo mejor no lo sé todavía; pero acuérdate bien de lo que me estás prometiendo ahora; y, si no cumples, le contaré a todo el mundo que no puede uno fiarse de la palabra del mielgo Landry. Aquí me despido y que no se te olvide que no te voy a pedir nada hasta el día en que me decida a ir a buscarte para pedirte algo que será cuando yo lo mande y que harás sin espera y sin arrepentirte.

–¡Muy bien está! Fadette, prometido y firmado queda –dijo Landry, chocando la mano con la de ella.

–¡Vamos allá! –dijo la Fadette, con expresión muy ufana y contenta–. Vuelve ahora mismo a la orilla del río; vete río abajo hasta que oigas balar; y donde veas un cordero buriel verás enseguida a tu hermano: si no ocurre como te lo digo, te perdono la palabra que me has dado.

Dicho lo cual, el cricrí, metiéndose al saltón debajo del brazo haciendo caso omiso de que a este no le gustase y se revolviera como una anguila, cayó de un salto entre las zarzas y Landry dejó de verlos y de oírlos como si lo hubiera soñado. No perdió el tiempo preguntándose si la Fadette se había burlado de él. Corrió de un tirón hasta la parte baja del junqueral, fue por él hasta el tajo y, una vez allí, iba a pasar de largo sin meterse dentro, porque había rebuscado lo suficiente para tener la seguridad de que Sylvinet no estaba; pero, cuando iba a alejarse, oyó balar un cordero.

–Dios mío de mi alma –pensó–, esa muchacha me lo había anunciado; oigo el cordero, ahí está mi hermano. Pero si está muerto o vivo, eso no puedo saberlo.

Y entró de un salto en el tajo y se metió entre los matorrales. Su hermano no estaba, pero, siguiendo la corriente, a diez pasos de allí y sin dejar de oír balar al cordero, Landry vio en la otra orilla a su hermano sentado, con un corderito metido en el blusón que era en verdad buriel de color desde la punta del hocico a la punta del rabo.

Como Sylvinet estaba vivito y coleando y no parecía ni en mal estado ni quebrantado ni en la cara ni en la ropa, Landry se alegró tanto que empezó por darle las gracias a Dios con todo su corazón sin

pensar en pedirle perdón por haber recurrido a la ciencia del diablo para conseguir esa dicha. Pero, en el mismo momento en que iba a llamar a Sylvinet, que no lo había visto aún ni parecía oírlo por el ruido del agua que en aquel sitio se arremolinaba con fuerza en los cantos, se entretuvo en mirarlo, porque lo asombraba encontrarlo como se lo había predicho la Fadette, en medio de los árboles que el viento azotaba con fuerza y sin moverse más que si fuera una piedra.

Y eso que todo el mundo sabe que es peligroso quedarse a la vera de nuestro río cuando se levanta el vendaval. Todas las orillas están socavadas y no hay tormenta que, si se ceba, no arranque de cuajo alguno de esos alisos que siempre andan cortos de raíces a menos que sean muy grandes y muy viejos y que bien se le caerían encima a uno sin avisar. Pero Sylvinet, que no era sin embargo ni más simple ni más atolondrado que otro cualquiera, no parecía tener en cuenta el peligro. No lo tenía más en cuenta que si hubiera estado a buen recaudo en un granero seguro. Cansado de andar de acá para allá todo el día y de vagar a la aventura, aunque por suerte no se había ahogado en el río, sí podía decirse que se había ahogado en su pena y su rencor, tanto que se quedaba allí como un leño, con los ojos clavados en la corriente, con la cara tan blanca como una azucena de agua, con la boca medio abierta como un pececito que boquea al sol, con el pelo enmarañado por el viento y sin hacerle caso siquiera a su corderito, que se había encontrado perdido en los prados y del que se había compadecido. Se lo había metido en el blusón para llevarlo a casa, pero, de camino, se le había olvidado preguntar de quién era el cordero perdido. Lo tenía en las rodillas y lo dejaba gritar sin oírlo, aunque el pobre pequeñuelo le ponía una voz desconsolada y miraba alrededor con sus ojazos claros, extrañado de que no lo oyera alguien de su especie y no reconociendo ni su prado, ni a su madre, ni su establo en aquel sitio tan umbroso y con tanto césped, delante de una gran corriente de agua que a lo mejor le daba mucho miedo.

X

Si a Landry no lo hubiese separado de Sylvinet el río, que no tiene de ancho en todo su recorrido más de cuatro o cinco metros (como se dice en estos tiempos modernos), pero que es, a trechos, tan hondo como ancho, qué duda cabe de que se habría arrojado, sin más pararse a pensarlo, en brazos de su hermano. Pero, como Sylvinet ni siquiera lo veía, le dio tiempo a pensar en cómo hacerlo bajar de las nubes y convencerlo para llevarlo a casa; pues, si se le antojaba otra cosa a ese infeliz huraño, bien podría tirar para otro lado y a Landry le habría costado lo suyo encontrar un vado o una pasarela para ir a buscarlo.

Landry, pues, luego de darle unas cuantas vueltas al asunto, se preguntó cómo actuaría su padre, que tenía sensatez y prudencia por cuatro, en semejante caso; y cayó en la cuenta, de forma muy atinada, de que el compadre Barbeau se lo tomaría con mucha calma y como si no pasara nada, para que Sylvinet no se percatase de cuánta angustia había causado y ni se arrepintiese demasiado ni se animase demasiado a hacer otra vez lo mismo en otro momento de rencor.

Así que empezó a silbar como si llamase a los mirlos para animarlos a cantar, igual que hacen los pastorcillos cuando van a lo largo de las zarzas al caer la tarde. Con eso alzó la cabeza Sylvinet y, en viendo a su hermano, le entró vergüenza y se puso de pie muy deprisa, pensando que no lo había visto. Entonces Landry hizo como si lo divisara y le dijo, sin levantar mucho la voz, pues el río no cantaba tan fuerte como para impedir que se oyeran.

–¡Eh, Sylvinet mío! ¡Así que estás ahí! Te he estado esperando toda la mañana y, al ver que habías salido para un rato tan largo, he venido a pasear por aquí hasta que fuese la hora de la cena, en que contaba con verte en casa; pero, ya que nos hemos encontrado, volveremos juntos. Vamos a ir río abajo, cada uno en una orilla, y nos reuniremos en el vado de Les Roulettes. –Era el vado que estaba enfrente de la casa de la comadre Fadet.

–Pues andando –dijo Sylvinet, cogiendo el cordero, al que, como lo conocía hacía poco, no se le ocurría seguirlo por sí solo; y fueron río abajo sin atreverse mucho a mirarse, pues temían que se les notase la pena que les daba haber estado reñidos y el gusto que sentían al volver a reunirse. De vez en cuando, Landry, para que siguiera pareciendo que no creía en el rencor de su hermano, le decía una palabra o dos según andaban. Le preguntó primero de dónde había sacado ese corderito buriel, y Sylvinet no podía contestar gran cosa,

porque no quería reconocer que había ido muy lejos y que ni siquiera sabía el nombre de los sitios por los que había pasado. Entonces Landry, al ver su apuro, le dijo:

–Ya me lo contarás luego, porque el viento sopla fuerte y no es bueno estar debajo de los árboles y a la orilla del río; pero menos mal que ya empieza a caer el agua del cielo y el viento no tardará en caer también.

Y, para sus adentros, se decía: «Pues es verdad que el cricrí me predijo que lo encontraría antes de que empezase a llover. Desde luego, esa muchacha sabe más que nosotros».

No se decía que había pasado un cuarto de hora largo explicándose con la comadre Fadet, mientras le rogaba y ella se negaba a escucharlo, y que la Fadette, a quien no había visto más que al salir de la casa, podía haber visto a Sylvinet durante esa explicación. Por fin, se le ocurrió; pero ¿cómo sabía ella tan bien qué lo andaba preocupando cuando se le había acercado, si no estaba presente mientras él se explicaba con la vieja? Esta vez no se le ocurrió la idea de que ya había preguntado por su hermano a varias personas según iba al junqueral y que alguien habría podido mencionarlo delante de la Fadette; o bien que era posible que la niña hubiera oído el final de su conversación con la abuela, escondida como tan a menudo hacía para enterarse de todo cuanto podía satisfacer su curiosidad.

Por su parte, el pobre Sylvinet pensó también para sus adentros cómo iba a explicar su mal comportamiento con su hermano y con su madre, pues no se esperaba el ardid de Landry y no sabía qué historia contarle, a él que no había mentido en la vida y que nunca le había ocultado nada a su mielgo.

Así pues, se sintió muy contra gusto tras cruzar el vado; pues había llegado hasta allí sin que se le ocurriera nada para salir del apuro.

En cuanto estuvo en la orilla, Landry lo abrazó, y, sin pretenderlo, lo hizo con mayor entusiasmo aún de lo que solía, pero se guardó de hacerle preguntas, pues bien vio que no sabría qué decir, y lo llevó a casa hablando de muchas cosas diferentes de la que les importaba a ambos. Al pasar por delante de la casa de la comadre Fadet, se fijó bien por si veía a Fadette, pues le entraban ganas de ir a darle las gracias. Pero la puerta estaba cerrada y no se oía más ruido que la voz del saltón, que berreaba porque su abuela le había zurrado con una correa, cosa que le ocurría todas las noches, lo hubiera merecido o no.

A Sylvinet le dio pena oír llorar al chicuelo y le dijo a su hermano:

–Vaya casa tan fea, donde siempre se oyen gritos o golpes. Ya sé

que no hay nada peor ni más atravesado que el saltón ese; y por el cricrí no daría dos cuartos. Pero esos niños son desgraciados porque ya no tienen padre ni madre y dependen de esa vieja bruja que siempre es mala y no les perdona nada.

–Y no como en nuestra casa –contestó Landry–. Nunca nos han puesto la mano encima ni padre ni madre, e incluso cuando nos reñían por nuestras maldades de chiquillos, era con tanta dulzura y cuidado que los vecinos no oían nada. Hay gente así, que es feliz de sobra, y, en cambio, la Fadette, que es la niña más desgraciada y más maltratada de la tierra, siempre se está riendo y no se queja nunca de nada.

Sylvinet entendió el reproche y lamentó su culpa. Ya llevaba lamentándola desde por la mañana y había notado veinte veces deseos de volver, pero se había refrenado por vergüenza. En aquel momento le entró mucha pena y lloró sin decir nada; pero su hermano lo cogió de la mano y le dijo:

–Menuda forma de llover, Sylvinet mío; vamos a casa de una carrera.

Así que echaron a correr y Landry intentaba hacer reír a Sylvinet, que se esforzaba en hacerlo para que estuviera contento.

Sin embargo, en el momento de entrar en casa, Sylvinet tuvo ganas de esconderse en el granero, porque temía que su padre le reprochase algo. Pero el compadre Barbeau, que no se tomaba las cosas tan a pecho como su mujer, se contentó con gastarle bromas; y la comadre Barbeau, a quien su marido había aleccionado sabiamente, intentó ocultarle el tormento por el que había pasado. Aunque, mientras se dedicaba a secar a sus mielgos delante de un buen fuego y de darles de cenar, Sylvinet no dejó de notar que había llorado y que de vez en cuando lo miraba con expresión intranquila y apenada. Si hubiera estado a solas con ella le habría pedido perdón y la habría contemplado tanto que la habría consolado. Pero al padre no le gustaban mucho todos esos mimos y a Sylvinet no le quedó más remedio que irse a la cama nada más cenar, sin decir nada, pues el cansancio lo podía. Se había pasado el día sin comer nada y, en cuanto se tomó la cena, de la que estaba muy necesitado, se notó como si estuviera bebido y tuvo que dejar que lo desnudara y lo acostara su mielgo, que se quedó a su lado, sentado al filo de la cama, teniéndole cogida la mano.

Cuando lo vio bien dormido, Landry se despidió de sus padres y no se dio cuenta de que su madre lo besaba con más amor que otras

veces. Siempre pensaba que no podía quererlo tanto como a su hermano y no tenía celos, diciéndose que él se daba menos a querer, así que tenía la parte que le correspondía. Lo aceptaba tanto por respeto a su madre cuanto por apego a su mielgo, que tenía en mayor grado que él necesidad de mimo y de consuelos.

Al día siguiente, Sylvinet corrió hacia la cama de la comadre Barbeau antes de que esta se levantase y, abriéndole el corazón, le confesó su arrepentimiento y su vergüenza. Le contó que llevaba algún tiempo siendo muy desgraciado no tanto por estar separado de Landry, sino porque suponía que Landry no lo quería. Y, cuando su madre le preguntó por esa injusticia, no pudo en modo alguno dar motivos, pues era algo que llevaba dentro como una enfermedad de la que no podía defenderse. La madre lo comprendía mejor de lo que quería reconocer, porque un corazón de mujer padece con facilidad tormentos así y ella también se había resentido a menudo de semejantes padecimientos al ver a Landry tan reposado, con su valor y su energía. Pero en esta ocasión reconocía que los celos son malos en todos los amores, incluso en aquellos a los que Dios nos obliga más, y tuvo buen cuidado de no dar alas a Sylvinet. Le destacó el disgusto que le había dado a su hermano, y lo bueno que había sido este al no quejarse ni haberse molestado. Sylvinet lo reconoció también y coincidió en que su hermano era mejor cristiano que él. Prometió y resolvió curarse y su voluntad era sincera.

Pero, a su pesar y por más que pusiera cara de consuelo y satisfacción, y por más que su madre le hubiera enjugado todas las lágrimas y contestado a todas sus quejas con razones muy reconfortantes, por más que hiciera cuanto estaba en su mano para comportarse con su hermano con naturalidad y justicia, le quedó dentro un fermento de amargura. «Mi hermano –pensaba sin querer– es el más cristiano y el más justo de los dos; lo dice mi querida madre y es la verdad pero, si me quisiera tanto como lo quiero yo, no podría conformarse como se conforma.» Y pensaba en el aire tranquilo y casi indiferente de Landry cuando lo había encontrado a la orilla del río. Recordaba cómo lo había oído silbarles a los mirlos mientras lo buscaba en aquel momento en que él estaba pensando muy en serio en tirarse al río. Pues, aunque no se le había ocurrido tal idea al salir de casa, le había venido en más de una ocasión ya a última hora de la tarde, al pensar que su hermano no le perdonaría nunca que se hubiera enfadado y lo hubiera evitado por primera vez en la vida. «Si hubiese sido él quien me hubiera hecho semejante afrenta –pensaba–,

no me habría consolado nunca. Muy contento estoy de que me haya perdonado, pero a pesar de todo creía que no me lo iba a perdonar con tanta facilidad.» Y entonces el desdichado niño suspiraba mientras luchaba contra sí mismo y luchaba contra sí mismo suspirando.

Sin embargo, como Dios nos premia y nos ayuda siempre, a poco que tengamos la sincera intención de agradarlo, sucedió que Sylvinet fue más sensato el resto del año; que se abstuvo de buscarle pleitos a su hermano y enfurruñarse con él, que lo quiso, por fin, con más sosiego y que su salud, que se había resentido de tantas angustias, mejoró y se robusteció. Su padre lo hizo trabajar más, cayendo en la cuenta de que, cuanto menos pendiente estuviera de sí mismo, mejor le iría. Pero el trabajo que se hace en casa de los padres no es nunca tan duro como el que le mandan a uno en casa ajena. En consecuencia, Landry, que no escatimaba esfuerzos, se puso aquel año más alto y más fuerte que su mielgo. Las menudas diferencias que siempre se les habían visto se les notaron más y, del ánimo, se les pasaron a la cara. Landry, cuando cumplieron los quince años, se convirtió en un real mozo y Sylvinet siguió siendo un guapo jovencito, más esbelto y menos vistoso que su hermano. Así que ya nadie tomaba al uno por el otro y, pese a que seguían pareciéndose como dos hermanos, ya no se veía de entrada que eran mielgos. Landry, que en teoría era el menor, por haber nacido una hora después que Sylvinet, les parecía a quienes los veían por primera vez que era un año o dos mayor. Y eso aumentaba el apego del compadre Barbeau, que, según la auténtica forma de ser de la gente del campo, valoraba la estatura y la fuerza por encima de todo lo demás.

XI

Al principio, en la temporada que siguió a la aventura de Landry con la Fadette, algo inquieto tuvo al muchacho la promesa que le había hecho. En el momento en que lo salvó de su preocupación, se había comprometido él por su padre y por su madre a darle todo lo mejor que hubiera en El Mielgar; pero, al ver que el compadre Barbeau no se había tomado muy en serio el enfurruñamiento de Sylvinet y no se le había visto preocupación ninguna, mucho se temía que, cuando la Fadette fuera a reclamar su recompensa, su padre la echaría, riéndose de su bonita ciencia y de la bonita palabra que Landry le había dado.

Este miedo tenía a Landry muy avergonzado en su fuero interno y, según se le había ido quitando la pena, le parecía que había sido una simpleza haber creído ver brujería en lo sucedido. No es que estuviera seguro de que la Fadette se hubiese mofado de él, pero sí tenía la sensación de que podía caber la duda y no se le ocurrían buenas razones que darle a su padre para demostrarle que había hecho bien al comprometerse a algo de tantas consecuencias; por otro lado, no veía tampoco cómo podría romper semejante compromiso, pues había jurado por lo más sagrado y lo había hecho en alma y conciencia. No obstante, para mayor extrañeza suya, ni al día siguiente del caso, ni en todo el mes, ni en toda la estación oyó hablar de la Fadette ni en El Mielgar ni en La Priche. No se presentó ni en casa del compadre Caillaud para preguntar por Landry, ni en casa del compadre Barbeau para reclamar lo que fuera y, cuando Landry la vio de lejos, por el campo, ella no se le acercó y no pareció fijarse en él, cosa que iba en contra de su costumbre, pues corría detrás de todo el mundo, ya para mirar por curiosidad, ya para reírse, jugar y chancearse con quienes estaban de buen humor, ya para reprender a los que no lo estaban y meterse con ellos.

Pero, como la casa de la comadre Fadet estaba en el vecindario tanto de La Priche como de La Cosse, bien podría suceder que un día u otro se diera de bruces Landry con la Fadette en un camino; y, cuando el camino no es ancho, forzoso es darse una palmada o decirse una palabra al pasar.

Fue un atardecer en que la Fadette volvía con las ocas, siempre con el saltón pisándole los talones, y Landry, que había ido a buscar las yeguas al prado, las llevaba de lo más tranquilamente a La Priche, de forma tal que se cruzaron en el caminito que baja de la Croix des Bossons al vado de Les Roulettes y que está tan encajonado que no

hay forma de evitarse. Landry se puso colorado del miedo que le daba que pudieran emplazarlo a que cumpliese su palabra y, no queriendo animar a ello a la Fadette, se subió de un brinco a una de las yeguas en cuanto la vio venir de lejos, y la espoleó con los zuecos para ponerla al trote; pero, como todas las yeguas llevaban trabadas las patas, la que iba montando él no por eso anduvo más deprisa. Landry, al verse tan cerca de la Fadette, no se atrevió a mirarla e hizo que se volvía, como para ver si los potros lo seguían. Cuando miró hacia delante, la Fadette ya lo había dejado atrás y no le había dicho nada: ni siquiera sabía si lo había mirado ni si, con los ojos o con la risa, había querido llamarle la atención para que le diese las buenas noches. Solo vio a Jeanet, el Saltón, que, siempre tan atravesado y tan malo, cogió una piedra para tirársela a las patas a la yegua. Buenas ganas le entraron a Landry de pegarle con la fusta, pero le dio miedo detenerse y tener una explicación con la hermana. Así que hizo como que no se daba cuenta y se fue sin mirar atrás.

En todas las demás ocasiones en que Landry se encontró con la Fadette, sucedió más o menos lo mismo. Poco a poco se fue atreviendo a mirarla, pues, a medida que iba teniendo más edad y razón, no le preocupaba ya tanto un asunto de tan poca monta. Pero, una vez cobrado ya valor para mirarla tranquilamente, como a la espera de cualquier cosa que quisiera decirle, lo asombró ver que la muchacha volvía la cabeza aposta hacia otro lado, como si Landry le diera el mismo miedo que ella le daba a él. Con lo cual cobró atrevimiento en la parte que a él le tocaba y, como era justo de corazón, se preguntó si no había cometido un gran error al no haberle dado nunca las gracias por la alegría que, o con su ciencia o por casualidad, le había dado. Tomó la resolución de abordarla en la primera ocasión en que la viera y, cuando llegó ese momento, dio al menos diez pasos en su dirección para empezar a saludarla y a charlar con ella.

Pero, según se le iba acercando, la Fadette puso cara altanera y casi de enfado; y, decidiéndose al fin a mirarlo, lo hizo de una forma tan despectiva que Landry se quedó completamente desconcertado y no se atrevió a dirigirle la palabra.

Esta fue la última vez del año que Landry se la encontró de cerca, pues, a partir de ese día, la Fadette, movida por a saber qué capricho, se dio tanta maña en evitarlo que, en cuanto lo veía de bien lejos, torcía para otro lado, se metía por cualquier propiedad o daba un gran rodeo para no verlo. Landry pensó que estaba enfadada porque había sido ingrato con ella; pero tan cuesta arriba se le hacía intentar algo

para reparar su error que no consiguió decidirse a hacerlo. La Fadette no era una niña como las demás. No era de carácter receloso e incluso lo era demasiado poco, ya que le gustaba provocar los insultos o las burlas, pues se notaba bien afilada la lengua para responder y tener siempre la última palabra y la más agraviosa. Nunca la habían visto enfurruñarse y le reprochaban que careciera del orgullo oportuno en una chiquilla cuando le llegan los quince años y empieza a notar que es persona. Seguía teniendo los modales de un rapaz e incluso hacía gala de meterse con Sylvinet, de molestarlo y de agotarle la paciencia, cuando lo sorprendía ensimismado y en las nubes, cosa que aún le sucedía a veces. Siempre iba siguiéndolo parte del camino cuando se lo encontraba, burlándose de su *mielguería* y atormentándole el corazón diciéndole que Landry no lo quería y se reía de su pena. Así que el pobre Sylvinet, que la tenía por bruja más aún que Landry, se asombraba de que le adivinase el pensamiento y la aborrecía cordialmente. La despreciaba a ella y a su familia e, igual que ella evitaba a Landry, él evitaba a ese cricrí tan malo que, a lo que Sylvinet decía, seguiría antes o después el ejemplo de su madre, que se había descarriado y, abandonando a su marido, había acabado por irse detrás de los soldados. Se había marchado de soldadera poco después de que naciera el saltón y desde entonces no se había vuelto a saber nada de ella. El marido se había muerto de vergüenza y de pena y por eso la anciana comadre Fadet se había visto en la obligación de hacerse cargo de los dos niños, a los que cuidaba muy mal, tanto por su tacañería como por su avanzada edad, que no le permitía vigilarlos y atenderlos como es debido.

Por todos estos motivos, Landry, y eso que no era tan orgulloso como Sylvinet, le tenía repelencia a la Fadette y, arrepentido de haber tenido trato con ella, se guardaba muy mucho de contárselo a nadie. Se lo ocultó incluso a su mielgo, por no querer confesarle la preocupación que había sentido por él; y, por su parte, Sylvinet le ocultó todas las maldades que le hacía la Fadette, pues le daba vergüenza decir que había adivinado sus celos.

Pero el tiempo iba pasando. A la edad que tenían nuestros mielgos, las semanas son como meses y los meses, como años, por los cambios que les traen al cuerpo y a las ideas. No tardó Landry en olvidar su aventura y, tras haberlo atormentado un poco el recuerdo de la Fadette, ya no se volvió a acordar, como si lo hubiera soñado.

Hacía ya alrededor de diez meses que había entrado Landry en La Priche y se acercaba el día de San Juan, que era la época en que lo

había cogido el compadre Caillaud. Este buen hombre estaba tan contento con él que estaba decidido a aumentarle el jornal para que no se le fuera; y Landry ¡qué más quería que quedarse cerca de su familia y repetir con la gente de La Priche, que le parecía muy bien! Sentía incluso que le estaba naciendo un interés por una sobrina del compadre Caillaud que se llamaba Madelon y era una mocita muy galana. Le llevaba un año a Landry y lo trataba aún, hasta cierto punto, como a un niño; pero cada día menos y, mientras que a principios de año se reía de él cuando le daba vergüenza besarla en los juegos o en el baile, a finales se ruborizaba en vez de provocarlo y ya no se quedaba a solas con él ni en el establo ni en el henil. Madelon no era pobre y una boda posiblemente podría arreglarse andando el tiempo. Las dos familias estaban bien consideradas y gozaban de estima en toda la comarca. En vista de lo cual, el compadre Caillaud, al ver a esos dos niños que estaban empezando a buscarse y a temerse, le decía al compadre Barbeau que bien podrían formar una bonita pareja y que no había nada malo en dejarlos conocerse largo y tendido.

Se acordó, pues, ocho días antes de San Juan, que Landry se quedaría en La Priche y Sylvinet en casa de sus padres, pues ya le había vuelto bastante la cordura y, como el compadre Barbeau había enfermado de las fiebres, aquel niño sabía hacerse muy útil trabajando sus tierras. Sylvinet había pasado mucho miedo de que lo mandasen lejos, y el temor había obrado en él para bien; pues se esforzaba cada vez más en vencer su exceso de cariño por Landry o, al menos, en no dejar que se le notase demasiado. La paz y el contento habían vuelto, pues, al Mielgar aunque los mielgos no se veían ya sino una o dos veces por semana. El día de San Juan fue muy feliz; fueron juntos a la ciudad para ver la colocación de los mozos de campo y plaza, y la fiesta que había luego, en la plaza mayor. Landry bailó más de una *bourrée* con la guapa Madelon y Sylvinet, para darle gusto, intentó bailar también. No se le daba demasiado bien, pero Madelon, que tenía con él muchas consideraciones, lo cogía de la mano, frente por frente, para ayudarlo a marcar el paso, y Sylvinet, por estar así con su hermano, prometió aprender a bailar bien, para compartir un gusto en el que hasta entonces había sido un estorbo para Landry.

No tenía demasiados celos de Madelon porque Landry era reservado con ella. Y, por lo demás, Madelon hacía halagos y daba alas a Sylvinet. Se tomaba confianzas con él y alguien que no supiera nada del asunto habría considerado que ese era su mielgo favorito.

Landry habría podido tener celos de Sylvinet si no hubiera sido, de natural, enemigo de la envidia; y es posible que un no sé qué le dijese, pese a lo inocente que era, que Madelon solo se comportaba así para agradarlo y tener ocasión de estar con él más a menudo.

Todo transcurrió, pues, de la mejor manera posible unos tres meses, hasta el día de San Andoche, que es la fiesta patronal del pueblo de La Cosse, y cae en los últimos días de septiembre.

Ese día, que era siempre para los dos mielgos una fiesta grande y hermosa porque había bailes y juegos de toda clase bajo los grandes nogales de la parroquia, les trajo nuevos disgustos que bien poco se esperaban.

Como el compadre Caillaud le había dado licencia para que fuera la víspera a dormir al Mielgar y viese la fiesta desde por la mañana temprano, Landry salió antes de la cena, muy contento de darle una sorpresa a su mielgo, que no lo esperaba hasta el día siguiente. Era la estación en que los días empiezan a menguar y se hace de noche pronto. Landry no le tenía nunca miedo a nada en pleno día; pero no habría sido de su edad ni de su tierra si le gustase andar solo de noche por los caminos, sobre todo en otoño, que es una estación en que los brujos y los trasgos empiezan a pasárselo bien porque las nieblas los ayudan a esconder sus burlas y sus maleficios. Landry, que estaba acostumbrado a salir solo a cualquier hora a llevar y traer los bueyes, no sentía ninguna aprensión más señalada esa noche que cualquier otra; pero andaba deprisa y cantaba a voces, como se hace siempre cuando está oscuro, porque sabido es que el canto del hombre estorba y aparta los malos bichos y a la mala gente.

Cuando estuvo delante del vado de Les Roulettes, al que llaman de esa manera por los muchos cantos rodados que hay en él, se remangó un poco las perneras de los pantalones, porque el agua podía llegar por encima del tobillo; y tuvo buen cuidado de no caminar recto porque el vado va al bies y tanto a derecha como a izquierda hay hoyas traidoras. Landry conocía tan bien el vado que era imposible que se confundiese. Por lo demás, desde allí se veía, a través de los árboles, que habían perdido ya la mitad de las hojas, la lucecita que salía de casa de la comadre Fadet; y, mirando esa luz, a poco que se anduviera hacia ella, no había cuidado de ir por mal camino.

Estaba tan oscuro bajo los árboles que Landry palpó por si acaso el vado con el palo antes de meterse en él. Le extrañó encontrarse con más agua que de costumbre, tanto más cuanto que oía el ruido de las esclusas que llevaban abiertas una hora larga. Sin embargo, como veía

claramente la luz de la ventana de la Fadette, se arriesgó. Pero, al cabo de dos pasos, le llegaba el agua más arriba de la rodilla y retrocedió, pensando que se había equivocado. Probó un poco más arriba y un poco más abajo y en ambos sitios se encontró con más profundidad aún. No había llovido y las esclusas seguían retumbando; estaba pasando, pues, algo muy sorprendente.

XII

«Por fuerza –pensó Landry–, he cogido el camino equivocado para ir a la carrendera, porque resulta que ahora veo a la derecha la candela de la Fadette, que debería tener a la izquierda.»

Fue camino arriba hasta la Croix-au-Lièvre y dio vueltas a su alrededor con los ojos cerrados para desorientarse; y, cuando se hubo fijado bien en los árboles y las zarzas que tenía alrededor, se encontró en el camino acertado y volvió cabe el río. Pero, aunque el vado le pareció cómodo, no se atrevió a dar más de tres pasos porque vio de repente, casi detrás de él, el resplandor de la casa de la Fadette, que debería haber tenido justo enfrente. Volvió a la orilla y en esta ocasión le pareció que la luz estaba como tenía que estar. Volvió a meterse en el vado andando al bies en sentido contrario y esta vez el agua le llegó casi a la cintura. Sin embargo, siguió andando, dando por hecho que se había encontrado una hoya, pero que saldría de ella caminando hacia la luz.

Hizo bien en detenerse, pues la hoya era cada vez más honda y el agua le llegaba a los hombros. Estaba muy fría y se quedó un momento preguntándose si iba a volver sobre sus pasos; pues le parecía que la luz había cambiado de sitio, e incluso la vio moverse, correr, dar saltitos, pasar de una orilla a otra y, por fin, desdoblarse al reflejarse en el agua, donde estaba como un pájaro que se columpia en las alas, dejando oír el ruidillo de un chisporroteo como el de una candela de resina.

Esta vez, a Landry le entró miedo y a punto estuvo de perder la cabeza, porque había oído decir que no hay nada más engañoso ni peor que ese fuego; que jugaba a extraviar a quienes lo miran y a llevarlos a lo más profundo del agua mientras se ríe a su manera y se burla de la angustia que sienten.

Landry cerró los ojos para dejar de verlo y, dando la vuelta con brusquedad, arriesgándose a lo que fuera, salió de la hoya y se encontró en la orilla. Se tiró entonces en la hierba y miró al trasgo de fuego que seguía con su danza y su risa. Era en verdad cosa muy ingrata de ver. Tan pronto salía volando como un martín pescador y tan pronto desaparecía del todo. Y otras veces se hacía del tamaño de la cabeza de un buey y, acto seguido, pequeñito como el ojo de un gato; y se acercaba a Landry, giraba a su alrededor tan deprisa que lo deslumbraba y, por fin, al ver que no quería seguirlo, se iba a colear a los juncos, donde parecía enfadarse y soltarle insolencias.

Landry no se atrevía a moverse, pues retroceder lo andado no era forma de espantar a ese trasgo. Sabido es que se empecina en correr detrás de los que corren y que se les cruza delante hasta que los vuelve locos y les hace dar en un mal trance. Tiritaba de miedo y de frío cuando oyó detrás de él una vocecita muy dulce que cantaba:

Fadet, fadet, lindo *fadete*,
coge la vela y el cornete
y yo mi capa y mi capillo.
Para esta duende, este trasguillo.

Y, acto seguido, la Fadette, que se disponía a cruzar el agua sin que se le notase ni temor ni extrañeza ante el fuego fatuo, tropezó con Landry, que estaba sentado en el suelo, en lo oscuro, y se apartó maldiciendo ni más ni menos que un muchacho, y de los más enterados.

–Soy yo, Fanchon –dijo Landry, poniéndose de pie–, no te asustes. Que no voy de enemigo tuyo.

Hablaba así porque le tenía miedo, casi tanto como al trasgo. Había oído su canción y se daba cuenta de que le decía un conjuro al fuego fatuo, que danzaba y se retorcía como un loco delante de ella, como si se hubiera alegrado de verla.

–Ya veo, guapo mielgo –dijo la Fadette después de pensarlo un rato–, que me bailas el agua porque estás medio muerto de miedo y que te tiembla la voz en el gaznate, ni más ni menos que a mi abuela. Vaya, infeliz, de noche no tenemos tanto orgullo como de día, y apuesto lo que sea a que no te atreves a cruzar el agua sin mí.

–La verdad es que del agua salgo –dijo Landry– y a punto he estado de ahogarme. ¿Vas a correr ese riesgo, Fadette? ¿No te da miedo salirte del vado?

–¡Anda! Y ¿por qué me iba a salir? Pero ya veo qué te preocupa –contestó la Fadette riéndose–. Venga, dame la mano, cobarde; el trasgo no es tan malo como crees y solo hace daño a los que se asustan de él. Yo estoy acostumbrada a verlo y nos conocemos.

Dicho lo cual, con más fuerza de la que Landry le hubiera supuesto, le tiró del brazo y lo llevó al vado, corriendo y cantando:

Y yo mi capa y mi capillo.
Para esta duende, este trasguillo.

Landry no estaba más a gusto en compañía de la brujita que en la del

trasgo. Pero, como prefería ver al diablo con la apariencia de un ser de su propia especie que con la de un fuego tan artero y tan fugaz, no se resistió y no tardó en tranquilizarse al notar que la Fadette lo guiaba tan bien que iba andando a pie enjuto por las piedras. Pero, como los dos caminaban deprisa y le abrían una corriente de aire al fuego fatuo, seguía yendo tras ellos ese meteoro, que es como lo llama nuestro maestro de escuela, que sabe mucho de estas cosas y dice que no hay que tenerle ningún temor.

Era posible que la comadre Fadet supiera también de estas cosas y que le hubiera enseñado a su nieta a no tener temor alguno de estos fuegos nocturnos; o bien, a fuerza de verlos, porque los había con frecuencia en las inmediaciones del vado de Les Roulettes, y era una gran casualidad que Landry no hubiera visto nunca uno de cerca, era posible que la niña hubiese pensado que el espíritu que los movía a soplos no era malo y la quería bien. Al notar que a Landry le temblaba todo el cuerpo según el fuego se les iba acercando, le dijo:

–Inocente, este fuego no quema y si fueras bastante mañoso para manejarlo verías que ni siquiera deja marca.

«Pues peor –pensó Landry–; un fuego que no quema ya sabemos lo que es: no puede venir de Dios, porque el fuego de Dios está hecho para calentar y quemar.»

Pero no le dijo lo que opinaba a la Fadette y, cuando se vio sano y salvo en la orilla, le entraron buenas ganas de dejarla allí plantada y salir corriendo hacia El Mielgar. Pero no era de corazón ingrato y no quiso separarse de ella sin darle las gracias.

–Esta es la segunda vez que me haces un favor, Fanchon Fadet –le dijo–, y bien poco valdría yo si no te dijera que lo recordaré toda la vida. Ahí estaba como un loco cuando me encontraste. El trasgo me había perseguido y embrujado. Nunca habría podido cruzar el río, o no habría salido nunca de él.

–A lo mejor lo habrías pasado sin trabajo ni peligro si no fueras tan bobo –contestó la Fadette–. Nunca habría pensado que fuera tan fácil meter miedo a un muchacho tan mayor como tú, que va a cumplir los diecisiete años y al que no tardará en salirle la barba; y me alegro de verte así.

–Y ¿por qué se alegra, Fanchon Fadet?

–Porque no me gusta vusté –dijo ella con tono despectivo.

–Y ¿por qué no le gusto?

–Porque no le tengo estima –contestó ella–; ni a vusté ni a su mielgo, ni a su padre ni a su madre, que son orgullosos porque son ricos y creen que quienes les hacen un favor solo hacen lo que tienen que hacer. Le han enseñado a ser ingrato, Landry, y ese es el defecto más feo en un hombre después del de ser miedoso.

Landry se sentía muy humillado por los reproches de la niña, porque reconocía que no eran injustos del todo; y le contestó:

–Si he hecho mal, Fadette, écheme solo la culpa a mí. Ni mi

hermano, ni mi padre, ni mi madre, ni nadie de mi casa supo nada de la ayuda que me prestó ya una vez. Pero en esta ocasión lo van a saber y tendrá la recompensa que quiera.

–Ah, qué orgulloso lo veo –contestó la Fadette– porque se imagina que con sus regalos queda en paz conmigo. Se cree que soy igual que mi abuela, que, con tal de que le den algún dinero, le aguanta a la gente feos e insolencias. Pues yo ni necesito ni quiero sus regalos y desprecio todo lo que venga de vusté, porque no tuvo corazón para que se le ocurriera una mala palabra de agradecimiento y de amistad que decirme cuando hace casi un año que le remedié un apuro muy grande.

–Hice mal, ya lo he confesado, Fadette –dijo Landry, que no podía por menos de asombrarse de la forma en que la oía razonar por primera vez–. Pero también tienes tú algo de culpa. No fue para tanto lo de ayudarme a encontrar a mi hermano, porque seguramente acababas de verlo mientras yo hablaba con tu abuela; y, si tuvieras de verdad buen corazón, tú que me reprochas que no lo tenga yo, en vez de hacerme sufrir y esperar, y en vez de hacer que te diera una palabra que podía tener consecuencias, me habrías dicho enseguida: «Vete prado abajo y lo verás a la orilla del agua». No te habría costado mucho; y, en vez de eso, jugaste de una forma muy fea con mi pena y eso fue lo que estropeó el favor que me hiciste.

La Fadette, aunque era de réplica fácil, se quedó pensando un momento. Luego dijo:

–Ya veo que hiciste todo lo posible para apartarte del corazón el agradecimiento y para imaginarte que no me debías ninguno por culpa de la recompensa que te hice prometerme. Pero también en esto es duro y malo tu corazón, puesto que no te ha hecho caer en la cuenta de que no te pedía nada y de que ni siquiera te reprochaba tu ingratitud.

–Eso es cierto, Fanchon –dijo Landry, que era la buena fe personificada–; soy culpable, me di cuenta y me avergoncé: tendría que haber hablado contigo; tuve intención de hacerlo, pero me pusiste una cara tan enfadada que no supe cómo.

–Pues, si hubiera venido vusté al día siguiente del asunto a decirme algo amistoso, no me habría encontrado enfadada; se habría enterado enseguida de que no quería pago y seríamos amigos; mientras que ahora tengo mala opinión de vusté y debería haber dejado que se las apañase con el trasgo como hubiera podido. Buenas noches, Landry del Mielgar; vaya a secarse la ropa; vaya a decirles a sus padres: «Sin

ese cricrí harapiento, la verdad es que habría tragado no poca agua esta noche en el río».

Con estas palabras, la Fadette le dio la espalda y se fue camino de su casa, cantando:

> Has de aprender y escarmentar,
> Landry Barbeau, el del Mielgar.

Esta vez, Landry sintió en el alma como un gran remordimiento, no porque estuviera dispuesto a ningún tipo de amistad con una muchacha que parecía tener más ingenio que bondad, y cuyos malos modales no agradaban siquiera a aquellos a quienes hacían gracia. Pero era de miras elevadas y no quería que le quedase un mal comportamiento en la conciencia. Corrió tras ella y la agarró por la capa:

–Vamos a ver, Fanchon Fadet –le dijo–, esto tenemos que solucionarlo y dejarlo terminado. Tú estás descontenta de mí, y yo no estoy muy contento que digamos de mí mismo. Tienes que decirme lo que quieres y mañana mismo te lo traeré.

–Lo que quiero es no volver a verte –contestó la Fadette con mucha dureza–; y, me traigas lo que me traigas, puedes contar con que te lo tiraré a la cara.

–Son palabras demasiado ásperas para alguien que ofrece una reparación. Si no quieres ningún regalo, a lo mejor hay una forma de resultarte útil y de demostrarte así que sí te quiero bien, y no mal. Vamos, dime lo que tengo que hacer para tenerte contenta.

–¿Es que no es capaz de pedirme perdón y desear mi amistad? –dijo la Fadette, deteniéndose.

–Perdón es mucho pedir –contestó Landry, que no conseguía vencer su altanería para con una muchacha a quien no se podía considerar, en proporción a la edad que ya empezaba a tener y que no siempre aparentaba, tan sensata como debería haberlo sido–; en cuanto a tu amistad, Fadette, te funciona de una forma tan rara la cabeza que no puede darme mucha confianza. Así que pídeme una cosa que pueda darse ahora mismo y que no tenga que pedirte que me devuelvas.

–Bien está –dijo la Fadette con voz clara y cortante–, sea como vusté quiere, mielgo Landry. Le he ofrecido el perdón y no lo quiere. Ahora le reclamo lo que me prometió, que fue obedecerme cuando yo lo mandase el día en que yo se lo pidiera. Ese día va a ser mañana mismo, en la fiesta de San Andoche y esto es lo que quiero. Bailará conmigo tres *bourrées* después de misa, dos *bourrées* después de

Vísperas y otras dos después del Ángelus, que son siete. Y en todo el día, desde que se levante hasta que se acueste, no bailará ninguna otra *bourrée* con nadie, ni moza ni mujer. Si no lo hace, sabré que tiene tres cosas bien feas: la ingratitud, el miedo y el no cumplir la palabra. Buenas noches, lo espero mañana para abrir el baile, a la puerta de la iglesia.

Y la Fadette, a quien Landry había seguido hasta su casa, tiró de la clavija y entró tan deprisa que empujó la puerta y la volvió a cerrar antes de que el mielgo hubiera podido responderle una palabra.

XIV

A Landry le pareció de entrada tan graciosa la idea de la Fadette que más pensó en reírse que en enfadarse. «Aquí tenemos a una muchacha más alocada que mala y más desinteresada de lo que podría creerse, porque por pagarle no se va a arruinar mi familia.» Pero, en pensándolo, cayó en la cuenta de que saldar la deuda iba a resultar más duro de lo que parecía. La Fadette bailaba muy bien; la había visto menear las piernas en las tierras o a la orilla de los caminos, con los pastorcillos, y se revolvía como un diablillo, tan vivaracha que costaba trabajo seguirla a compás. Pero era tan poco guapa e iba tan mal arreglada, incluso los domingos, que ningún mozo de la edad de Landry la hubiera sacado a bailar, sobre todo habiendo gente delante. Como mucho a los porquerizos y a los chicos que no habían hecho aún la primera comunión les parecía digna de que la invitasen; y a las bellezas rurales no les gustaba que participase en sus bailes. Landry se sentía, pues, del todo humillado por verse condenado a semejante pareja de baile; y cuando se acordó de que se había comprometido a tres *bourrées* por lo menos con la hermosa Madelon, se preguntó cómo iba a tomarse esta la ofensa que no le iba a quedar más remedio que hacerle cuando no se las pidiera.

Como tenía frío y hambre y seguía temiendo que el trasgo lo persiguiera, apretó el paso sin pararse a pensar y sin mirar atrás. En cuanto llegó a casa, se secó y contó que no había visto el vado por lo oscuro que estaba todo y que le había costado salir del agua; pero le dio vergüenza confesar el miedo que había pasado, y no habló ni del fuego fatuo ni de la Fadette. Se metió en la cama diciéndose que ya tendría tiempo al día siguiente para atormentarse con la consecuencia del mal encuentro; pero, por mucho que hizo, no pudo dormir sino muy mal. Tuvo más de cincuenta sueños en los que vio a la Fadette subida a horcajadas en el *fadet*, que era como un gran gallo rojo y que llevaba en una de las patas un cornete, que es un farol de asta, con una candela dentro, que extendía sus rayos por todo el junqueral. Y entonces la Fadette se convertía en un cricrí del tamaño de una cabra, y le gritaba con voz de cricrí una canción que no conseguía entender, pero en la que oía continuamente palabras que rimaban, *Fadet* y Sylvinet, capillo y grillo y trasguillo, Fadette y cornete. Le estallaba la cabeza y el resplandor del fuego fatuo era tan fuerte y tan veloz que, cuando se despertó, todavía le hacían los ojos chiribitas, que son como unas bolitas negras, rojas o azules que nos parece que tenemos delante

de los ojos cuando hemos mirado demasiado fijo la órbita del sol o de la luna.

Tan cansado estaba Landry por la mala noche que se pasó la misa dormitando y no oyó siquiera una palabra del sermón del señor párroco, quien sin embargo alabó y magnificó a más no poder las virtudes y poderes del buen san Andoche. Al salir de la iglesia, Landry estaba tan apagado que se había olvidado de la Fadette. Pero allí estaba, delante del porche, muy cerca de la hermosa Madelon, que esperaba con la completa seguridad de que la primera invitación sería para ella. Pero, cuando Landry se acercó para hablarle, no pudo por menos de ver al cricrí que dio un paso al frente y le dijo muy alto, con un descaro simpar:

–Venga, Landry, me invitaste ayer al primer baile y cuento con que no nos lo perdamos.

Landry se puso colorado como la grana y, al ver que Madelon se ponía colorada también por el tremendo asombro y el tremendo despecho que le causaba semejante suceso, se armó de valor en contra de la Fadette.

–Es posible que te prometiera sacarte a bailar, Cricrí –le dijo–; pero había invitado a otra antes y ya te llegará la vez cuando haya cumplido con mi primer compromiso.

–No tal –contestó la Fadette con aplomo–. Te falla la recordación, Landry; no le prometiste nada a nadie antes que a mí, puesto que la promesa que te reclamo es del año pasado y que lo que hiciste anoche fue solo renovarla. Si a Madelon le apetece bailar contigo hoy, ahí está tu mielgo, que es igualito que tú y al que puede tomar en tu lugar. Tanto monta uno como otro.

–El cricrí tiene razón –contestó Madelon, altanera, cogiéndole la mano a Sylvinet–; si ha hecho vusté ya una promesa tan antigua, hay que cumplirla, Landry. Prefiero bailar con su hermano.

–Sí, sí, qué más da –dijo ingenuamente Sylvinet–. Bailaremos los cuatro.

No hubo más remedio que pasar por esto para no llamar la atención y el cricrí empezó a brincar con tanto orgullo y presteza que no hubo nunca *bourrée* con más ritmo ni mejor ejecutada. Si hubiera sido pimpante y bonita, habría dado gusto verla porque bailaba de maravilla y no había ni una belleza que no hubiera querido tener su agilidad y su aplomo; pero el pobre cricrí iba tan mal vestido que parecía diez veces más feo que de costumbre. Landry, que ya no se atrevía a mirar a Madelon, de tan apenado y humillado que estaba,

miró a su pareja y le pareció mucho más fea que con los harapos de todos los días; había creído que se ponía guapa y su atuendo daba risa.

Llevaba una cofia amarillenta de estar guardada y que, en vez de ser pequeña y bien recogida por detrás, según la última moda de la comarca, lucía a cada lado de la cabeza dos orejeras grandes, muy anchas y muy planas; y, por detrás de la cabeza, el casquete le llegaba casi hasta el cuello, con lo que parecía su abuela, y le hacía la cabeza del tamaño de un almud, con el cuellecito delgado como un palo. A las enaguas de droguete les faltaban dos palmos de largo, y, como había crecido mucho durante el año, los brazos flacos, muy castigados del sol, le salían de las mangas como dos patas de araña. Llevaba, pese a todo, un delantal de indiana encarnada, del que estaba muy orgullosa, pero que había sido de su madre y al que no se le había ocurrido quitarle el canesú, que la juventud no lleva ya desde hace más de diez años. Porque la pobre muchacha no era de las que son demasiado presumidas, no lo era lo suficiente y vivía como un chico, sin preocuparse por su aspecto y aficionada solo al juego y la risa. Parecía, pues, una vieja endomingada y la despreciaban por lo mal arreglada que iba, lo que se debía no a la miseria, sino a la tacañería de la abuela y a la falta de buen gusto de la nieta.

XV

A Sylvinet le parecía raro que su mielgo se hubiera encaprichado de la Fadette esa que a él le gustaba aún menos que a Landry. Landry no sabía cómo explicarlo y habría querido que se lo tragase la tierra, Madelon no estaba nada contenta y, pese al entusiasmo que imponía la Fadette a las piernas de todos, tenían la cara tan triste que hubiérase dicho que estaban enterrando al diablo.

Nada más acabar el primer baile, Landry se escabulló y fue a esconderse en su vallado. Pero, al cabo de un momento, la Fadette, escoltada por el saltón, quien, como llevaba una pluma de pavo real y una borla de oro de mentira en la gorra, estaba más pendenciero y más escandaloso que de costumbre, no tardó en ir a buscarlo, trayendo consigo una pandilla de pícaras más pequeñas, porque las muchachas de su edad no se trataban con ella. Cuando Landry la vio con todo ese gallinero, al que la Fadette pretendía tomar por testigo si se resistía, cedió y la llevó bajo los nogales, donde mucho le habría gustado encontrar un rincón para bailar con ella sin que nadie se fijase. Afortunadamente para él, ni Madelon ni Sylvinet andaban por allí, ni la gente del lugar; y quiso aprovechar la ocasión para cumplir con la tarea y bailar la tercera *bourrée* con la Fadette. Solo tenían alrededor unos forasteros que no les hicieron mucho caso.

En cuanto hubo acabado, fue corriendo a buscar a Madelon para invitarla a ir bajo el tendal a tomar gachas con él. Pero ella había bailado con otros, que le habían hecho prometer que consentiría en que la obsequiasen y le dijo que no con algo de altanería. Luego, al ver que Landry se quedaba en un rincón con los ojos llenos de lágrimas, pues el despecho y el orgullo la ponían más bonita de lo que nunca le había parecido, y habríase dicho que todo el mundo lo notaba, comió deprisa, se levantó de la mesa y dijo en voz alta: «Ya están tocando a Vísperas. ¿Con quién voy a bailar luego?». Se había vuelto hacia Landry, contando con que él diría enseguida: «¡Conmigo!». Pero, antes de que hubiera podido abrir la boca, ya se habían ofrecido otros y Madelon, sin dignarse dirigirle una mirada de reproche o de compasión, se fue a las Vísperas con sus nuevos galanes.

En cuanto se cantaron Vísperas, Madelon se fue con Pierre Aubardeau, seguida por Jean Aladenise y Étienne Alaphilippe, y los tres la sacaron a bailar, uno detrás de otro, pues no podían faltarle parejas, siendo como era una moza guapa y a quien no le faltaba un buen pasar. Landry la miraba con el rabillo del ojo y la Fadette se

había quedado en la iglesia después que los demás, rezando unas oraciones muy largas; así lo hacía todos los domingos, bien porque era muy piadosa, según unos, bien, según otros, para disimular mejor sus relaciones con el diablo.

Landry se disgustó mucho al ver que Madelon no le hacía ni caso, que estaba colorada de gusto, como una fresa, y que se consolaba perfectamente de la afrenta que no le había quedado más remedio que hacerle. Cayó en la cuenta entonces de algo que aún no se le había ocurrido, a saber, que bien podía ser que adoleciese de un sí es no es de coquetería y que, en cualquier caso, no le tenía mucho apego puesto que se divertía tan bien sin él.

Cierto es que se sabía culpable, al menos en apariencia; pero ella lo había visto muy mohíno debajo del tendal y habría podido intuir que algo había detrás de todo aquello que él habría querido poder explicarle. Y, sin embargo, no le importaba nada y estaba alegre como un cabritillo mientras que a él el corazón se le partía de pena.

Atendido que hubo Madelon a sus tres parejas, Landry se le acercó, queriendo hablarle en secreto y justificarse lo mejor que le fuera posible. No sabía cómo apañarse para llevarla aparte, pues estaba aún en la edad en que se acobarda uno ante las mujeres; no pudo, pues, dar con ninguna palabra atinada y la cogió de la mano para que fuera con él; pero ella le dijo con cara medio de rencor y medio de perdón:

–¡Vaya, vaya, Landry! ¿Así que por fin vienes a sacarme a bailar?

–No, a bailar no –contestó él, pues no sabía mentir y no contaba ya con faltar a su palabra–, sino a decirle algo que no puede negarse a oír.

–¡Ah, si tienes que decirme un secreto, Landry, se va a quedar para otra ocasión! –contestó Madelon soltándole la mano–. Hoy es día de bailar y de divertirse. Todavía me queda fuerza en las piernas y, ya que el cricrí ha acabado con las tuyas, vete a dormir si quieres; yo me quedo.

Dicho lo cual, aceptó la invitación de Germain Audoux, que venía a sacarla a bailar. Y, según le daba la espalda a Landry, este oyó a Germain Audoux que le decía refiriéndose a él:

–He aquí un mozo que bien creía que esta *bourrée* iba a ser para él.

–Podría ser –dijo Madelon meneando la cabeza–, pero ¡que se cree él eso!

A Landry lo escandalizaron mucho esas palabras y se quedó cerca del sitio en que se bailaba para observar todos los comportamientos de Madelon, que no eran reprobables, pero sí tan altaneros y desdeñosos

que lo molestaron; y cuando volvió por donde él estaba, al mirarla con ojos que se burlaban un poco de ella, le dijo para desafiarlo:

–¿Qué pasa, Landry, no puedes encontrar hoy pareja? A fe mía que no te va a quedar más remedio que volver con el cricrí.

–Y volveré con mucho gusto –respondió Landry– porque no será la más guapa, pero no deja de ser la que mejor baila.

Dicho lo cual, se fue a las inmediaciones de la iglesia para buscar a la Fadette, y la llevó al baile, frente por frente con Madelon, y bailó con ella dos *bourrées* una tras de otra sin cambiar de sitio. ¡Era cosa de ver lo orgulloso y contento que estaba el cricrí! No cabía en sí de alegría, le relucían aquellos pícaros ojos negros y erguía la cabecita y la enorme cofia como una gallina moñuda.

Pero, por desgracia, su triunfo molestó a cinco o seis chiquillos que solían sacarla a bailar y que, al no poder ya acercarse a ella, y eso que ellos nunca la habrían desdeñado y la valoraban mucho por su forma de bailar, empezaron a criticarla, a reprocharle que fuera orgullosa y a cuchichear a su alrededor: «¡Fijaos en la grilla esa que se cree que tiene embobado a Landry Barbeau! Grilla guillada, duenda enana, renacuaja pequeñaja», y otros motes que se usaban por allí.

Y, además, cuando la Fadette pasaba cerca de ellos, le tiraban de la manga o adelantaban el pie para que se cayera; y algunos había, de entre los de menos edad se entiende, y los más zafios, que le daban en la orejera de la cofia y la hacían girar de una oreja a otra gritando: «¡El capillejo, el capillejo de la comadre Fadet!».

El pobre cricrí soltaba cinco o seis cachetes a derecha e izquierda; pero solo le valía para llamar la atención; y la gente del lugar empezaba a decirse: «¡Fijaos en la suerte que tiene hoy nuestro cricrí, que Landry Barbeau no para de sacarla a bailar! Cierto es que baila bien, pero mirad cómo se las da de guapa y se crece como una pega». Y hablando de Landry, hubo quienes dijeron:

–¿Te ha echado esa un hechizo, pobrecito Landry, y por eso ya solo la miras a ella? ¿O es que quieres meterte a brujo y dentro de poco te veremos ir con los lobos a los sembrados?

Landry se sintió mortificado; pero, para Sylvinet, que no sabía de nada mejor ni más digno de estimación que su hermano, fue mucho peor ver que daba pretexto a que tanta gente se riese de él, incluso a forasteros, que ya estaban empezando a meter baza, a hacer preguntas y a decir:

–Es un real mozo, pero hay que ver, a quién se le ocurre encasquetarse a la más fea, que no hay otra igual en toda la reunión.

Madelon acudió, con expresión de triunfo, para oír todas estas burlas y, sin caridad, puso su granito de arena:

–¿Qué queréis? –dijo–. Landry es todavía un niño pequeño y, a su edad, con tal de encontrar a quien te haga caso, no te fijas en si tiene cabeza de cabra o cara de cristiano.

Sylvinet agarró entonces a Landry por el brazo, diciéndole por lo bajo:

–Vámonos, hermano, o si no tendremos que molestarnos; porque se están burlando y los feos que le hacen a la Fadette te salpican a ti. No sé qué te ha dado hoy para sacarla a bailar cuatro o cinco veces seguidas. Parece que buscas hacer el ridículo; acaba con esta guasa, te lo ruego. Bien está que ella se exponga a la dureza y el desprecio de la gente. Eso es todo lo que busca y ese es su gusto; pero no el nuestro. Vámonos; volveremos después del Ángelus y sacarás a bailar a Madelon, que es una muchacha como es debido. Siempre te he dicho que te gustaba demasiado bailar y que acabarías haciendo insensateces.

Landry lo siguió dos o tres pasos, pero se volvió al oír un gran barullo; y vio que Madelon y las demás muchachas habían convertido en presa de las burlas de sus cortejadores a la Fadette, a quien los chiquillos, envalentonados por cómo se reían de ella, acababan de dejar con la cabeza al aire de un puñetazo. La larga melena negra le colgaba por la espalda y se defendía, muy enfadada y apenada porque en esta ocasión no había dicho nada para merecer tanto maltrato; y lloraba de rabia sin poder recuperar la cofia, que un pillastre se llevaba en la punta de un palo.

A Landry le pareció muy mal y su buen corazón se sublevó ante la injusticia; agarró al chiquillo, le quitó la cofia y el palo, con el que le pegó un buen golpe en el trasero, volvió a meterse entre los demás, a los que ahuyentó solo con su presencia y, cogiendo al pobre cricrí de la mano, le devolvió su tocado.

Mucho se rieron los asistentes con el arranque de Landry y el miedo de los chiquillos. Aplaudían a Landry, pero Madelon hizo que se volvieran las tornas contra él y hubo muchachos de la edad de Landry, e incluso mayores, que pareció que se reían a su costa.

A Landry se le había pasado la vergüenza; se notaba valiente y fuerte y un no sé qué de hombre hecho y derecho le decía que estaba cumpliendo con su deber al no dejar que maltratasen a una mujer, fea o guapa, joven o vieja, a la que había escogido por pareja de baile delante de todo el mundo. Se dio cuenta de cómo lo miraban por donde estaba Madelon y se fue derecho a plantarse delante de los Aladenise y de los Alaphilippe, diciéndoles:

–¡A ver, vosotros! ¿Tenéis algo que decir? Y, si a mí me apetece fijarme en esta muchacha, ¿en qué os ofende? Y, si os parece mal, ¿por qué miráis para otro lado para decirlo por lo bajo? ¿Es que no me tenéis aquí delante? ¿Es que no me veis? Hay quien ha dicho por aquí que todavía soy un niño pequeño, pero ¡no hay por aquí un hombre, ni siquiera un mozo, que me lo haya dicho a la cara! Estoy esperando que alguien hable y ya veremos si alguien se mete con la muchacha a la que este niño pequeño saque a bailar.

Sylvinet no se había separado de su hermano y, aunque no lo aprobaba por haber comenzado esta pelea, estaba listo para apoyarlo. Había allí cuatro o cinco jóvenes recios que les sacaban la cabeza a los mielgos; pero, cuando los vieron tan resueltos y como, en el fondo, era cosa de pensarse eso de pelear por tan poco, no dijeron esta boca es mía y se miraron como para preguntarse cuál tenía previsto pegarse con Landry. Ninguno se presentó y Landry, que no le había soltado la

mano a la Fadette, le dijo:

–Date prisa a ponerte bien la cofia, Fanchon, y vamos a bailar para que vea yo si viene alguien a quitártela.

–No –dijo la Fadette, secándose las lágrimas–; ya he bailado bastante por hoy y te perdono el resto.

–No tal, no tal, hay que seguir bailando –dijo Landry, que era una hoguera de valor y de orgullo–. Que no se diga que no puedes bailar conmigo sin que te insulten.

La volvió a sacar a bailar y nadie le dirigió una palabra ni lo miró de mala manera. Madelon y sus galanes se habían ido a bailar a otra parte. Después de esta *bourrée*, la Fadette le dijo por lo bajo a Landry:

–Ya basta ahora, Landry, estoy contenta de ti y te perdono lo prometido. Me vuelvo a casa. Baila con quien quieras esta noche.

Y se fue a recoger a su hermano pequeño, que se estaba pegando con los demás niños, y se marchó tan deprisa que Landry ni siquiera vio por dónde se retiraba.

XVII

Landry se fue a cenar a casa con su hermano; y, como este estaba muy preocupado por cuanto había sucedido, le contó cómo había tenido que habérselas la noche anterior con el fuego fatuo y cómo la Fadette, tras haberlo librado de él, bien por valentía, bien por magia, le había pedido de premio que bailase con ella siete veces en la fiesta de San Andoche. Nada le dijo del resto, pues no quería contarle en la vida qué miedo había tenido de encontrárselo ahogado el año anterior, y en esto era sabio, pues esas malas ideas que a los niños se les meten a veces en la cabeza no tardan en volver si uno se descuida y se las menciona.

Sylvinet aprobó que su hermano hubiera cumplido su promesa y le dijo que el disgusto que eso le había traído había hecho crecer otro tanto la estima que se merecía. Pero, al tiempo que se espantaba del peligro que había corrido Landry en el río, no sintió ningún agradecimiento por la Fadette. Tanto desapego tenía por ella que no quiso creer que hubiera estado allí por casualidad ni que lo hubiera socorrido por bondad.

–Ella había conjurado al trasgo –le dijo– para nublarte el entendimiento y que te ahogases; pero Dios no lo permitió porque no estabas, y no has estado nunca, en pecado mortal. Entonces ese cricrí tan malo, abusando de tu bondad y de tu agradecimiento, te obligó a hacer esa promesa, que bien sabía que era para ti enojosa y perjudicial. Es muy mala la muchacha esta: a todas las brujas les gusta siempre el mal, no hay ninguna que sea buena. Bien sabía que te iba a indisponer con Madelon y con tus amigos de más consideración. También quería que te pegasen y, si no te hubiera defendido Dios por segunda vez contra ella, bien podrías haber tenido alguna mala pelea y que te ocurriera una desgracia.

Landry, que veía de buen grado las cosas por los ojos de su hermano, pensó que a lo mejor tenía efectivamente razón y no le llevó la contraria defendiendo a la Fadette. Hablaron los dos del trasgo, al que Sylvinet no había visto nunca, y sentía gran curiosidad por lo que le contasen, aunque no por ello deseara verlo. Pero no se atrevieron a mencionárselo a su madre porque la asustaba incluso pensar en él; ni a su padre, que se burlaba y había visto a más de veinte sin hacerles ni caso.

Iba a seguir el baile hasta bien entrada la noche, pero Landry, apesadumbrado por haber reñido tan en serio con Madelon, no quiso

aprovechar la libertad que le había dado la Fadette y ayudó a su hermano a ir a buscar el ganado al pastizal. Y, como eso lo llevaba a medio camino de La Priche y le dolía la cabeza, se despidió de su hermano al cabo del junqueral. Sylvinet no quiso que fuera a cruzar por el vado de Les Roulettes, por temor a que el trasgo o el cricrí volvieran a jugarle una mala pasada. Le hizo prometer que tiraría por lo más largo e iría a cruzar por el puentecillo del molino grande.

Landry hizo lo que deseaba su hermano y, en vez de cruzar el junqueral, bajó por la trocha que bordea la cuesta de Le Chaumois. No tenía temor de nada porque todavía había ruido en el aire por causa de la fiesta. Oía, por muy poco que fuera, las cornamusas y los gritos de los bailarines de la fiesta de San Andoche y sabía muy bien que los espíritus no hacen maldades más que cuando en la comarca todo el mundo duerme.

Ya abajo de la cuesta, enfrente de la cantera, oyó una voz quejarse y llorar y, al principio, creyó que era el zarapito. Pero, a medida que se iba acercando, parecían quejidos humanos y, como no le faltaba nunca corazón cuando había que tratar con seres de su especie y, sobre todo, acudir en su ayuda, bajó valientemente a lo más hondo de la cantera.

Pero la persona que así lloraba se calló al oírlo llegar.

–¿Quién llora por aquí? –preguntó con voz firme.

Nadie contestó.

–¿Hay por aquí alguien enfermo? –volvió a preguntar.

Y, como nadie decía nada, pensó en irse, pero antes quiso mirar entre las piedras y los altos cardos que obstruían el lugar y no tardó en ver, a la luz de la luna que estaba empezando a subir por el cielo, a una persona tirada en el suelo cuan larga era, bocabajo, y que no se movía más que si estuviera muerta, bien porque lo estuviera casi, bien porque se hubiera tendido ahí con una gran aflicción y, para que no la vieran, no quería moverse.

Landry aún no había visto ni tocado nunca a un muerto. La idea de que a lo mejor ahí había uno le hizo una gran impresión; pero se sobrepuso porque pensó que tenía que socorrer a su prójimo y se acercó resueltamente a palparle la mano a esa persona tendida que, al notar que la habían descubierto, se incorporó a medias en cuanto estuvo cerca de ella; y entonces Landry vio que era la Fadette.

XVIII

A Landry lo enojó, de entrada, que no le quedase más remedio que encontrarse siempre, por donde pasara, con la Fadette; pero, como parecía tener una pena, se compadeció de ella. Y esto fue lo que hablaron los dos:

–Cómo, Cricrí, ¿eras tú la que llorabas así? ¿Alguien te ha vuelto a pegar o a perseguir y por eso te quejas y te escondes?

–No, Landry, nadie se ha metido conmigo desde que me defendiste con tanto coraje; y, además, no le tengo miedo a nadie. Me escondía para llorar, y nada más, porque no hay nada tan necio como enseñar la pena a los demás.

–Pero ¿por qué tienes una pena tan grande? ¿Es por las maldades que te han hecho hoy? Algo de culpa tuviste tú, pero tienes que consolarte y no volver a correr el riesgo.

–¿Por qué dice, Landry, que algo de culpa tuve yo? ¿Acaso lo he ultrajado por querer bailar con vusté y soy, pues, la única muchacha que no tenga derecho a divertirse como las demás?

–No es eso, Fadette; no le reprocho que quisiera bailar conmigo. He hecho lo que vusté deseaba y me he portado como debía. Su error es anterior al día de hoy y con este error no me perjudicó a mí, sino a vusté misma, bien lo sabe.

–No, Landry, tan cierto como que amo a Dios, no sé nada de eso; nunca he pensado en mí y, si algo me reprocho, es haberle causado un trastorno a mi pesar.

–No hablemos de mí, Fadette, no tengo ninguna queja; hablemos de vusté y, puesto que no se conoce defectos, ¿quiere que de buena fe y con buena amistad le diga los que tiene?

–Sí, Landry, lo quiero, y lo consideraré la mejor recompensa o el mejor castigo que puedas darme por el bien o el daño que te haya hecho.

–Bien está, Fanchon Fadet; ya que hablas con tanta sensatez y que por primera vez en tu vida te veo dulce y tratable, voy a decirte por qué no te respetan como podría exigirlo una muchacha de dieciséis años. Y es que no tienes nada de chica y sí todo de chico, en el aspecto y en los modales; es que no cuidas tu persona. De entrada, no pareces limpia ni aseada, y te afeas con tu forma de vestir y de hablar. Bien sabes que los niños te llaman con un nombre aún más desagradable que cricrí. Te llaman a menudo chicazo. A ver, ¿te parece oportuno no parecer aún, a los dieciséis años, una muchacha? Trepas a los árboles

como un auténtico esquilo y, cuando te subes de un brinco a una yegua, sin riendas ni silla, la haces correr como si la montase el diablo. Es bueno ser fuerte y suelto; también es bueno no tenerle miedo a nada y es una ventaja de la naturaleza para un hombre. Pero en una mujer no hay que abusar y tú parece que quieres llamar la atención. Y la llamas, y se meten contigo y te gritan como si fueras el lobo. Eres ocurrente y contestas con malicias que hacen gracia a quienes no se las dices. También es bueno ser más ocurrente que los demás; pero, a fuerza de demostrarlo, se gana uno enemigos. Eres curiosa y, cuando te has enterado de los secretos de los demás, se los sueltas en la cara con mucha crudeza en cuanto tienes queja de ellos. Y por eso te temen, y a los que se teme se los aborrece. Les devuelven más daño del que ellos hacen. En fin, en lo de ser o no ser bruja, quiero creer que sabes cosas, pero espero que no te hayas entregado a los malos espíritus; intentas parecerlo para asustar a los que te enfadan, y es siempre una reputación muy mala la que consigues así. Estos son tus errores, Fanchon Fadet, y por estos errores te quiere mal la gente. Rumia un poco el asunto y verás que, si quisieras parecerte algo más a los otros, te tendrían más en cuenta esos alcances en que los superas.

–Te lo agradezco, Landry –contestó la Fadette muy seria después de haber escuchado al mielgo religiosamente–. Me has dicho más o menos lo que todo el mundo me reprocha y me lo has dicho muy cortésmente y con muchas consideraciones, cosa que los demás no tienen; pero ahora ¿quieres que te conteste y, para eso, quieres sentarte a mi lado un ratito?

–No es que el sitio sea muy agradable –dijo Landry, que no tenía interés en entretenerse demasiado con ella y seguía pensando en las hechicerías que la acusaban de echar a todos los que se descuidaban.

–No te parece el sitio agradable –contestó ella– porque vosotros los ricos sois exigentes. Necesitáis un buen césped para sentaros al aire libre y podéis escoger en vuestros prados y vuestros jardines los mejores sitios y las mejores sombras. Pero quienes no tienen nada suyo no le piden tanto a Dios y se apañan con la primera piedra que encuentran para apoyar la cabeza. Las espinas no les hieren los pies y allá donde estén se fijan en todo lo bonito y agradable del cielo y de la tierra. No hay sitio feo, Landry, para quienes saben de la virtud y de la dulzura de todas las cosas que Dios ha hecho. Yo sé, sin ser bruja, para qué valen las menores hierbas, esas que tú pisas; y, cuando sé qué uso tienen, las miro y no desprecio ni su olor ni su aspecto. Te digo esto,

Landry, para enseñarte dentro de un rato otra cosa que tiene que ver con las almas cristianas tanto como con las flores de los jardines y con las zarzas de las canteras, y es que se desprecia demasiado a menudo lo que no parece ni hermoso ni bueno y que de este modo nos privamos de lo que socorre y es saludable.

–No entiendo muy bien lo que quieres decirme –contestó Landry, sentándose a su lado.

Se quedaron un momento callados, pues a la Fadette se le había ido el pensamiento a ideas de las que Landry nada sabía; y él por su parte, pese a que tuviera cierto embarullamiento en la cabeza, no podía por menos de sentir agrado al escuchar a aquella muchacha; pues nunca había oído una voz tan dulce ni palabras tan bien dichas como las palabras y la voz de la Fadette en ese momento.

–Atiende, Landry –le dijo–, más merezco compasión que censura; y, si mis errores me han perjudicado, al menos nunca han perjudicado en nada serio a los demás; y, si la gente fuera justa y sensata, se fijaría más en mi buen corazón que en mi cara fea y mi mala ropa. Mira un poco, o entérate si no lo sabes, cuál ha sido mi suerte desde que vine al mundo. No voy a hablarte mal de mi pobre madre, a la que todos censuran e insultan aunque no esté aquí para defenderse y sin que pueda hacerlo yo, que no sé bien en qué se portó mal ni por qué se vio movida a hacerlo. Bueno, pues la gente es tan mala que, apenas me abandonó mi madre, y cuando yo aún la estaba llorando amargamente, al menor enfado que tenían los niños conmigo, por un juego, por una nadería que ellos se habrían perdonado, me echaban en cara la culpa de mi madre y querían obligarme a avergonzarme de ella. Es posible que, en mi lugar, una muchacha sensata, como tú dices, se hubiera achantado callándose y pensando que era prudente abandonar la causa de su madre y dejar que la insultasen para guardarse ella de los insultos. Pero yo, ya ves tú, no lo conseguía. No lo podía remediar. Mi madre seguía siendo mi madre y ya puede ser lo que sea, ya puede ocurrir que la vuelva a ver o que no vuelva nunca a oír hablar de ella, pero la querré siempre con todo mi corazón. Así que, cuando me llaman hija de golfa y de soldadera, no me enfado por mí: bien sé que eso no puede ofenderme, puesto que no he hecho nada malo, sino por esa pobre y querida mujer a la que tengo la obligación de defender. Y, como no puedo ni sé defenderla, la vengo diciéndoles a los demás las verdades que se merecen y demostrándoles que no valen más que esa a la que acusan. Y por eso dicen que soy curiosa e insolente, que me entero de sus secretos para divulgarlos. Es cierto

que Dios me hizo curiosa, si serlo es desear enterarse de las cosas ocultas. Pero, si la gente hubiera sido buena y humana conmigo, no se me habría ocurrido satisfacer mi curiosidad a costa del prójimo. Habría limitado mi entretenimiento al conocimiento de los secretos que me enseña mi abuela para curar el cuerpo humano. Las flores, las hierbas, las piedras, las moscas, todos los secretos de la naturaleza habrían sobrado para tenerme ocupada y entretenida, a mí que me gusta vagabundear y husmear por todas partes. Habría estado siempre sola, sin saber qué es aburrirse; pues mi mayor gusto es ir a los sitios a los que no va nadie y quedarme en las nubes pensando en cincuenta cosas de las que nunca oigo hablar a las personas que se creen muy sabias y muy enteradas. Si me he dejado llevar a tener trato con el prójimo ha sido por las ganas que sentía de hacerme útil con esos pequeños conocimientos que he adquirido y de los que mi propia abuela saca provecho a veces sin decir nada. Pues, en vez de agradecérmelo como es debido, todos los niños de mi edad a los que curaba de las heridas y las enfermedades, y a los que enseñaba mis remedios sin pedir nunca una recompensa, me han llamado bruja, y los que venían con mucho disimulo a rogarme cuando me necesitaban me decían luego sandeces a la primera ocasión.

»Todo eso me enojaba y habría podido perjudicarles, pues, si sé cosas para hacer el bien, también sé otras para hace daño; y sin embargo nunca las he usado; no sé de rencores y si me vengo con palabras es porque me alivia decir en el acto lo que se me viene a la boca y, luego, ni me acuerdo ya y perdono, como manda Dios. Y, si no me ocupo ni de mi persona ni de mis modales, debería ser señal de que no estoy lo bastante loca para creerme hermosa cuando lo cierto es que sé que soy tan fea que nadie puede mirarme. Bastantes veces me lo han dicho para que me entere y, al ver qué dura es la gente con aquellos a los que Dios no ha favorecido y cuánto los desprecia, he disfrutado desagradándola, consolándome con la idea de que ni a Dios ni a mi ángel de la guarda les espanta mi cara y que no me la reprocharían más de lo que se la reprocho yo. Así que yo no soy como esos que dicen: «¡Anda, una oruga! ¡Qué bicho más asqueroso! ¡Ay, qué fea es! ¡Hay que matarla!». ¡Yo no aplasto a esa pobre criatura de Dios! Y, si la oruga se cae al agua, le acerco una hoja para que se salve. Y por eso dicen que me gustan los bichos malos y que soy bruja, porque no me gusta hacer sufrir a una rana, ni arrancarle las patas a una avispa ni clavar un murciélago vivo a un árbol. «Pobre animal –le digo–, si hubiera que matar todo lo que sea feo, no tendría yo más

derecho a vivir que tú.»

XIX

A Landry lo conmovió, no sé cómo, la forma en que la Fadette hablaba humilde y tranquilamente de su fealdad y, recordando su cara, que no veía en la oscuridad de la cantera, le dijo, sin intención de halagarla:

–Pero, Fadette, no eres tan fea como crees, o como te gusta decir. Las hay mucho más desagradables que tú a quienes nadie les reprocha nada.

–Lo sea un poco más o un poco menos, no puedes decir, Landry, que sea una muchacha bonita. Venga, no intentes consolarme, que de eso no tengo pena.

–A saber cómo serías si te vistieras y te peinaras como las demás… Hay algo que todo el mundo dice: y es que, si no tuvieras la nariz tan chata, la boca tan grande y la piel tan negra, no estarías mal; porque también dicen que por toda la comarca no hay un par de ojos como los tuyos, y, si no tuvieras la mirada tan atrevida y tan burlona, a uno le gustaría que esos ojos no lo mirasen mal.

Landry hablaba así sin darse demasiada cuenta de lo que decía. Estaba recordando los defectos y las virtudes de la Fadette y, por primera vez, le concedía una atención y un interés de los que no se habría creído capaz poco antes. Ella lo notó, pero no lo demostró porque tenía demasiada cabeza para tomarse la cosa en serio.

–Mis ojos miran bien lo que es bueno –dijo– y con compasión lo que no lo es. Me consuela, pues, mucho desagradar a quien no me agrada y no entiendo por qué todas esas muchachas guapas, a las que veo que cortejan, son coquetas con todo el mundo como si todo el mundo fuera de su gusto. Yo, si fuese guapa, no querría parecerlo y resultar grata sino a quien a mí me conviniera.

Landry pensó en Madelon, pero la Fadette no lo dejó pararse en esta idea; continuó hablando como sigue:

–Este es, pues, Landry, todo mi error con los demás, y que no intento buscar su compasión ni su indulgencia con mi fealdad. Y que me muestro a ellos sin ningún artificio para disfrazarla, y eso los ofende y les hace olvidar que a menudo les he hecho un bien y nunca un daño. Por otra parte, aunque cuidase mi apariencia, ¿de dónde iba a sacar con qué ponerme guapa? ¿He mendigado alguna vez aunque no tenga un cuarto? ¿Me da mi abuela algo que no sea techo y comida? Y, si no sé sacar partido a los pobres trapos que mi pobre madre me dejó, ¿tengo yo la culpa de que nadie me lo haya enseñado y de que desde los diez años esté abandonada, sin amor ni compasión?

Bien sé el reproche que me hacen y que tú has tenido la caridad de ahorrarme: dicen que tengo dieciséis años y que bien podría colocarme, que entonces tendría jornal y medios para arreglarme, pero que por afición a la pereza y al vagabundeo me quedo con mi abuela, y eso que no me quiere y que tiene posibles de sobra para coger una criada.

–Bueno, Fadette, y ¿no es eso cierto? –dijo Landry–. Te reprochan que no te guste trabajar y tu propia abuela dice a quien quiera oírla que le saldría a cuenta tener una criada en vez de tenerte a ti.

–Mi abuela dice eso porque le gusta protestar y quejarse. Y, sin embargo, cuando hablo de irme, no me deja, porque sabe que le soy de más utilidad de lo que quiere reconocer. Ya no tiene ni los ojos ni las piernas de sus quince años para buscar las hierbas con que hace las bebidas y los polvos, y algunas hay que ir a buscarlas muy lejos y a sitios muy difíciles. Además, ya te lo he dicho, yo les encuentro a las hierbas virtudes que ella no sabe y bien asombrada se queda cuando preparo drogas y luego ve ella qué buen resultado dan. En cuanto a nuestro ganado, está tan hermoso que sorprende mucho verle un rebaño así a gente que no tiene más pastizales que los del concejo. Y mi abuela sabe a quién le debe unas ovejas con tan buena lana y unas cabras con tan buena leche. Tranquilo, que no tiene ganas de que me vaya, y le doy más de lo que le cuesto. Yo quiero a mi abuela, por más que me zahiera y me haga pasar muchas privaciones. Pero tengo otra razón para no dejarla y si quieres te la diré, Landry.

–Dímela pues –contestó Landry, que no se cansaba de escuchar a la Fadette.

–Es –dijo ella– que mi madre me dejó a cuestas, cuando solo tenía diez años, a un pobrecito niño muy feo, tan feo como yo, y aún más perjudicado, porque nació baldado, canijo, enfermizo, retuerto y siempre marrido y malicioso porque siempre está sufriendo, el pobre chiquillo. Y ¡todo el mundo se mete con él, lo rechaza y lo deprecia, a mi pobre Saltón! Mi abuela lo reprende con demasiada dureza y le pegaría demasiado si yo no lo defendiera haciendo como que lo mortifico en su lugar. Pero siempre tengo mucho cuidado de no ponerle de verdad la mano encima y ¡bien que lo sabe él! Así que, cuando hace algo malo, viene a meterse en mis faldas y me dice: «¡Pégame antes de que me agarre la abuela!». Y yo le pego de mentirijillas y el muy pillo hace como que chilla. Y, además, lo cuido; no siempre puedo evitar que ande andrajoso, el pobrecito. Pero alguna prenda arreglo para vestirlo; y lo curo cuando está malo, mientras que

mi abuela lo mataría, porque no sabe cuidar a los niños. Vamos, que me las apaño para que siga vivo, ese enclenquillo, que sin mí sería bien desgraciado y no tardaría en estar bajo tierra junto a nuestro pobre padre, que no pude impedir que se muriera. No sé si le hago un favor siendo como es tan retuerto y malencarado; pero no lo puedo remediar, Landry, y, cuando pienso en colocarme para tener algo de dinero propio y quitarme de la miseria en que vivo, se me parte el corazón de compasión y me hace reproches como si fuese yo la madre de mi Saltón y como si lo viera morir por mi culpa. Estos son mis errores y mis fallos, Landry. Ahora, que Dios me juzgue; yo perdono a todos los que me conocen mal.

Landry seguía escuchando a la Fadette con mucha concentración y sin encontrar nada que objetar a ninguna de sus razones. Al final, la forma en que habló de su hermanito, el Saltón, lo dejó muy impresionado, como si de repente sintiese apego por ella y como si quisiera estar de su parte en contra de todo el mundo.

–Esta vez, Fadette –dijo–, quien dijera que te equivocas sería el primero en equivocarse; pues todo lo que has dicho está muy bien dicho y nadie dudaría de tu buen corazón y de tu buena forma de razonar. ¿Por qué no te das a conocer como eres? Nadie hablaría mal de ti y los habría que te harían justicia.

–Ya te lo he dicho, Landry –respondió ella–. No necesito gustarle a quien no me gusta.

–Pero si me lo cuentas a mí, entonces es que…

Al llegar aquí, Landry se detuvo, muy asombrado de lo que había estado a punto de decir; y, rectificando, siguió:

–¿Es que sientes por mí más estima que por otros? Si yo creía que me odiabas porque nunca había sido bueno contigo.

–Es posible que te haya odiado un poco –contestó la Fadette–; pero, si fue así, ha dejado de serlo a partir de hoy, y voy a decirte por qué, Landry. Te creía orgulloso, y lo eres; pero sabes sobreponerte a tu orgullo para cumplir con tu deber, y eso es tanto más meritorio. Te creía ingrato, y aunque el orgullo que te enseñaron te mueve a serlo, eres tan fiel a tu palabra que nada se te hace cuesta arriba con tal de cumplir, y finalmente te creía cobarde y por eso me inclinaba a despreciarte; pero ya veo que solo tienes superstición y que el valor, cuando se trata de afrontar un peligro verdadero, no te falta. Hoy me has sacado a bailar aunque te sintieras muy humillado. Fuiste incluso, después de Vísperas, a buscarme a la iglesia, cuando yo te había perdonado ya en mi corazón después de haber rezado y ya no pensaba en seguir atormentándote. Me has defendido contra unos chicos malos y has desafiado a cuatro mozos que, sin ti, me habrían maltratado. Y, por fin, esta noche, al oírme llorar te has acercado para asistirme y consolarme. No creas, Landry, que voy a olvidar nunca estas cosas. Te demostraré toda la vida que guardo de ellas una gran membranza y que podrás, a tu vez, requerir de mí cuanto quieras en cualquier momento. Así, para empezar, sé que te he dado hoy un gran disgusto. Sí, Landry, lo sé; soy lo bastante bruja para haberlo adivinado, y eso que esta mañana no lo sospechaba aún. Sí, puedes estar seguro de que

soy más maliciosa que mala, y de que si hubiera sabido que estabas enamorado de Madelon no te habría indispuesto con ella como he hecho al obligarte a bailar conmigo. Me divertía, sí, lo reconozco, ver que para bailar con un mamarracho como yo dabas de lado a una moza guapa, pero creía que era solo un picotazo pequeño en tu amor propio. Cuando me fui dando cuenta poco a poco de que era una herida verdadera en el corazón, de que sin querer mirabas siempre hacia donde estaba Madelon y de que su despecho te daba ganas de llorar, ¡de verdad que lloré yo también! Lloré cuando quisiste pegarte con sus galanes, y creíste que eran lágrimas de arrepentimiento. Y también por eso seguía llorando amargamente cuando me sorprendiste aquí, y por lo que lloraré hasta que haya reparado el daño que le he hecho a un muchacho bueno y cabal como sé ahora que eres.

–Y, suponiendo, mi pobre Fanchon –dijo Landry, muy emocionado con las lágrimas que ella volvía a derramar–, que me hayas indispuesto con una muchacha de la que estuviera enamorado, como dices, ¿qué ibas a poder hacer para ponernos otra vez a buenas?

–Confía en mí, Landry –contestó la Fadette–. No soy tan tonta que no sepa explicarme como es debido. Madelon sabrá que todo el daño ha venido de mí. Me confesaré con ella y te dejaré blanco como la nieve. Si no te devuelve mañana su apego, es que nunca te quiso y…

–Y que no debo echarla de menos, Fanchon, y como nunca me quiso, efectivamente, te tomarías un trabajo inútil. Así que no te preocupes y olvídate de ese disgusto tan pequeño que me has dado. Ya estoy curado.

–Estas penas no se curan tan pronto –contestó la Fadette; y luego, rectificando, añadió–: Eso es lo que dicen al menos. Hablas así porque estás enfadado, Landry. Cuando pase la noche, mañana estarás muy triste hasta que hayas hecho las paces con esa hermosa muchacha.

–Es posible –dijo Landry–, pero, ahora mismo, a fe mía que ni lo sé y ni pienso en ello. Supongo que eres tú la que quieres que crea que le tengo mucho apego y a mí me parece que si lo tuve era tan poco que casi he perdido ya esa membranza.

–Es curioso –dijo la Fadette suspirando–; ¿es, pues, así como queréis los muchachos?

–¡Vaya! Pues vosotras, las muchachas, no queréis mejor, cuando os ofendéis con tanta facilidad y tardáis tan poco en consolaros con el primero que llega. Pero estamos hablando de cosas de las que quizá no entendemos aún, al menos yo, Fadette mía, que siempre te andas burlando de los enamorados. Bien creo que incluso ahora te sigues

guaseando de mí queriendo arreglarme con Madelon. No lo hagas, te digo, porque podría pensar que te he hecho yo el encargo y se equivocaría. Y, además, a lo mejor la enfadaba pensar que hago que me presenten ante ella como su enamorado formal; pues la verdad es que aún no le he dicho nunca ni una palabra para pretenderla; y, si me ha dado contento estar con ella y sacarla a bailar, ella nunca me ha animado a que se lo dijera con palabras. Así que dejemos pasar el asunto; ya volverá ella de por sí, si quiere; y, si no vuelve, bien creo que no me he de morir.

–Sé yo mejor que tú lo que opinas de esto, Landry –siguió diciendo la Fadette–. Te creo cuando me dices que nunca has hecho saber tu apego a Madelon con palabras; pero muy simple tendría que ser ella para no haberlo sabido por tus ojos, sobre todo hoy. Puesto que he sido la causa de que riñáis, tengo que ser la causa de que os contentéis, y es la ocasión oportuna para decirle a Madelon que la quieres. Y a mí me toca hacerlo y lo haré con tanta fineza y de forma tan oportuna que no podrá acusarte de haberme pinchado para hacerlo. Fíate, Landry, de la Fadette, este pobre cricrí tuyo tan feo, que no es tan malcarado por dentro como por fuera y perdónale que te haya atormentado, pues de todo eso resultará para ti un gran bien. Ya sabes que, si es grato tener el amor de una guapa, es de utilidad tener la amistad de una fea; pues las feas son desinteresadas y nada les da despecho ni rencor.

–Seas guapa o fea, Fanchon –dijo Landry, cogiéndole la mano–, ya creo estar dándome cuenta de que tu amistad es muy buena cosa, y tan buena que, por comparación, el amor es quizá una mala. Tienes mucha bondad, ahora lo sé; pues te he hecho una gran afrenta en la que no quisiste fijarte hoy y, cuando dices que me he portado bien contigo, a mí me parece que lo he hecho muy descortésmente.

–¿Cómo es eso, Landry? No sé en qué…

–Pues que no te besé ni una vez bailando, Fanchon, y sin embargo debía hacerlo y tenía derecho a hacerlo, puesto que ese es el uso. Te he tratado como se trata a las niñas de diez años, que no te agachas para besarlas, y sin embargo tú eres casi de mi edad; no nos llevamos más de un año, así que te he insultado y, si no fueras tan buena chica, bien que te habrías dado cuenta.

–Ni lo pensé siquiera–dijo la Fadette, y se puso de pie porque sabía que mentía y no quería que se le notara–. Mira –dijo, forzándose a estar contenta–, mira cómo cantan los cricrís en las pajas de los trigales; me llaman por mi nombre, y la lechuza que está ahí me vocea

la hora que las estrellas marcan en la esfera del cielo.

–Bien te entiendo yo también, y tengo que volver a La Priche; pero antes de despedirme, Fadette, ¿no quieres perdonarme?

–Pero si no te guardo rencor, Landry, y no tengo nada que perdonarte.

–Sí, por cierto –dijo Landry, al que un no sé qué tenía trémulo desde que ella le había hablado de amor y de amistad con una voz tan dulce que la de los pardales que gorjeaban dormidos en las zarzas parecía áspera en comparación–. Sí por cierto; me debes un perdón, y es decirme que tengo que besarte ahora para remediar no haberlo hecho en todo el día.

La Fadette se estremeció un poco; luego, enseguida, volviendo a su buen humor, dijo:

–Quieres, Landry, que te deje expiar tu agravio con un castigo. Pues bien, estamos en paz, muchacho. Bastante es ya haber sacado a bailar a la fea. Demasiado mérito tendría querer besarla.

–Mira, no digas eso –exclamó Landry, cogiéndole la mano y el brazo a un tiempo–; no creo que pueda ser un castigo besarte… a menos que te disguste y te desagrade por venir de mí…

Y, tras decir esto, deseó tanto besar a la Fadette que temblaba de miedo de que ella no consintiese.

–Oye, Landry –le dijo con su voz dulce y halagüeña–, si fuera guapa, te diría que no es el lugar ni la hora para besarse como a escondidas. Si fuera coqueta, pensaría, al contrario, que es la hora y el lugar porque la oscuridad me tapa la fealdad y no hay aquí nadie para afearte tu capricho. Pero, como no soy ni coqueta ni guapa, esto es lo que te digo. Dame la mano en señal de cabal amistad y me alegraré de tener esa amistad tuya, yo que nunca he tenido otra y que no desearé otra nunca.

–Sí –dijo Landry–, te estrecho la mano con todo mi corazón, ¿oyes, Fadette? Pero la más cabal amistad, que es lo que siento por ti, no impedirá que nos besemos. Si me niegas esta prueba, creeré que tienes todavía algo contra mí.

E intentó besarla por sorpresa; pero ella se resistió y, como él se obstinaba, se echó a llorar diciendo:

–Déjame, Landry, que me apenas mucho.

Landry se quedó quieto, muy asombrado y tan entristecido por verla llorar de nuevo que sintió como una rabia.

–Ya veo –le dijo– que no dices la verdad al decir que mi amistad es la única que quieres tener. Tienes una más fuerte que te prohíbe

besarme.

–No, Landry –contestó ella sollozando–, pero me da miedo que por haberme besado de noche, sin verme, me odie vusté cuando vuelva a verme de día.

–¿Es que no te he visto nunca? –dijo Landry, impacientado–. ¿Es que no te estoy viendo ahora? Ven, acércate un poco a la luz de la luna, te veo bien y no sé si eres fea, pero siento cariño por tu cara porque te quiero, y se acabó.

Y luego la besó, temblando al principio, y luego insistió con tanto agrado que a ella le entró miedo y le dijo, apartándolo:

–¡Basta, Landry, basta! Diríase que me besas por ira o que estás pensando en Madelon. Cálmate, le hablaré mañana y mañana la besarás con más alegría de la que pueda yo darte.

Dicho lo cual, salió deprisa de las inmediaciones de la cantera y se fue con su paso veloz.

Landry estaba como frenético y le entraron ganas de correr tras ella. Se arrepintió tres veces antes de decidirse a bajar hacia el río. Por fin, notando que llevaba el demonio pegado a los talones, echó a correr también y no se detuvo hasta llegar a La Priche.

Al día siguiente, al ir a ver a sus bueyes al alba, mientras les echaba de comer y los acariciaba, pensaba para sus adentros en la charla de una hora larga que había tenido en la cantera de Le Chaumois con la Fadette y que le había parecido que duraba un instante. Todavía le pesaba la cabeza de sueño y del cansancio de ánimo de un día tan diferente del que debería haber pasado. Y se sentía muy alterado y como atemorizado de lo que había sentido por aquella muchacha que volvía a tener ante los ojos, fea y mal aviada, como siempre la había visto. Se imaginaba a ratos que había soñado el deseo que le había entrado de besarla, y el contento que había notado al estrecharla contra el corazón, como si hubiera sentido un gran amor por ella, como si le hubiera parecido de repente más hermosa y más grata que ninguna otra muchacha en la tierra.

«Tiene que ser una hechicera, como dicen, aunque ella lo niegue –pensaba–, pues desde luego que me embrujó ayer por la noche, y nunca en la vida he sentido por padre, madre, hermana o hermano, y no desde luego por la hermosa Madelon, y ni siquiera por mi querido mielgo Sylvinet, un arranque de querencia como el que, por dos o tres minutos, me hizo sentir esa diablesa. Si hubiera podido ver mi querido Sylvinet lo que tenía yo en el corazón, ahí sí que se lo habrían comido los celos. Pues el apego que sentía por Madelon no perjudicaba a mi

hermano, mientras que, si tuviera que estar nada más que un día entero, frenético y encendido como lo estuve por un momento junto a esa Fadette, me trastornaría y solo querría ya saber de ella en todo el mundo.»

Y Landry notaba como si lo asfixiaran la vergüenza, el cansancio y la impaciencia. Se sentaba en el pesebre de los bueyes y tenía miedo de que la hechicera lo hubiera dejado sin valor, sin razón y sin salud.

Pero, cuando estuvo ya algo más entrado el día y se levantaron los labradores de La Priche, empezaron a tomarle el pelo por su baile con el feo cricrí, y se lo dejaron, en sus burlas, tan malcarado, tan mal criado y tan mal aviado que no sabía dónde meterse, de tan avergonzado como estaba no solo por lo que la gente había visto, sino por lo que se guardaba muy mucho de contar.

No se enojó, sin embargo, porque los de La Priche eran todos amigos y no ponían mala intención a las bromas. Tuvo incluso valor para decirles que la Fadette no era como creían, que no valía menos que otras y que era capaz de hacer grandes favores. Dicho lo cual, se mofaron de él todavía más.

–De su madre, no decimos que no –dijeron–, pero ella es una niña que no sabe nada; y, si tienes un animal enfermo, no te aconsejamos que uses sus remedios, porque es una cría charlatana que no sabe el mínimo secreto para curar. Pero tiene el de dormir a los mozos, por lo visto, puesto que no te separaste de ella en la fiesta de San Andoche, y bien harás en andarte con cuidado, mi pobre Landry, porque no tardarían en llamarte el grillo de la grilla y el *fadet* de la Fadette. El diablo te perseguiría: Georgeon[8] vendría a tirarte de las sábanas de la cama y a enredarles las crines a las caballerías. No tendríamos más remedio que mandarte a exorcizar.

–Yo estoy segura –decía la pequeña Solange– de que se puso ayer por la mañana una media del revés. Eso atrae a los brujos y la Fadette se dio muy bien cuenta.

XXI

Ya entrado el día, estaba ocupado Landry en la sementera cuando vio pasar a la Fadette. Andaba deprisa e iba hacia una tala donde Madelon estaba recogiendo hojas para los corderos. Era la hora de desaparejar los bueyes porque ya tenían hecha su media jornada; y Landry, según los volvía a llevar al pastizal, seguía mirando correr a la Fadette, que caminaba tan ligera que no se la veía pisar la hierba. Tenía curiosidad por saber qué iba a decirle a Madelon y, en vez de irse enseguida a tomar la sopa, que lo estaba esperando en el surco caliente aún de la reja del arado, fue siguiendo despacito por la linde de la tala, para escuchar lo que tramasen juntas las dos jóvenes. No podía verlas y, como Madelon mascullaba respuestas con voz sorda, no sabía qué estaba diciendo; pero la voz de la Fadette, aunque dulce, no por ello era menos clara y no se perdía ni una de sus palabras, aunque ella no gritase, ni mucho menos. Le hablaba de él a Madelon, la ponía al tanto, tal y como se había comprometido con Landry, de lo que le había hecho prometer diez meses antes, estar a lo que ella mandase para lo que le pluguiera pedirle. Y lo explicaba tan humildemente y con tanta gentileza que daba gusto oírla. Y luego, sin mencionar el fuego fatuo ni el miedo que le había tenido Landry, le contó que había estado a punto de ahogarse al coger mal el vado de Les Roulettes la víspera de San Andoche. En resumidas cuentas, le expuso por el lado bueno todo cuanto había pasado y dejó claro que todo el daño venía del capricho y de la vanidad que le habían entrado de bailar con un mozo mayor, ella que nunca había bailado sino con niños.

Tras lo cual, Madelon, encorajinada, subió la voz para decir:

–Y ¿a mí qué más me da todo eso? Pásate la vida bailando con los mielgos del Mielgar y no te creas, cricrí, que me haces perjuicio alguno ni me das la menor envidia.

Y la Fadette siguió diciendo:

–No le diga palabras tan duras al pobre Landry, Madelon, porque Landry le ha entregado su corazón y si no quiere vusté aceptarlo le dará una pena más grande de la que podría yo decir.

Pero, sin embargo, lo dijo, y con tan bonitas palabras en un tono tan cariñoso y haciéndole a Landry tales alabanzas que este habría querido que se le quedasen todas esas formas de hablar para usarlas llegada la ocasión, y se ruborizaba de gusto al verse tan aplaudido.

A Madelon también, por su parte, la dejó asombrada la primorosa forma de hablar de la Fadette, pero la desdeñaba demasiado para

dejárselo notar.

–Buena labia tienes y mucho atrevimiento –le dijo– y por lo visto tu abuela te ha enseñado a que pruebes a engatusar a la gente; pero a mí no me gusta conversar con brujas, porque trae mala suerte, y te ruego que te vayas, cricrí cornudo. Has encontrado un galán, quédate con él, preciosa, porque es el primero y el último que se va a encaprichar de tu fea jeta. Y, por mi parte, no querría ser plato de segunda mesa ni aunque se tratase del hijo del rey. Tu Landry no es sino un necio y bien poco debe de valer si, creyendo que me lo habías quitado, ya vienes a rogarme que lo vuelva a aceptar. ¡Menudo galán para mí, uno que ni siquiera le importa a la mismísima Fadette!

–Si eso es lo que la tiene molesta –contestó la Fadette con un tono que a Landry le llegó al alma– y si tan orgullosa es que no quiere ser justa hasta haberme humillado, satisfágase pues pisoteando, hermosa Madelon, el orgullo y el valor del pobre cricrí del campo. Cree vusté que desdeño a Landry y que, sin eso, no le rogaría que lo perdonase. Pues bien, sepa, si eso la complace, que lo quiero desde hace ya mucho, que es el único muchacho en quien he pensado nunca y quizá el único en quien piense toda mi vida, pero que soy demasiado sensata y demasiado orgullosa también para pensar nunca en pretender que me quiera. Sé lo que es él y sé lo que soy yo. Es guapo, rico y le tienen consideración; yo soy fea, pobre y me desprecian. Sé, pues, muy bien que no es para mí y ya debió de ver vusté cómo me desdeñaba en la fiesta. Quede, pues, satisfecha ya de que ese al que la Fadette no se atreve ni siquiera a mirar la mira a vusté con ojos llenos de amor. Castigue a la Fadette riéndose de ella y volviendo a aceptar a quien ella no se atrevería a disputarle a vusté. Y, si no lo hace por apego por él, hágalo al menos para castigar mi insolencia; y prométame, cuando venga a disculparse con vusté, que le dará buena acogida y algo de consuelo.

En vez de compadecerse de tanta sumisión y abnegación, Madelon fue muy dura y despidió a la Fadette repitiendo que Landry era precisamente lo que le convenía y que a ella, por su parte, le parecía demasiado niño y demasiado bobo. Pero el gran sacrificio de sí misma que había hecho la Fadette dio fruto, pese a los sofiones de la hermosa Madelon. Así es el corazón de las mujeres y un muchacho empieza a parecerles un hombre en cuanto ven que otras mujeres lo estiman y lo agasajan. Madelon, que nunca había pensado muy en serio en Landry, empezó a pensar mucho en cuanto despidió a la Fadette. Recordó todo lo que ese pico de oro le había dicho del amor de Landry y, al

considerar que la Fadette estaba tan prendada de él que se había atrevido a confesárselo, se honró en poder vengarse de esa pobre muchacha.

Fue a última hora de la tarde a La Priche, de la que su vivienda no distaba sino el alcance de dos o tres disparos de escopeta y, con el pretexto de buscar uno de sus animales, que se había mezclado en el campo con los de su tío, se las arregló para que la viera Landry y, con la mirada, lo animó a que se acercase a hablarle.

Landry se dio cuenta muy bien; pues, desde que la Fadette tenía arte y parte en sus cosas, se le había espabilado mucho el ingenio. «La Fadette es bruja –pensó–; me ha vuelto a poner a bien con Madelon, y ha hecho más por mí en una charlita de un cuarto de hora de lo que habría sido capaz de hacer yo en un año. Tiene un talento maravilloso y un corazón de los que Dios no hace con frecuencia.»

Y, pensando en esto, miraba a Madelon, pero con tanta calma que ella se marchó sin que se hubiese decidido a hablarle. No es que se sintiera avergonzado en su presencia; la vergüenza se le había ido sin que supiera cómo; pero, con la vergüenza, también se habían ido el gusto con que la veía antes y también el deseo de que lo quisiera.

Nada más cenar, hizo como que se iba a dormir. Pero se levantó de la cama por el lado de la pared, se escurrió pegado a las tapias y se fue derecho al vado de Les Roulettes. El fuego fatuo andaba también danzando por allí esa noche. En cuanto lo vio de lejos, tan saltarín, Landry pensó: «Tanto mejor; ahí está el *fadet*, la Fadette no puede andar lejos». Y cruzó el vado sin temor, sin equivocarse, y fue hasta la casa de la comadre Fadet, rebuscando y mirando por todos lados. Pero se quedó un buen rato, sin ver luz y sin oír ruido. Todo el mundo estaba en la cama. Tuvo la esperanza de que el cricrí, que salía a menudo de noche cuando su abuela y el saltón se habían dormido, anduviera vagabundeando por las inmediaciones. Empezó a vagabundear también él. Cruzó el junqueral, fue a la cantera de Le Chaumois, silbando y cantando para llamar la atención; pero solo se encontró con el tejón, que escapaba por el barbecho, y con la lechuza, que silbaba subida a su árbol. No le quedó otro remedio que volverse sin haber podido dar las gracias a la buena amiga que tan bien le había servido.

XXII

Transcurrió toda la semana sin que Landry pudiera cruzarse con la Fadette, cosa que lo tenía muy extrañado y muy preocupado. «Va a volver a creer que soy un ingrato –pensaba–. Y, sin embargo, si no la veo no es por falta de esperarla ni de buscarla. Por fuerza he de haberla disgustado cuando la besé a su pesar en la cantera y eso que no fue con mala intención ni con la intención de ir a ofenderla.»

Y se pasó la semana pensando más de lo que había pensado en la vida; no veía con claridad en su propia cabeza, pero estaba reconcentrado e inquieto y se hallaba en la obligación de forzarse a trabajar, pues ni los hermosos bueyes, ni el arado reluciente, ni la bonita tierra roja, húmeda con la lluvia de otoño, bastaban ya para sus contemplaciones y sus ensimismamientos.

Fue a ver a su mielgo el jueves por la noche y lo encontró tan preocupado como él. Sylvinet tenía un carácter diferente del suyo, aunque parecido a veces de rebote. Hubiérase dicho que de vez en cuando intuía que algo había alterado la tranquilidad de su hermano y, sin embargo, andaba lejos de sospechar qué podría ser. Le preguntó si había hecho las paces con Madelon y, por primera vez, cuando le contestó que sí, Landry le dijo deliberadamente una mentira. El hecho es que no le había dicho ni una palabra a Madelon y que pensaba que ya tendría tiempo de decirle algo; no corría prisa.

Llegó por fin el domingo y Landry fue de los primeros en ir a misa. Entró antes de los toques, pues sabía que la Fadette solía llegar entonces, porque siempre rezaba mucho tiempo, cosa de la que algunos se reían. Vio a una chiquilla arrodillada en la capilla de la Santísima Virgen y que, de espaldas, se cubría la cara con las manos para rezar con recogimiento. Tal era efectivamente la postura de la Fadette, pero no eran ni su cofia ni su ropa, y Landry volvió a salir por ver si se la encontraba en el porche, que se llama en nuestra tierra la arrapería, porque los lázaros guiñapientos, que son mendigos andrajosos, se ponen allí durante los oficios.

Los harapos de la Fadette fueron los únicos que no vio, oyó misa sin alcanzar a verla y, hasta el prefacio, al volver a mirar a la muchacha que tan devotamente rezaba en la capilla, no la vio alzar la cabeza y no reconoció a su cricrí, con un atuendo y un aspecto que le resultaron completamente nuevos. Seguía siendo su pobre avío, su saya de droguete, su mandil rojo y su cofia de lienzo sin encajes, pero todo lavado, retocado y recosido durante la semana. El vestido era

más largo y le caía con más decoro sobre las medias, que estaban bien blancas, así como la cofia que había adoptado la forma de moda e iba primorosamente sujeta sobre el pelo negro, bien atusado; la pañoleta era nueva y de un bonito color amarillo claro que le sentaba bien a la tez morena. También había alargado el jubón y, en vez de parecer un palo vestido, tenía el talle fino y flexible, como el cuerpo de una bonita abeja. No sé, además, con qué mixtura de flores o de hierbas se había estado lavando ocho días la cara y las manos, pero la cara pálida y las manos menudas parecían tan limpias y suaves como el espino albar de la primavera.

A Landry, al verla tan cambiada, se le cayó el libro de horas y, con el ruido que hizo, la Fadette se volvió del todo y lo miró al tiempo que la miraba él. Y se puso un poco colorada, no más que la rosita de la zarza; pero eso la hizo parecer casi guapa, tanto más porque de los ojos negros, a los que nadie pudo nunca reprocharles nada, le brotó un resplandor tan claro que quedó como transfigurada. Y Landry volvió a pensar: «Es bruja; ha querido volverse guapa, cuando era fea, y ahora es guapa por un milagro». Se quedó como transido de miedo, y el miedo no le impedía sin embargo tener tantas ganas de acercarse y hablarle que, hasta el final de la misa, el corazón le estuvo saltando de impaciencia.

Pero ella no lo volvió a mirar y, en vez de ponerse a corretear y a retozar con los demás chiquillos después de haber rezado, se fue tan discretamente que apenas dio tiempo a que la vieran tan cambiada y tan remediada. Landry no se atrevió a seguirla, tanto más cuanto que Sylvinet no le quitaba ojo, pero al cabo de una hora consiguió escabullirse, y esta vez, como el corazón lo empujaba y lo encaminaba, encontró a la Fadette cuidando muy formal su rebaño en el caminito encajonado que llaman La Trocha del Arcabucero, porque allí mataron a un arcabucero del rey los de La Cosse en los tiempos de antes, cuando querían forzar a la pobre gente a pagar la talla y cumplir con la corvea, en contra de lo que disponía la ley, que bastante dura era ya tal y como la habían hecho.

XXIII

Como era domingo, la Fadette no cosía ni hilaba mientras guardaba sus ovejas. Se entretenía con una diversión tranquila que los niños de por aquí se toman a veces muy en serio. Estaba buscando el trébol de cuatro hojas, que bien pocas veces se encuentra y les trae suerte a todos cuantos pueden echarle mano.

–¿Lo has encontrado, Fanchon? –le dijo Landry en cuanto estuvo al lado.

–Lo he encontrado muchas veces –contestó ella–, pero no trae suerte como se cree, y de nada me sirve tener tres en mi libro.

Landry se sentó a su lado, como si fuera a ponerse a charlar. Pero hete aquí que de repente se sintió más vergonzoso de lo que nunca había estado al lado de Madelon y, tras haber tenido la intención de decir muchas cosas, no pudo dar ni con una palabra.

La Fadette se puso vergonzosa también, pues, aunque el mielgo no le decía nada, sí que la miraba con unos ojos raros. Por fin le preguntó por qué parecía extrañado al mirarla.

–A menos –dijo– que sea porque me he arreglado la cofia. En esto he seguido tu consejo y he pensado que, para parecer formal, tenía que empezar por vestirme con formalidad. Y ahora no me atrevo a dejarme ver porque me da miedo que también me lo echen en cara y que me digan que he querido parecer menos fea sin conseguirlo.

–Que digan lo que quieran –dijo Landry–; pero no sé qué has hecho para volverte guapa; la verdad es que hoy lo estás y que habría que sacarse los ojos para no verlo.

–No te burles, Landry –contestó la Fadette–. Dicen que la hermosura trastorna a las hermosas y que la fealdad desconsuela a las feas. Yo me había acostumbrado a meter miedo y no querría volverme tonta creyendo que agrado. Pero no es de eso de lo que venías a hablarme y espero que me digas que Madelon te ha perdonado.

–No vengo para hablarte de Madelon. De si me ha perdonado nada sé y no lo pienso indagar. Solo sé que hablaste con ella y que hablaste tan bien que te debo un gran agradecimiento.

–¿Cómo sabes que hablé con ella? ¿Así que te lo ha dicho? En tal caso, ¿habéis hecho las paces?

–No hemos hecho las paces; no nos queremos lo suficiente ella y yo para estar en guerra. Sé que hablaste con ella porque se lo ha contado a alguien que me lo ha dicho.

La Fadette se puso muy colorada, con lo que se volvió aún más

guapa, pues nunca hasta ese día había tenido en las mejillas ese probo color de temor y placer que hermosea a las más feas; pero, al tiempo, la inquietó pensar que Madelon hubiera repetido sus palabras y la expusiera a las burlas por el amor que había confesado sentir por Landry.

–Y ¿qué ha dicho Madelon de mí? –preguntó.

–Ha dicho que yo era un rematado tonto que no le gustaba a ninguna muchacha, ni siquiera a la Fadette; que Fadette me despreciaba, me rehuía, llevaba toda la semana escondiéndose para no verme, aunque yo llevara toda la semana buscando y corriendo por todas partes para encontrarla. Así que es de mí de quien se burlan, Fanchon, porque saben que te quiero y que tú no me quieres.

–Vaya decires más malos –contestó la Fadette, muy asombrada, pues no era lo bastante bruja para adivinar que en esos momentos Landry era más sutil que ella–; no creía que Madelon fuera tan mentirosa y tan pérfida. Pero hay que perdonárselo, Landry, porque habla así por rencor, y el rencor es amor.

–Es posible –dijo Landry–; por eso tú no me guardas rencor, Fanchon. Me lo perdonas todo porque de mí lo desprecias todo.

–No me he merecido que me digas eso, Landry; no, de verdad que no me lo he merecido. Nunca he estado tan loca como para decir ese embuste que me atribuyen. Le dije otras cosas a Madelon. Lo que le dije era solo para ella, pero no podía perjudicarte y, muy al contrario, tendría que haberle demostrado la estima en que te tenía.

–Mira, Fanchon –dijo Landry–, no discutamos de lo que dijiste o dejaste de decir. Quiero consultarte algo a ti, que eres sabia. El domingo pasado, en la cantera, me entró por ti, sin saber cómo me llegaba, un apego tan fuerte que en toda la semana ni he comido ni he dormido a gusto. No quiero ocultarte nada, porque con una muchacha tan aguda como tú sería perder el tiempo. Confieso, pues, que me avergoncé de mi apego el lunes por la mañana y habría querido irme muy lejos para no caer otra vez en ese trastorno. Pero el lunes por la noche ya había vuelto a caer, así que crucé el vado de noche, sin preocuparme del trasgo, que habría querido impedirme que te buscara, porque estaba otra vez allí y, cuando me soltó su risa malvada, se la devolví. Desde el lunes, todas las mañanas estoy como tonto porque me gastan bromas por la afición que te tengo; y todas las noches estoy como loco, porque siento mi afición con más fuerza que esta vergüenza de la mala. Y hete aquí que hoy te veo bonita y de apariencia tan formal que todo el mundo se va a asombrar también y

que antes de que pasen quince días, si sigues así, no solo me perdonarán que esté enamorado de ti, sino que también habrá otros que lo estén, y mucho. Así que no tendré mérito en quererte; no me deberás ninguna preferencia. Sin embargo, si te acuerdas del domingo pasado, el día de San Andoche, te acordarás también de que te pedí en la cantera permiso para besarte y que lo hice con tanto entusiasmo como si no hubieras tenido fama de fea y aborrecible. Ese es el único derecho que tengo, Fadette. Dime si eso puede contar y si te enfada en vez de convencerte.

La Fadette se había cubierto la cara con ambas manos y no contestó. Landry creía, por lo que le había oído en su parlamento a Madelon, que lo quería y hay que decir que este amor le había hecho tanto efecto que, de pronto, había forzado el suyo. Pero, al ver la postura vergonzosa y triste de la chiquilla, empezó a temer que le hubiera contado un cuento a Madelon, para, con buena intención, hacer por el éxito del arreglo tras el que andaba. Con eso se sintió aún más enamorado y se afligió. Le quitó las manos de la cara y se la vio tan pálida que hubiérase dicho que se iba a morir; y, cuando le estaba reprochando con vehemencia que no respondiese al arrebato que sentía por ella, se derrumbó, juntando las manos y suspirando, pues le faltaba el aire y se privaba.

Landry se alarmó mucho y le dio palmadas en las manos para que volviera en sí. Tenía las manos frías como el hielo y tiesas como si fuesen de madera. Se las calentó y estuvo mucho rato frotándoselas en las suyas, y cuando ella recuperó la palabra le dijo:

–Creo que estás jugando conmigo, Landry. Y hay cosas con las que no se puede andar con bromas. Te ruego, pues, que me dejes en paz y no me vuelvas a hablar a menos que tengas que pedirme algo y en ese caso estaré siempre a tu disposición.

–Fadette, Fadette –dijo Landry–, eso que dice no está bien. Es vusté quien ha jugado conmigo. Me aborrece y, sin embargo, me ha hecho creer otra cosa.

–¡Yo! –exclamó ella, muy afligida–. ¿Qué le he hecho creer? Le he ofrecido y le he dado un afecto seguro, como el que su mielgo le tiene, y quizá mejor; porque yo no tenía celos y, en vez de interponerme en sus amores, le he servido en ellos.

–Esta es la verdad –dijo Landry–. Has sido buena como el buen Dios y soy yo quien se equivoca al hacerte reproches. Perdóname, Fanchon, y déjame quererte como pueda hacerlo. A lo mejor no será con el mismo sosiego con el que quiero a mi mielgo o a mi hermana Nanette, pero te prometo no volver a intentar besarte si te desagrada.

Y, recapacitando, Landry supuso que efectivamente la Fadette no sentía por él sino un afecto muy apacible; y, como no era ni vanidoso ni fanfarrón, se sintió tan temeroso y tan poco adelantado con ella como si no le hubiera entrado por ambos oídos lo que le había dicho de él a la hermosa Madelon.

La Fadette, por su parte, era lo suficientemente aguda para saber por fin que Landry estaba de verdad enamorado de ella como un loco y había sido por el exceso de placer que había sentido por lo que había caído por un momento en un pasmo. Pero temía perder demasiado deprisa una felicidad tan deprisa ganada; por este temor, quería darle a Landry tiempo para que desease con mucha vehemencia su amor.

Landry se quedó con ella hasta la noche, pues, por más que no se atreviese ya a cortejarla, estaba tan prendado y sentía tanto gusto viéndola y oyéndola hablar que no podía decidirse a separarse de ella ni un momento. Jugó con el saltón, que nunca andaba lejos de su hermana y no tardó en reunirse con ellos. Fue bueno con él y no tardó en darse cuenta de que el pobre niño, a quien tanto maltrataba todo el

mundo, no era ni tonto ni malo con quien lo trataba bien; e incluso al cabo de una hora el mielgo se lo había ganado tanto y él le estaba tan agradecido que le besaba las manos y lo llamaba mi Landry, igual que a su hermana la llamaba mi Fanchon; y Landry lo compadecía y se enternecía con él, pareciéndole que todo el mundo y él también en el pasado habían sido muy culpables con los dos pobres niños de la comadre Fadet, que no precisaban, para ser los mejores de todos, sino que los quisieran un poco, como querían a los demás.

Al día siguiente y los días posteriores, Landry consiguió ver a la Fadette, bien al atardecer, y entonces podía charlar un poco con ella, bien durante el día, cuando se la encontraba por el campo; y, aunque no pudiera ella entretenerse mucho rato, no queriendo y no sabiendo faltar a sus obligaciones, Landry se alegraba de haberle dicho cuatro o cinco palabras en las que ponía el corazón y de habérsela comido con los ojos. Y ella seguía siendo agradable en el hablar, en el vestir y en los modales con todo el mundo; con lo que todos se fijaron y pronto cambiaron el tono y los modales que se gastaban con ella. Como ya no hacía nada que no viniera a cuento, dejaron de faltarle y, como ella dejó de oír que le faltaban, no volvió a sentir la tentación de insultar ni de disgustar a nadie.

Pero, como la opinión de la gente no va tan deprisa como nuestras resoluciones, debía transcurrir aún cierto tiempo antes de que se pasase con ella del desprecio a la estima y de la aversión a quererla bien. Ya os contaremos más adelante cómo ocurrió este cambio; por ahora, bien podéis suponer por vuestra cuenta que nadie le prestó gran atención al hecho de que la Fadette hubiera sentado la cabeza. Cuatro o cinco buenos viejos y buenas viejas, de esos que miran crecer a los jóvenes con indulgencia y son, en los pueblos, algo así como los padres y las madres de todos, comentaban a veces entre sí, debajo de los nogales de La Cosse, mirando a toda esa gente menuda o a esa juventud que pululaba a su alrededor, unos jugando a los bolos, otros bailando. Y los viejos decían:

–Este será un guapo soldado cuando crezca, porque tiene el cuerpo demasiado bueno para conseguir que lo declaren inútil; ese otro será agudo y entendido como su padre; el de más allá seguro que tendrá la sensatez y la calma de su madre; esa niña, Lucette, promete ser una buena criada de granja; esa gorda, Louise, le gustará a más de uno; y en cuanto a esa chiquilla, Marion, dejadla que crezca y tendrá tanto sentido común como las demás.

Y cuando le llegaba la vez a la Fadette de que le pasaran revista y

la juzgaran, decían:

–Ahí va corriendo, sin querer cantar ni bailar. Ya no se le ve el pelo desde el día de San Andoche. Es como para pensar que la impresionó mucho que los niños de aquí la dejasen sin cofia en el baile; así que ya no lleva aquel gorro tan grande y ahora podría decirse que no es más fea que otra cualquiera.

–¿Se han fijado en cómo se le ha aclarado la piel en poco tiempo? –decía en una ocasión la comadre Couturier–. Tenía la cara como un huevo de codorniz de tantas pecas; y la última vez que la vi de cerca me extrañó encontrarla tan blanca e incluso tan pálida que le pregunté si no había tenido fiebre. Al verla como es ahora se diría que podrá enmendarse; y, ¿quién sabe?, feas ha habido que se han vuelto guapas al cumplir los diecisiete o los dieciocho.

–Y además ya le toca asentarse –dijo el compadre Naubin–, y una muchacha que se siente tal aprende a ser elegante y agradable. Ya va siendo hora de que el cricrí caiga en la cuenta de que no es un chico. Dios mío, pensábamos que se torcería tanto que sería una vergüenza para el lugar. Pero madurará y se enmendará como las demás. Se dará cuenta de que tiene que hacerse perdonar haber tenido una madre tan desalabable y ya verán que no dará que hablar.

–Dios lo quiera –dijo la comadre Courtillet–, porque está muy feo que una muchacha parezca un caballo escapado; pero yo también tengo esperanzas en la Fadette esa, porque me la encontré anteayer y en vez de irme detrás, como siempre, remedando mi renquera, me saludó y me preguntó por la salud con mucha educación.

–Esa niña de la que hablan es más alocada que mala –dijo el compadre Henri–. No tiene mal corazón, se lo digo yo; la prueba es que se quedó con frecuencia con mis nietos en las tierras, por pura gentileza, cuando mi hija estuvo mala y los cuidaba muy bien, y ellos no querían ya separarse de ella.

–¿Es cierto eso que han contado de que uno de los mielgos del compadre Barbeau se chifló por ella en la última fiesta de San Andoche? –siguió diciendo la comadre Couturier.

–¡Quite allá! –contestó el compadre Naubin–. Eso no hay que tomárselo en serio. Era un entretenimiento de niños y los Barbeau no son tontos y no lo son más los hijos que el padre y la madre, ¿me están oyendo?

Así charlaban de la Fadette y, las más de las veces, nadie se acordaba de ella porque ya casi no se la veía.

XXV

Pero quien sí la veía con frecuencia y le hacía mucho caso era Landry Barbeau. Andaba como rabioso por dentro cuando no podía hablarle a gusto; pero, en cuanto pasaba un ratito con ella, ya estaba calmado y contento de sí mismo porque la Fadette le enseñaba a razonar y lo consolaba de todas sus dudas. Jugaba con él a un jueguecillo que pecaba quizá de cierta coquetería, o al menos eso le parecía a él a veces; pero, como la movía la honradez y no quería el amor de Landry hasta que él no le hubiera dado vueltas y más vueltas en la cabeza, él no tenía derecho a molestarse. Ella no podía sospechar que quisiera engañarla sobre la fuerza de este amor, pues era una clase de amor como no se ve con frecuencia en la gente del campo, que ama con mayor paciencia que la de la ciudad. Y precisamente Landry era de carácter más paciente que otros; nunca habría podido pronosticarse que ardiese tan fuerte en esa candela; quien lo hubiera sabido (pues lo ocultaba bien) se habría quedado muy maravillado. Pero la Fadette, al ver que se había rendido a ella de forma tan completa y repentina, temía que se tratase de un fuego de paja, o también que, si ella ardía como no era debido, llegase la cosa más allá de lo que la honestidad permite a dos niños que aún no están en edad de matrimonio, al menos por lo que opinan los padres y la prudencia; pues el amor no espera, y una vez que ya se les ha metido en la sangre a dos jóvenes, es un milagro si espera a la aprobación ajena.

Pero la Fadette, que de apariencia había sido más tiempo niña que otras, contaba en su interior con una sensatez y una voluntad muy por encima de su edad. Para ser así, preciso era que tuviera mucha fuerza de carácter, pues su corazón era tan ardiente, o quizá más, que el corazón y la sangre de Landry. Lo quería con locura y, sin embargo, se comportaba con gran formalidad; pues aunque de día, de noche, a todas horas, pensaba en él y se consumía de impaciencia por verlo y de deseos de quererlo, en cuanto lo veía adoptaba una expresión sosegada, le razonaba, fingía incluso no conocer aún el fuego del amor y no le permitía que le tocase la mano más arriba de la muñeca.

Y Landry, que en los lugares apartados donde estaban con frecuencia juntos, e incluso cuando la noche era bien oscura, habría podido dejarse llevar hasta el punto de no obedecerla, estaba tan hechizado, temía tanto causarle desagrado y tenía tan poca seguridad de que el cariño de ella fuera amor, que vivía a su lado con la misma inocencia que si hubiera sido su hermana y él, Jeanet, el saltoncillo.

Para distraerlo de este pensamiento al que no quería dar alas, ella lo instruía en las cosas que sabía y en las que su ingenio y su talento habían ido más allá de las enseñanzas de su abuela. No quería ocultarle nada a Landry y, como él seguía teniendo cierto miedo a la brujería, puso todo su esmero en hacerle entender que el diablo nada tenía que ver en los secretos de sus conocimientos.

–Mira, Landry –le dijo un día–, para nada necesitas la intervención del espíritu malo. No hay más que un espíritu y es bueno, porque es el de Dios. Lucifer es un invento del señor párroco, y Georgeon, un invento de las comadres viejas de los pueblos. Cuando era yo muy pequeña, creía en ellos y me daban miedo los maleficios de mi abuela. Pero ella se burlaba de mí, pues mucha razón tienen los que dicen que si hay alguien que dude de todo es precisamente quien les hace creer todo a los demás y que nadie cree menos en Satanás que los brujos que hacen continuamente como que lo invocan para todo. Bien saben que nunca lo han visto y que nunca recibieron de él asistencia alguna. Quienes han sido lo bastante simples para creer en él y para llamarlo nunca han conseguido que se presentara, como el molinero del Paso de los Perros, que, como me contó mi abuela, se iba por los caminos con un garrote gordo para llamar al diablo y darle, a lo que decía, una buena tunda. Y se lo oía gritar en la oscuridad: «¿Vienes o no, cara de lobo? ¿Vienes o no, perro rabioso? ¿Vienes o no, Georgeon del demonio?». Y Georgeon nunca acudió. Así que el molinero se volvió casi loco de vanidad, diciendo que el diablo le tenía miedo.

–Pero –decía Landry– eso que crees, que el diablo no existe, no es que sea muy cristiano, Fanchon, niña mía.

–En eso no puedo porfiar –contestaba ella–; pero si existe estoy bien segura de que no tiene poder para venir a la tierra a engañarnos y a pedirnos nuestra alma para quitársela a Dios; no sería tan insolente y, si la tierra es de Dios, solo Dios puede gobernar las cosas y a los hombres que están en ella.

Y Landry, enmendado de su terrible miedo, no podía por menos de admirar lo buena cristiana que era la Fadette en todos sus pensamientos y en todas sus oraciones. Tenía incluso una devoción más bonita que la de los demás. Quería a Dios con todo el ardor de su corazón, pues tenía para todo la cabeza fogosa y el corazón tierno; y, cuando le hablaba de ese amor a Landry, él se quedaba muy asombrado de que le hubieran enseñado a rezar y a atenerse a unas prácticas que nunca se le había ocurrido entender y a las que se prestaba respetuosamente por convencimiento del deber, sin que

nunca le hubiera incendiado el corazón un amor por su Creador como el de la Fadette.

Mientras conversaba y caminaba con ella, Landry aprendió las propiedades de las hierbas y todas las recetas para curar a las personas y a los animales. No tardó en probar el efecto de estas en una vaca del compadre Caillaud, que se había hinchado por comer demasiado pasto; y, como el veterinario la había dejado por imposible, diciendo que no le quedaba ya ni una hora de vida, le dio a beber un brebaje que le había enseñado a preparar la Fadette. Lo hizo en secreto; y, por la mañana, cuando los labriegos, muy contrariados por la pérdida de tan buena vaca, fueron a buscarla para tirarla a un agujero, se la encontraron en pie y empezando a olisquear la comida, sana y casi deshinchada del todo. En otra ocasión, una víbora picó a un potro y Landry, ateniéndose también a las enseñanzas de la Fadette, lo salvó con presteza. Pudo, finalmente, probar el remedio contra la rabia en un perro de La Priche, que se curó y no mordió a nadie. Y, como Landry ocultaba con mucho esmero su trato con la Fadette, no alardeó de su ciencia y no se atribuyó la curación de esos animales sino a lo bien que los había cuidado. Pero el compadre Caillaud, que también entendía de esas cosas, como todo buen granjero o aparcero debe hacerlo, se extrañó para sus adentros y dijo:

–El compadre Barbeau no tiene maña con el ganado, e incluso no tiene suerte, pues se quedó sin mucho el año pasado y no era la primera vez. Pero Landry tiene muy buena mano, y eso es algo con lo que se nace. Se tiene o no se tiene, e incluso yendo a estudiar a las escuelas, como van los albéitares, no sirve de nada si no se es mañoso de nacimiento. Y os digo que Landry es mañoso y que su cabeza le hace dar con lo que conviene. Ha recibido un gran don de la naturaleza y le vendrá mejor que un capital para llevar a derechas una casa de labor

Lo que decía el compadre Caillaud no era de un hombre crédulo y sin razonamiento; pero se equivocaba al atribuirle artes naturales a Landry: Landry no tenía más arte que la de ser primoroso y experto en aplicar las recetas que le habían enseñado. Pero las artes naturales no son una fábula, pues la Fadette las tenía y con las pocas lecciones razonadas que su abuela le había dado, descubría y adivinaba, como quien inventa, las virtudes que ha puesto Dios en algunas hierbas y en algunas formas de utilizarlas. No por ello era bruja; bien hacía en defenderse; pero tenía ese espíritu que observa, que compara, que se fija, que prueba, y este es un don natural, no se puede negar. El

compadre Caillaud llevaba las cosas algo más lejos. Pensaba que hay boyeros o labriegos que tienen mejor o peor mano y que, por la sola virtud de su presencia en el establo, benefician o perjudican a los animales. Y en consecuencia, como siempre hay algo cierto en las creencias más erradas, hay que estar de acuerdo en que los buenos cuidados, la limpieza y el trabajo concienzudo cuentan con una virtud que lleva a buen fin lo que la negligencia o la necedad empeoran.

Como Landry siempre había tenido idea de estas cosas y gusto por ellas, a su apego por la Fadette se sumó todo el agradecimiento que le debía por sus enseñanzas y toda la estima que sentía por el talento de la muchacha. Le tuvo entonces mucho reconocimiento por haberlo obligado a distraerse del amor durante los paseos y las conversaciones que tenían y admitió también que ella se había tomado más a pecho lo que pudiera serle de interés y de utilidad a su enamorado que el gusto de dejarse cortejar y halagar continuamente, como habría deseado al principio.

No tardó Landry en estar tan prendado que había echado al olvido por completo la vergüenza de mostrar su amor por una chiquilla con fama de fea, mala y mal educada. Si se andaba con precauciones era por su mielgo, de cuyos celos sabía y a quien le había costado ya un gran esfuerzo aceptar sin rencor el amorío de Landry con Madelon, amorío bien pequeño y bien sosegado en comparación con lo que ahora sentía por Fanchon Fadet.

Pero, aunque Landry estuviera entusiasmado en exceso con su amor para echarle prudencia, en cambio la Fadette, que tenía un carácter dado al misterio y que, por lo demás, no quería exponer demasiado a Landry a las burlas de la gente, la Fadette que, a fin de cuentas, lo quería demasiado para consentir en acarrearle disgustos en su familia, le exigió tan gran sigilo que pasó alrededor de un año antes de que el asunto se descubriera. Landry había acostumbrado a Sylvinet a no vigilar ya todos sus pasos y andanzas, y la comarca, muy poco poblada, dividida por barrancos y toda cubierta de árboles, se presta bien a los amores secretos.

Sylvinet, al ver que Landry no le hacía ya caso a Madelon, aunque hubiera aceptado al principio este reparto de su afecto como un mal necesario, amenguado por lo vergonzoso que era Landry y la prudencia de la muchacha, se alegró mucho al pensar que a Landry no le urgía ya retirarle su corazón para dárselo a una mujer, y los celos, al abandonarlo dejaron a aquel más libre para sus ocupaciones y sus salidas en días de fiesta y descanso. A Landry nunca le faltaban

pretextos para ir y venir y los domingos por la noche, sobre todo, se iba temprano del Mielgar y no regresaba a La Priche hasta medianoche, lo que le resultaba muy cómodo porque había pedido que le pusieran una cama pequeña en el *cafarnión*. A lo mejor me vais a reprender por esta palabra, porque el maestro se molesta y dice que hay que decir *carfanaún;* pero, por más que conozca la palabra, no sabe qué es la cosa, porque he tenido que explicarle que era el sitio del granero, al lado del establo, donde se guardan los yugos, las cadenas, los herrajes y las herramientas menudas de todo tipo que se usan para los animales de labor y los instrumentos con que se trabaja la tierra. Así Landry podía volver a la hora que quisiera sin despertar a nadie y disponía siempre del domingo hasta el lunes por la mañana porque el compadre Caillaud y su hijo mayor, muy formales ambos, como no iban nunca a la taberna ni salían a divertirse todos los días festivos, acostumbraban a hacerse cargo de la entera vigilancia de la casa de labor para que, decían, toda la juventud de la casa, que trabajaba más que ellos en semana, pudiera disfrutar y divertirse con libertad, según dispone el Señor.

Y durante el invierno, cuando las noches son tan frías que difícilmente se podría hablar de amor en pleno campo, había para Landry y la Fadette un buen refugio en la Torre de Jacot, que es un antiguo palomar de rentero, donde no había ya palomas desde hacía muchos años, pero bien techado y bien cerrado y que depende de la casa de labor del compadre Caillaud. Tanto es así que lo usaba para guardar el excedente de víveres. Y, como Landry tenía la llave y el palomar se encuentra en las lindes de las tierras de La Priche, no lejos del vado de Les Roulettes y en medio de un campo de alfalfa bien cerrado, muy listo tendría que haber sido el diablo para sorprender los encuentros de los dos jóvenes enamorados. Cuando el tiempo era templado, iban a las talas, que son bosques madereros jóvenes que hay por toda la comarca. Son también buenos retiros para los ladrones y los amantes, y, como ladrones no hay en nuestra región, los amantes disfrutan de ellos y no encuentran allí ni temor ni hastío.

XXVII

Pero, como no hay secreto que dure, hete aquí que un buen día, un domingo, iba Sylvinet siguiendo la tapia del cementerio cuando oyó la voz de su mielgo que hablaba a dos pasos de él, al revolver del recodo de esa tapia. Landry hablaba muy bajo, pero Sylvinet conocía tan bien su modo de hacerlo que lo habría adivinado incluso sin oír lo que decía.

–¿Por qué no quieres venir a bailar? –le decía a alguien a quien Sylvinet no veía–. Hace tanto que no se te ha visto entretenerte después de misa que a nadie le parecería mal que te sacase a bailar uno que se supone que ya casi ni te conoce. No dirían que es por amor, sino por buena educación y porque tengo curiosidad por saber si, después de tanto tiempo, sigues sabiendo bailar.

–No, Landry, no –contestó una voz que Sylvinet no reconoció porque hacía mucho que no la oía, pues la Fadette se había quedado apartada de todo el mundo y de él en particular–. No –decía–; no debo llamar la atención, será lo mejor; y, si me sacases a bailar una vez, querrías seguir haciéndolo todos los domingos y eso bastaría para dar que hablar. Créete lo que siempre te he dicho, Landry, que el día en que se sepa que me quieres será el principio de nuestros disgustos. Deja que me vaya y, cuando hayas pasado parte del día con tu familia y tu mielgo, ven a reunirte conmigo en el sitio en que hemos quedado.

–Pero ¡es que es muy triste no bailar nunca! –dijo Landry–. ¡Te gustaba tanto bailar, preciosa, y bailabas tan bien! ¡Cuánto me gustaría cogerte la mano y hacerte girar entre mis brazos y verte, tan ligera y tan bonita, no bailar sino conmigo!

–Y eso es precisamente lo que no debería pasar –respondió ella–. Pero bien veo que echas de menos el baile, mi querido Landry, y no sé por qué has renunciado a él. Ve pues a bailar un poco; me agradará pensar que te diviertes y tendré más paciencia para esperarte.

–¡Ah, tú es que tienes paciencia de sobra! –dijo Landry con una voz en que nada de paciencia había–. Pero yo preferiría que me cortasen las dos piernas antes que bailar con muchachas que no me gustan y a las que no besaría ni por cien francos.

–Pues, si bailase yo –contestó la Fadette–, tendría que bailar con otros además de contigo y dejar que me besasen también.

–Vete, vete ahora mismo –dijo Landry–, que no quiero que te bese nadie.

Sylvinet no oyó nada más ya, salvo unos pasos que se alejaban; y,

para que su hermano, que volvía en su dirección, no lo sorprendiese escuchando, se metió corriendo en el cementerio y dejó que pasase de largo.

Este descubrimiento fue como una cuchillada en el corazón de Sylvinet. No intentó descubrir quién era la muchacha a la que Landry quería tan apasionadamente. Bastante tenía ya con saber que había una persona por quien Landry lo daba de lado y que era dueña de todos sus pensamientos, hasta el punto de ocultárselos a su mielgo y que este no recibiese sus confidencias. «Mucho tiene que desconfiar de mí –pensaba– y esta muchacha a quien tanto quiere mucho tiene que inclinarlo a temerme y aborrecerme. Ya no me extraña que esté siempre contra gusto en casa y tan intranquilo cuando quiero pasear con él. Yo renunciaba a hacerlo pensando que le tenía afición a estar solo; pero ahora me guardaré muy mucho de intentar molestarlo. No le diré nada; me guardaría rencor por haber sorprendido lo que no quiso contarme. Sufriré solo mientras él se alegra de haberse librado de mí.»

Tal hizo Sylvinet, como se prometía, e incluso llegó más allá de lo necesario, pues no solo no volvió a intentar retener a su hermano a su lado, sino que además, para no incomodarlo, era el primero en salir de casa y se iba a ensimismarse a solas en su vallado, pues no quería salir al campo. «Porque –pensaba–, si por ventura me encontrase con Landry, pensaría que lo estoy espiando y bien me haría notar que lo estorbo.»

Y, poco a poco, su antigua pena, de la que casi estaba curado, le volvió, tan pesada de llevar y tan obstinada que no tardó en vérsele en la cara. Su madre lo reprendió con dulzura; pero, como se avergonzaba, a los dieciocho años, de caer en las mismas debilidades de ánimo que había tenido a los quince, no quiso de ningún modo confesar qué lo reconcomía.

Eso fue lo que lo salvó de la enfermedad; pues Dios solo abandona a quienes se abandonan a sí mismos, y quien tiene el coraje de encerrar su pena tiene mayor fuerza contra ella que quien se compadece. El pobre mielgo dio en algo así como el hábito de estar siempre triste y pálido; tuvo, de vez en cuando, uno o dos accesos de fiebre y, aunque seguía creciendo algo, se quedó bastante quebradizo y delgado. No aguantaba mucho trabajo y no tenía él la culpa, pues sabía que trabajar le sentaba bien; y bastante era ya disgustar a su padre con su tristeza, no quería enfadarlo y perjudicarlo con su cobardía. Ponía, pues, manos a la obra y el enfado consigo mismo lo

impulsaba en la tarea. Por ello, a menudo cargaba con más de lo que podía aguantar; y, al día siguiente, estaba tan cansado que ya no conseguía hacer nada.

–No será nunca un operario recio –decía el compadre Barbeau–, pero hace lo que puede; y, cuando puede, ni siquiera mide suficientemente el esfuerzo. Por eso no quiero colocarlo fuera de casa, pues, por el temor que tiene a los reproches y la poca fuerza que Dios le ha dado, no tardaría en matarse y yo tendría que reprochármelo toda la vida.

A la comadre Barbeau la complacían mucho estas razones y hacía cuanto podía para animar a Sylvinet. Consultó a varios médicos por su salud y unos le dijeron que tenía que ahorrarle esfuerzos y darle a beber solo leche porque era débil; otros, que había que hacerle trabajar mucho y darle buen vino, porque, al ser débil, necesitaba fortalecerse. Y la comadre Barbeau no sabía a cuál atender, que es lo que ocurre siempre cuando se piden varias opiniones.

Afortunadamente, en la duda no le hizo caso a ninguno y Sylvinet siguió por el camino que le había abierto Dios, sin toparse con nada que lo hiciera vencerse a izquierda o a derecha, y siguió a trancas y barrancas con esa espinita sin demasiado agobio hasta que los amores de Landry dieron un escándalo y a la pena de Sylvinet se sumó toda la que le aconteció a su hermano.

XXVIII

Fue Madelon la que descubrió el pastel, y lo hizo sin mala intención, pues incluso le sacó un partido desventajoso. Se había consolado con facilidad de Landry y, como no había perdido mucho tiempo en quererlo, no había necesitado mucho para olvidarlo. No obstante, se le había quedado por dentro un rencorcillo que no esperaba sino la ocasión de manifestarse, pues es muy cierto que en las mujeres el despecho dura más que la contrariedad.

Así fue como ocurrieron las cosas. La hermosa Madelon, que tenía fama de seria y de altanera con los muchachos, era, sin embargo, coqueta bajo cuerda y ni la mitad de formal y de fiel que el pobre cricrí, del que tan mal habían hablado y augurado. Así pues, Madelon había tenido ya dos enamorados, sin contar a Landry, y ya se estaba inclinando por otro, que era primo suyo, el segundo de los hijos del compadre Caillaud, de La Priche. Tanto se inclinó que, como la vigilaba el último al que había dado esperanzas, y temiendo que le montase un escándalo, al no saber dónde ocultarse para conversar a

gusto con el nuevo, dejó que este la convenciera de ir de palique al palomar donde, precisamente, tenía Landry honestas citas con Fadette.

Cadet Caillaud había buscado la llave del palomar y no la había encontrado porque Landry la tenía siempre en el bolsillo; y no se había atrevido a pedírsela a nadie porque no tenía buenas razones para explicar la petición. De forma tal que a nadie, salvo a Landry, le preocupaba saber dónde estaba. Cadet Caillaud, pensando que se habría perdido o que la tendría su padre en su manojo de llaves, no vaciló en forzar la puerta. Pero, el día en que lo hizo, allí estaban Landry y la Fadette, y los cuatro enamorados se quedaron muy corridos al verse mutuamente. Esto fue lo que los movió a todos por igual a callarse y no dar un cuarto al pregonero.

Pero Madelon tuvo como un rebote de celos y de enfado al ver que Landry, que se había convertido en uno de los mozos más guapos de la comarca, y de los más estimados, le guardaba tan gran fidelidad a la Fadette desde la fiesta de San Andoche, e hizo el propósito de vengarse. Para ello, sin contarle nada a Cadet Caillaud, que era un mozo cabal y no se habría prestado, se buscó la ayuda de una o dos mocitas amigas suyas, quienes, un poco despechadas también por el desprecio que parecía hacerles Landry al no haber vuelto nunca a sacarlas a bailar, empezaron a vigilar tan bien a la Fadette que no necesitaron mucho tiempo para contar con la seguridad de su relación con Landry. Y, no bien los hubieron espiado y visto una o dos veces juntos, alborotaron toda la comarca, contando a quien quisiera oírlas, y bien sabe Dios que la maledicencia no carece de oídos dispuestos a escucharla ni de lenguas que la repitan, que Landry había caído en malos tratos con la Fadette.

Entonces toda la juventud femenina metió baza, pues, cuando un mozo bien parecido y con posibles le hace caso a alguna, es como si insultase a todas las demás; y si hay forma de despellejar a esa persona nadie se priva de hacerlo. Puede decirse también que, cuando las mujeres le sacan partido a una maldad, esta llega lejos sin demora.

Así pues, pasados quince días de la aventura de la Torre de Jacot, sin que salieran a relucir ni la torre ni Madelon, que había tenido buen cuidado de no figurar y fingía incluso que se estaba enterando, como si de una novedad se tratara, de lo que había sido ella la primera en desvelar en sordina, todo el mundo estaba al tanto, pequeños y mayores, viejas y jóvenes, de los amores de Landry el mielgo y de la Fadette el cricrí.

Y el rumor llegó a los oídos de la comadre Barbeau, que se afligió

mucho y no quiso comentárselo a su hombre. Pero el compadre Barbeau se enteró por otro lado, y Sylvain, que tan discretamente le había guardado el secreto a su hermano, tuvo el disgusto de ver que todo el mundo lo sabía.

Ahora bien, una tarde, cuando Landry estaba pensando en irse temprano del Mielgar como solía, su padre le dijo, delante de su madre, de su hermana mayor y de su mielgo:

–No tengas tanta prisa en dejarnos, Landry, que tengo que hablarte; pero estoy esperando a que llegue tu padrino, pues es delante de los familiares que se interesan más por tu suerte como quiero pedirte una explicación.

Y cuando hubo llegado el padrino, que era el compadre Landriche, el compadre Barbeau habló de la siguiente manera:

–Lo que tengo que decirte te dará algo de vergüenza, Landry mío; así que no es sin cierta vergüenza también por mi parte, y sintiéndolo mucho, como me veo obligado a oírte en confesión delante de tu familia. Pero espero que esta vergüenza te resulte saludable y te cure de un capricho que podría perjudicarte.

»Parece ser que has hecho una relación que data de la fiesta de San Andoche, hace cerca de un año. Me lo contaron desde el primer día, porque a nadie le cabía en la cabeza verte bailar un día de fiesta entero con la muchacha más fea, más sucia y con peor fama de toda nuestra comarca. No quise darle importancia, pensando que había sido una broma, y no puede decirse que me parecieran bien los hechos, porque, aunque no haya que tratar con las personas malas, tampoco es cosa de hacer que vaya a más su humillación y la desgracia que tienen de que las aborrezca todo el mundo. Di de lado hablarte del asunto, pensando, al verte triste al día siguiente, que tú mismo te lo reprochabas y que no volverías a las andadas. Pero resulta que, desde hace una semana más o menos, oigo decir muy otra cosa y, aunque se trate de personas dignas de crédito, no quiero fiarme de ellas a menos que me lo confirmes tú. Si he sido injusto en mis sospechas, no lo achaques sino al interés que por ti siento y al deber que tengo de vigilar tu comportamiento; pues, si se trata de una falsedad, me causarás una gran alegría al darme tu palabra y al hacerme saber que te han perjudicado equivocadamente en la opinión que de ti tengo.

–Padre –dijo Landry–, tenga a bien decirme de qué me acusa y le responderé acorde a la verdad y al respeto que le debo.

–Te acusan, Landry, creo que te lo he dado a entender lo suficiente, de tener un trato deshonesto con la nieta de la comadre Fadet, que es

una mujer bastante mala, por no hablar de que la madre de esa desgraciada joven abandonó de muy mala manera a su marido, a sus hijos y su tierra para irse detrás de los soldados. Te acusan de andar por todas partes con la Fadette, lo que me haría temer que te haya metido en malos amores de los que podrías tener que arrepentirte toda la vida. ¿Ya lo tienes claro?

–Lo tengo claro, mi querido padre –contestó Landry–, toléreme una pregunta más antes de que le responda. ¿Es por su familia o solo por ella por lo que ve vusté en Fanchon Fadet un conocimiento malo para mí?

–Es desde luego por una cosa y por la otra –contestó el compadre Barbeau con algo más de severidad de la que había usado al principio, pues había esperado encontrarse a Landry muy contrito y lo veía tranquilo y como resuelto a todo–. De entrada –añadió–, una mala parentela es una fea mancha y una familia estimada y honorable como la mía no querría nunca una alianza con la familia Fadet. A continuación, la Fadette en sí no inspira estima alguna ni confianza a nadie. La hemos visto crecer y sabemos todos lo que vale. Sí que he oído decir, y lo reconozco porque la he visto dos o tres veces, que lleva un año portándose mejor, que ya no anda por ahí con los chicos pequeños y que no le habla mal a nadie. Ya ves que no quiero dar de lado la justicia; pero eso no me basta para creer que una niña tan mal criada llegue a ser una mujer honrada; y, conociendo a la abuela como la conozco, me sobran razones para pensar que hay ahí una intriga montada para arrancarte una promesa, avergonzarte y ponerte en un aprieto. Me han dicho incluso que la chiquilla estaba preñada, cosa que no quiero creer a la ligera, pero que me disgustaría mucho porque te lo achacarían y te lo reprocharían a ti y podría acabar la cosa en pleito y escándalo.

Landry, que desde la primera palabra se había prometido ser prudente y explicarse con suavidad, perdió la paciencia. Se puso encendido como la llama y dijo, levantándose:

–Padre, quienes le hayan dicho eso le han mentido como perros. De tal modo han insultado a Fanchon Fadet que, si los tuviera delante, tendrían que desdecirse o que pelear conmigo hasta que uno de nosotros cayera. Dígales que son unos cobardes y unos paganos, y que vengan a decírmelo a la cara, eso que le han insinuado a vusté a traición. Y ¡no llevarán las de ganar!

–No te pongas así, Landry –dijo Sylvinet, agobiado de pena–; mi padre no te acusa de haber perjudicado a esa muchacha; pero teme

que se haya puesto en apuros con otros y quiera dar a creer, andando día y noche contigo, que eres tú quien le debe una reparación.

La voz de su mielgo amansó un tanto a Landry, pero las palabras que decía no pudieron pasar sin que él las comentase.

–Hermano –dijo–, no sabes de qué estás hablando. Siempre has tenido prejuicios contra la Fadette y no la conoces. Me preocupa bien poco lo que puedan decir de mí; pero no toleraré lo que digan contra ella y quiero que mi padre y mi madre sepan por mí, para que se tranquilicen, que no hay en la tierra dos muchachas tan honradas, tan prudentes, tan buenas, tan desinteresadas como esta. Si tiene la desgracia de estar mal emparentada, tanto más mérito tiene en ser como es y nunca habría creído que unas almas cristianas pudieran reprocharle la desgracia de su nacimiento.

–Vusté mismo parece estar reprochándome algo, Landry –dijo el compadre Barbeau poniéndose de pie para demostrarle que no toleraba que la cosa fuera a más entre ellos–. Veo por su enfado que se interesa por la Fadette esa más de lo que a mí me habría gustado. Ya que ni se avergüenza ni lo lamenta, no volveremos a mencionarlo. Ya veré yo lo que me queda por hacer para evitarle un atolondramiento de juventud. Ya es hora de que vuelva a casa de sus amos.

–No vais a separaros así –dijo Sylvinet, sujetando a su hermano, que ya se marchaba–. Padre, aquí tiene a Landry, que siente tanta pena por haberlo disgustado que no puede decir nada. Dele su perdón y un abrazo porque se va a pasar la noche llorando y sería demasiado castigo por ese descontento suyo.

Sylvinet lloraba, la comadre Barbeau lloraba y también la hermana mayor y el tío Landriche. Solo el compadre Barbeau y Landry tenían los ojos secos; pero el corazón muy apesadumbrado y los obligaron a darse un abrazo. El padre no exigió ninguna promesa, pues bien sabía que en los casos de amor las promesas son arriesgadas y no quería que quedase comprometida su autoridad; pero le dio a entender a Landry que aquello no había terminado y que volvería a salir a colación. Landry se marchó, enojado y descolocado. A Sylvinet bien le habría gustado seguirlo, pero no se atrevió porque se figuraba que iba a contarle su disgusto a la Fadette; y se acostó tan triste que se pasó toda la noche suspirando y soñando con desgracias en la familia.

Landry fue a llamar a la puerta de la Fadette. La comadre Fadet se había quedado tan sorda que, en cuanto se dormía, nada podía despertarla ya; y, desde hacía una temporada, Landry, al verse descubierto, no podía charlar con Fanchon más que por las noches, en

la habitación donde dormían la vieja y Jeanet; e incluso allí corría un gran riesgo, porque la vieja bruja no podía ni verlo y lo habría echado a escobazos y no, desde luego, con cortesías. Landry le contó su pena a la Fadette y la encontró muy conforme y valerosa. De entrada, intentó convencerlo de que haría bien, en su propio interés, en retirarle su cariño y no volver a pensar en ella. Pero, cuando lo vio cada vez más disgustado y sublevado, lo animó a que obedeciera dándole esperanza para el tiempo por venir.

–Mira, Landry –le dijo–, siempre tuve previsto lo que ahora nos pasa y he pensado con frecuencia en qué haríamos llegado el caso. Tu padre no anda errado y no le guardo rencor porque es por el gran cariño que te tiene por lo que teme verte enamorado de una persona con tan pocos méritos como yo. Así que le perdono ese poco de orgullo e injusticia con que me trata, porque no podemos no estar de acuerdo en que mi primera juventud fue alocada, e incluso tú me lo reprochaste el día en que empezaste a quererme. Aunque desde hace un año haya enmendado mis defectos, no es tiempo suficiente para que él se fíe, como te ha dicho hoy. Tiene que pasar más tiempo para dejarlo atrás y, poco a poco, los prejuicios que había contra mí y las feas mentiras que dicen ahora desaparecerán por sí solas. Tu padre y tu madre verán que soy formal y que no quiero ni malearte ni sacarte dinero. Le harán justicia a la amistad cabal que te tengo y podremos vernos y hablarnos sin escondernos de nadie; pero, entretanto, tienes que obedecer a tu padre, que estoy segura de que va a prohibirte que me trates.

–Nunca tendré valor para eso –dijo Landry–; preferiría tirarme al río.

–¡Bueno, pues si tú no lo tienes, lo tendré por ti! –dijo la Fadette–. Me iré yo, saldré de la comarca por una temporada. Hace ya dos meses que me están ofreciendo una buena colocación en la ciudad. Mi abuela está tan sorda y tan vieja que ya casi no se dedica a hacer ni a vender sus drogas ni puede atender a consultas. Tiene una pariente muy buena que le ofrece venir a vivir con ella y que la cuidará bien, y también a mi pobre saltón…

A la Fadette se le quebró la voz por un instante al pensar en separarse de ese niño que era, junto con Landry, lo que más quería en el mundo; pero recobró el valor y dijo:

–Ahora ya es suficientemente fuerte para no necesitarme. Va a hacer la primera comunión y el entretenimiento de ir al catecismo con los demás niños lo distraerá de la pena de que yo me vaya. Te habrás

fijado en que se ha vuelto bastante sensato y que los otros chiquillos ya no le hacen rabiar. En fin, es preciso, ¿sabes, Landry? Es preciso que me olviden un poco porque, ahora mismo, hay mucho enfado y mucha envidia contra mí en la comarca. Cuando haya pasado lejos un año o dos, y vuelva con buenas recomendaciones y buena fama, que conseguiré mejor en otra parte que aquí, nos dejarán en paz y estaremos más apegados que nunca.

Landry no quiso oír semejante propuesta; cuanto hizo fue desesperarse y volvió a La Priche en un estado que habría movido a compadecerse a la persona de peor corazón.

Dos días después, cuando llevaba la cuba para la vendimia, Cadet Caillaud le dijo:

–Veo, Landry, que me guardas rencor y que, desde hace una temporada, no me hablas. Crees seguramente que soy yo quien ha corrido la voz de tus amores con la Fadette y me contraría que puedas creer semejante villanía por mi parte. Tan cierto como que Dios está en los cielos, nunca he dicho ni pío e incluso me apena que te hayan dado tales disgustos; porque yo siempre te he apreciado mucho y nunca me he metido con la Fadette. Puedo decir incluso que le tengo estima a esa muchacha desde lo que nos pasó en el palomar, de lo que podría haber charlado por su lado y de lo que nunca ha sabido nadie nada por lo discreta que fue. Habría podido usarlo sin embargo para sus fines de vengarse de Madelon, pues bien sabe que es ella la autora de todos esos comadreos; pero no lo hizo, y veo, Landry, que no hay que fiarse de las apariencias ni de las reputaciones. La Fadette, que tenía fama de mala, ha sido buena; Madelon, que tenía fama de buena, ha sido una traidora, no solo con la Fadette y contigo, sino también conmigo, que ahora mismo estoy muy quejoso de su fidelidad.

Landry aceptó de mil amores las explicaciones de Cadet Caillaud y este lo consoló lo mejor que pudo de su pena.

–Te han dado muchos disgustos, mi pobre Landry –le dijo para terminar–, pero debe consolarte el buen comportamiento de la Fadette. Es muy propio de ella eso de irse para acabar con el padecimiento de tu familia y se lo acabo de decir cuando me he despedido según pasaba.

–¿Qué me dices, Cadet? –exclamó Landry–. ¿Se va? ¿Se ha ido?

–¿No lo sabías? –dijo Cadet–. Pensaba que era cosa convenida entre vosotros y que no la acompañabas para que no te censurasen. Pero te aseguro que se va; pasó delante de nuestra casa no hace más de un cuarto de hora y llevaba el hatillo bajo el brazo. Iba a Château-

Meillant y a estas horas no debe de haber llegado mucho más allá de Vieille-Ville o de la cuesta de Urmont.

Landry dejó la aguijada apoyada en el frontil de los bueyes, echó a correr y no paró hasta que hubo alcanzado a la Fadette en el camino de arena que baja desde las viñas de Urmont hasta la Fremelaine.

Allí, agotado por la pena y la apresurada carrera, cayó cruzado en el camino, sin poder hablarle, pero dándole a entender por señas que, antes de separarse de él, tendría que pasar por encima de su cadáver.

Cuando se hubo repuesto un poco, la Fadette le dijo:

–Quería ahorrarte este disgusto, mi querido Landry, y hete aquí que haces cuanto puedes para quitarme el valor. Sé un hombre y no me impidas tener coraje, necesito más del que crees y cuando pienso que Jeanet, mi pobre niño, ahora mismo me está buscando y llamando, me entra tal debilidad que poco me falta para abrirme la cabeza contra estas piedras. ¡Ay, te lo suplico, Landry, ayúdame en vez de desviarme de mi deber, porque, si no me marcho hoy, no me marcharé nunca y estaremos perdidos!

–Fanchon, Fanchon, no necesitas tanto valor –contestó Landry–. Solo lo lamentas por un niño que se consolará enseguida, porque es niño. No piensas en mi desesperación; no sabes lo que es el amor; no me tienes ninguno y me olvidarás enseguida, con lo cual es posible que no vuelvas nunca.

–Volveré, Landry, a Dios pongo por testigo de que volveré, dentro de un año por lo menos, dentro de dos como mucho, y tan poco te voy a olvidar que no tendré nunca ni otro amigo ni otro enamorado que tú.

–Otro amigo es posible, Fanchon, porque nunca encontrarás ninguno tan rendido a ti como lo estoy yo; pero otros enamorados, eso no lo sé. ¿Quién puede responderme de eso?

–¡Yo te respondo de ello!

–Tú tampoco lo sabes, Fadette, no has amado nunca y, cuando el amor te llegue, no te acordarás de tu pobre Landry. ¡Ay, si me hubieras querido como te quiero yo, no me dejarías así!

–¿Tú crees, Landry? –dijo la Fadette, mirándolo con expresión triste y muy seria–. Es bien posible que no sepas lo que dices. Yo creo que el amor me obligaría más aún de lo que me obliga la amistad.

–Pues, si fuera el amor lo que te obligase, no tendría tanta pena. ¡Ay, sí, Fanchon, si fuera el amor casi creo que sería muy dichoso en mi desdicha! Tendría confianza en tu palabra y esperanza en el porvenir; tendría el valor que tienes tú, ¡de verdad!… Pero no es

amor, me lo has dicho muchas veces y lo he visto por la gran tranquilidad que se te ve a mi lado.

–¿Así que crees que no es amor? –dijo la Fadette–. ¿Estás completamente seguro?

Y, sin dejar de mirarlo, se le llenaron los ojos de lágrimas, que le rodaron por las mejillas mientras sonreía de forma muy extraña.

–¡Ay, Dios mío, Dios mío! –exclamó Landry tomándola en sus brazos–. ¡Ojalá estuviera equivocado!

–¡Yo bien creo que estás equivocado, desde luego! –contestó la Fadette, sin dejar de sonreír y de llorar–; bien creo que desde la edad de trece años el pobre cricrí puso en Landry los ojos y nunca los puso en nadie más. Bien creo que cuando lo seguía por el campo y por los caminos, diciéndole sandeces y metiéndose con él para obligarlo a hacerle caso, no sabía aún lo que hacía ni lo que la llevaba a hacerlo. Bien creo que cuando se puso un día a buscar a Sylvinet, sabiendo que Landry estaba con ese cuidado, y lo encontró a la orilla del río, todo pensativo, con un corderito en las rodillas, se las dio un poco de bruja con Landry para que a Landry no le quedase más remedio que estarle agradecido. Bien creo que cuando lo insultó en el vado de Les Roulettes fue porque tenía rabia y pena de que nunca hubiera vuelto a hablarle desde entonces. Bien creo que, cuando quiso bailar con él, fue porque estaba loca por él y contaba con gustarle con su bonita forma de bailar. Bien creo que, cuando lloraba en la cantera de Le Chaumois, era por el arrepentimiento y el disgusto de haberle desagradado. Bien creo también que, cuando él quería besarla y ella se negaba, que cuando él le hablaba de amor y ella le contestaba con palabras de amistad, era por el miedo que tenía de perder ese amor al contentarlo demasiado deprisa. Y creo, para terminar, que si se marcha con el corazón destrozado es por la esperanza que tiene de volver siendo digna de él en el pensamiento de todo el mundo y poder convertirse en su mujer sin desconsolar ni avergonzar a su familia.

Esta vez Landry pensó que iba a volverse loco del todo. Reía, gritaba y lloraba; y le besaba a Fanchon las manos y el vestido; y le habría besado los pies si se lo hubiera consentido; pero ella lo incorporó y le dio un verdadero beso de amor que estuvo a punto de matarlo, pues era el primero que de ella, o de cualquier otra, recibía; y, mientras se desplomaba, como en un pasmo, a la orilla del camino, ella recogió el hato, toda colorada y vergonzosa, y escapó prohibiéndole que la siguiera y jurándole que volvería.

Landry cedió y regresó a la vendimia, muy sorprendido de no sentirse desgraciado, como se esperaba, pues muy dulce resulta saberse amado y mucha es la fe cuando se ama mucho. Estaba tan asombrado y tan satisfecho que no pudo por menos de contárselo a Cadet Caillaud, quien se asombró también y admiró a la Fadette por haber sabido defenderse tan bien de toda flaqueza y toda imprudencia desde que empezó a querer a Landry y este a quererla a ella.

–Me alegro –le dijo– de que esa muchacha tenga tantas prendas, pues yo, por mi parte, nunca tuve mala opinión de ella y puedo incluso decir que, si se hubiera fijado en mí, no le habría hecho ascos. Con esos ojos que tiene, siempre me pareció más guapa que fea y desde hace una temporada todo el mundo habría podido ver, si hubiese querido ella gustar, que cada día se volvía más agradable. Pero solo te quería a ti, Landry, y se conformaba con no desagradar a los demás; no buscaba más aprobación que la tuya y te aseguro que una mujer con semejante carácter me habría convenido muy bien. Por lo demás, aunque la haya conocido muy pequeña y muy niña, siempre consideré que tenía un gran corazón y, si pidiésemos a todos, uno por uno, que dijesen en conciencia y con verdad qué piensan y qué saben de ella, todos se verían en la obligación de hablar a su favor; pero el mundo está hecho de tal forma que, cuando dos o tres personas la toman con otra, todas meten baza, la acusan y le dan mala reputación sin que se sepa muy bien por qué, y como si fuera por el gusto de aplastar a quien no puede defenderse.

Landry se sentía muy aliviado al oírle tales razonamientos a Cadet Caillaud y, desde aquel día, hizo gran amistad con él y se consoló un poco de sus penas al contárselas con confianza. E incluso le dijo un día:

–No vuelvas a pensar en la Madelon esa que no vale nada y nos ha dado tantos disgustos a los dos, mi buen Cadet. Eres de mi misma edad y no te corre ninguna prisa casarte. Y resulta que yo tengo una hermana pequeña, Nanette, que es bonita como un sol, bien educada, dulce y encantadora, y que va a cumplir los dieciséis. Ven a vernos algo más a menudo; mi padre te tiene en mucho aprecio y, cuando conozcas bien a nuestra Nanette, ya verás que no pensarás en nada mejor que en convertirte en mi cuñado.

–A fe mía que no te digo que no –contestó Cadet–, y si la muchacha no está comprometida por otro lado, iré a tu casa todos los domingos.

La noche de la marcha de Fanchon Fadet, Landry quiso ir a ver a su padre para ponerlo al tanto del buen comportamiento de aquella muchacha a la que había juzgado mal y, al tiempo, para presentarle, con completa reserva en cuanto al porvenir, su sumisión presente. Le dio mucha pena pasar delante de la casa de la comadre Fadet; pero hizo de tripas corazón diciéndose que, si no se hubiera ido Fanchon, a lo mejor habría tardado mucho en saber lo dichoso que era porque ella lo quisiera. Y vio a la comadre Fanchette, que era la pariente y la madrina de Fanchon que había ido para atender a la vieja y al niño en su lugar. Estaba sentada delante de la puerta con el saltón en las rodillas. El pobre Jeanet lloraba y no quería irse a la cama porque, a lo que decía, aún no había vuelto su Fanchon y era ella quien tenía que hacerlo rezar y acostarlo. La comadre Fanchette lo consolaba lo mejor que podía y Landry oyó con agrado que le hablaba con mucha dulzura y apego. Pero, en cuanto el saltón vio pasar a Landry, se le escapó de las manos a la Fanchette, dejándose casi en la empresa una de las patas, y corrió a echársele encima al mielgo, abrazándose a él y haciéndole preguntas y requiriéndolo para que hiciera volver a su Fanchon. Landry lo cogió en brazos y, llorando, lo consoló como pudo; quiso darle un hermoso racimo de uvas que le llevaba en un cestito a la comadre Barbeau de parte de la comadre Caillaud; pero Jeanet, que solía ser bastante goloso, no quiso nada sino que Landry le prometiera ir a buscar a su Fanchon y Landry tuvo que prometérselo suspirando, pues de otro modo la Fanchette no habría podido hacer carrera de él.

El compadre Barbeau no se esperaba la gran decisión de la Fadette. Lo satisfizo; pero le quedó como un remordimiento por lo que ella había hecho, pues era un hombre justo y de buen corazón.

–Me contraría, Landry –dijo–, que no hayas tenido valor para dejar de tratarla. Si hubieras cumplido con tu deber, no habrías dado motivo a que se fuera. Dios quiera que a esa niña no le dé que sentir su nueva condición y que su ausencia no perjudique a su abuela y a su hermanito; pues, aunque hay mucha gente que habla mal de ella, hay también algunos que la defienden y que me han asegurado que era muy buena y muy servicial con su familia. Si eso que me han dicho de que estaba preñada es una falsedad, ya acabaremos por enterarnos y la defenderemos como es debido; si, por desgracia, es cierto y eres tú el culpable, Landry, la asistiremos y no la dejaremos caer en la miseria. Que no te cases nunca con ella, Landry, es lo único que te exijo.

–Padre –dijo Landry–, vemos el asunto de forma diferente vusté y

yo. Si fuera culpable de lo que vusté piensa, le pediría, al contrario, permiso para casarme con ella. Pero, como la Fadette es tan inocente como mi hermana Nanette, lo único que le pido ahora es que me perdone el disgusto que le he dado. De ella ya hablaremos más adelante, como vusté me ha prometido.

No le quedó más remedio al compadre Barbeau que pasar por esa condición de no insistir más. Era demasiado prudente para apurar las cosas y debía darse por contento con lo que había conseguido.

A partir de ese momento, no se volvió a hablar de la Fadette en el Mielgar. Evitaron incluso mencionarla, pues Landry se ponía encarnado y, acto seguido, pálido cuando a alguien se le escapaba su nombre en presencia suya, y era fácil ver que no la tenía más olvidada que el primer día.

XXXI

Al principio Sylvinet sintió como una alegría egoísta al enterarse de la marcha de la Fadette, y abrigó la esperanza de que en adelante su mielgo solo lo quisiera a él y no volviera a dejarlo por nadie. Pero no ocurrió nada de eso. Sylvinet era, desde luego, lo que más quería Landry en el mundo después de la Fadette, pero no podía tratarlo con agrado mucho rato porque Sylvinet no quiso dejar su aversión por Fanchon. En cuanto Landry intentaba hablarle de ella y ponerlo de su parte, Sylvinet se dolía, le reprochaba que se obstinase en una idea que tanto desagradaba a sus padres y tanto lo afligía a él. En vista de lo cual Landry no la volvió a nombrar, pero, como no podía vivir sin hablar de ella, repartía el tiempo entre Cadet Caillaud y Jeanet, a quien se llevaba de paseo, tomaba el catecismo e instruía y consolaba lo mejor que podía. Y, cuando lo encontraban con el niño, se habrían reído de él si se hubiesen atrevido. Sin embargo, dejando aparte el hecho de que Landry nunca permitía que lo atropellasen en nada, más bien le sacaba motivo de orgullo que de vergüenza a mostrar su amistad por el hermano de Fanchon Fadet y era así como protestaba contra los dichos de quienes aseguraban que el compadre Barbeau, con su saber, no había tardado en acabar con ese amor. Sylvinet, al ver que su hermano no volvía tanto como él habría querido y hallándose en el caso de estar celoso de Jeanet y de Cadet Caillaud, y al ver, por otra parte, que su hermana Nanette, quien hasta entonces siempre lo había consolado y alegrado con cuidados muy dulces y atenciones muy mimosas, empezaba a sentir mucho agrado en el trato con el ya mencionado Cadet Caillaud, inclinación que ambas familias veían con muy buenos ojos, el pobre Sylvinet, pues, que soñaba con llevarse él solo el apego de todos aquellos a quienes quería, cayó en un hastío mortal, en una languidez singular y tanto se le ensombreció el carácter que ya no se sabía por dónde cogerlo para contentarlo. Ya no se reía nunca, a nada le hallaba gusto, no podía trabajar de tanto como se consumía e iba perdiendo fuerzas. Acabaron por temer por su vida, pues casi nunca se le iba la fiebre y, cuando le subía algo más que de costumbre, decía cosas sin mucho sentido y crueles para el corazón de sus padres. Aseguraba que no lo quería nadie, él a quien habían mimado y consentido más que a cualquiera de los demás de la familia. Deseaba morirse, diciendo que no valía para nada, que se lo perdonaban porque se compadecían de su estado, pero que era una carga para sus padres y que el mayor favor que podría hacerles Dios

sería librarlos de él.

A veces, el compadre Barbeau, al oír esas palabras tan poco cristianas, se las reprochaba con severidad. Cosa que no traía nada bueno. En otras ocasiones, el compadre Barbeau lo instaba llorando a que le hiciera más justicia a su afecto. Era aún peor: Sylvinet lloraba, se arrepentía, pedía perdón a su padre, a su madre, a su mielgo, a toda la familia, y volvía la fiebre, más fuerte, tras haber dado rienda suelta al amor excesivo de su corazón enfermo.

Volvieron a consultar con los médicos. No consiguieron gran cosa. Les vieron en la cara que opinaban que todo el daño venía de esa mielguería que tenía que matar al uno o al otro, lógicamente al más débil de los dos. Consultaron también a la sanadora de Clavières, la mujer más sabia del cantón después de la Sagette, que se había muerto, y de la comadre Fadet, que empezaba a chochear. Esa diestra mujer le contestó a la comadre Barbeau:

–Solo una cosa podría salvar a su hijo: que les tuviera afición a las mujeres.

–Y precisamente no las soporta –dijo la comadre Barbeau–, nunca se ha visto a un muchacho tan orgulloso y tan formal; y, desde que a su mielgo se le ha metido el amor en la cabeza, no ha hecho sino hablar mal de todas las muchachas a las que conocemos. A todas les reprocha que una de ellas (y no la mejor, por desgracia) le haya quitado, como asegura él, el corazón de su mielgo.

–Pues bien –dijo la sanadora, que tenía mucho criterio para todas las enfermedades del cuerpo y del alma–, su hijo Sylvinet el día en que quiera a una mujer la querrá más locamente aún de lo que quiere a su hermano. Ya se lo predigo. Tiene sobreabundancia de amor en el corazón y, como siempre la ha puesto en su mielgo, casi se le ha olvidado su sexo, y en eso ha faltado a la ley de Dios, que dice que el hombre tiene que querer a una mujer más que a su padre y a su madre, más que a sus hermanos y hermanas. Pero consuélese, porque es imposible que la naturaleza no le hable de aquí a poco, por muy retrasado que ande en ese pensamiento; y a la mujer a la que quiera, ya sea pobre, o fea, o mala, no duden en dársela en matrimonio, pues bien parece que solo querrá a una en la vida. Tiene el corazón demasiado apegado para que le pase eso y, si se necesita un gran milagro de la naturaleza para que se aparte un poco de su mielgo, se necesitaría uno aún mayor para que se apartase de la persona a quien llegase a preferirle.

La opinión de la sanadora le pareció muy sensata al compadre

Barbeau, e intentó enviar a Sylvinet a las casas en las que había muchachas casaderas guapas y buenas. Pero, aunque Sylvinet fuera un real mozo y bien criado, su expresión indiferente y triste no les alegraba el corazón a las muchachas. No se le insinuaban; y él, que era tan tímido, se imaginaba, a fuerza de temerlas, que las aborrecía.

El compadre Caillaud, que era el gran amigo y uno de los mejores consejeros de la familia, abrió el cauce entonces a otra opinión:

–Siempre le he dicho a vusté –afirmó– que la ausencia era el mejor remedio. ¡Vea a Landry! Lo trastornaba la Fadette, pero cuando la Fadette se ha ido no ha perdido ni la razón ni la salud, está incluso menos triste de lo que estaba a menudo, pues lo habíamos notado y no sabíamos el motivo. Ahora parece de lo más sensato y dócil. Lo mismo le ocurriría a Sylvinet si estuviera cinco o seis meses sin ver a su hermano. Voy a decirle la forma de irlos separando despacio. Mi granja de La Priche va bien; pero mi hacienda, que cae por la zona de Arthon, no puede ir peor, porque desde hace más o menos un año mi colono está enfermo y no consigue reponerse. No quiero echarlo, pues es en verdad un hombre cabal. Pero si pudiera mandarle a un buen trabajador para que lo ayudase se repondría, porque solo está enfermo de cansancio y de demasiado coraje. Si consiente vusté, enviaré a Landry a que pase en mi hacienda lo que queda de la estación. Haremos que se marche sin decirle a Sylvinet que es para largo. Le diremos, por el contrario, que es para ocho días, y luego, cuando pasen los ocho días, le hablaremos de otros ocho días, y siempre así hasta que se haga a la idea; siga mi consejo, en vez de estar siempre bailando el agua al capricho de un niño al que ha protegido demasiado y dado demasiada potestad en casa.

El compadre Barbeau se inclinaba por seguir el consejo, pero a la comadre Barbeau le daba miedo. Temía que fuera para Sylvinet el golpe que lo matase. Hubo que transigir con ella; pedía que se probase primero a dejar a Landry quince días en casa para saber si su hermano, al verlo a todas horas, se curaba. Si, por el contrario, empeoraba, aceptaría la opinión del compadre Caillaud.

Así lo hicieron. Landry fue de buen grado a pasar el tiempo requerido en el Mielgar y lo llamaron so pretexto de que su padre lo necesitaba para trillar lo que quedaba de la mies, ya que Sylvinet no podía trabajar. Landry puso todo su esmero y toda su bondad en que su hermano estuviera contento de él. Lo veía a todas horas, dormía en la misma cama, lo cuidaba como a un niño pequeño. El primer día, Sylvinet estuvo muy alegre, pero el segundo aseguró que Landry se

aburría con él y Landry no pudo quitarle esa idea. El tercer día, Sylvinet se enfadó porque el saltón fue a ver a Landry y Landry no tuvo corazón para despedirlo. Finalmente, al cabo de la semana, hubo que renunciar, pues Sylvinet se volvía cada vez más injusto, exigente y celoso de su sombra. Entonces pensaron en llevar a cabo la idea del compadre Caillaud, y aunque a Landry no le apetecía ir a Arthon, entre desconocidos, él a quien tanto le gustaban su lugar, su trabajo, su familia y sus amos, se sometió a cuanto le aconsejaban que hiciera por el bien de su hermano.

XXXII

En esta ocasión, a punto estuvo Sylvinet de morirse el primer día, pero el segundo ya estuvo más tranquilo y al tercero se le quitó la fiebre. Primero le llegó la resignación, y luego la resolución; y, al cabo de la primera semana, reconocieron que la ausencia de su hermano le sentaba mejor que su presencia. Hallaba, en el razonamiento que en secreto le hacían los celos, motivo para estar casi satisfecho de la marcha de Landry. Al menos, se decía, en el sitio al que va y donde no conoce a nadie, tardará en hacer nuevas amistades. Se aburrirá un poco, se acordará de mí y me echará de menos. Y, cuando vuelva, me querrá más.

Hacía ya tres meses que Landry estaba fuera y alrededor de un año que la Fadette se había ido de la comarca cuando volvió de repente porque a su pobre abuela le había dado una parálisis. La cuidó con gran cariño y gran celo, pero la edad es la peor de las enfermedades y al cabo de quince días la comadre Fadet entregó el alma sin percatarse de ello. Tres días después, tras haber acompañado el cuerpo de la pobre anciana al cementerio, haber ordenado la casa, desnudado y acostado a su hermano y besado a su buena madrina, que se había retirado para dormir en el otro cuarto, estaba la Fadette sentada, muy triste, ante su humilde fuego, que no alumbraba, y oía cantar al cricrí de su hogar, que parecía decirle:

> Cricrí, cricrí, cricrí chiquito,
> a toda duende, su trasguito.

Caía la lluvia y crepitaba en los cristales, y Fanchon pensaba en su enamorado cuando llamaron a la puerta y una voz le dijo:

–Fanchon Fadet, ¿está ahí y me reconoce?

No anduvo remisa en ir a abrir y grande fue su alegría al permitir que la estrechase contra el pecho su amigo Landry. Landry se había enterado de la enfermedad de la abuela y del regreso de Fanchon. No había podido resistirse al deseo de verla y acudía de noche para volverse con el día. Pasaron, pues, toda la noche charlando cabe el fuego, muy serios y muy formales, pues la Fadette recordaba a Landry que la cama en que había entregado el alma su abuela apenas si se había enfriado y que no eran ni la hora ni el lugar para ceder a la felicidad. Pero, pese a sus buenas resoluciones, se sintieron muy dichosos por estar juntos y al ver que se querían más de lo que se

habían querido nunca.

Cuando ya apuntaba el día, Landry empezó a perder valor y le rogaba a Fanchon que lo escondiese en su desván para poder verla otra vez la siguiente noche. Pero, como siempre, ella lo devolvió a la razón. Lo puso al tanto de que no iban a estar ya separados mucho tiempo, pues había resuelto quedarse en la comarca.

–Tengo para eso –le dijo– razones que ya te haré saber más adelante y que no van a perjudicar la esperanza que tengo de que nos casemos. Ve a terminar el trabajo que te ha encomendado tu amo, ya que, según me ha contado mi madrina, es útil para la curación de tu hermano que esté aún algún tiempo sin verte.

–Esta es la única razón que pueda decidirme a separarme de ti –contestó Landry–, pues mi pobre mielgo me ha dado muchos disgustos y temo que me va a seguir dando más. Tú, que tantas cosas sabes, Fanchonette, deberías encontrarme un medio para curarlo.

–No sé de otro que no sea el razonar –contestó ella–, pues es el pensamiento lo que le enferma el cuerpo; y quien pudiera curarle uno curaría el otro. Pero siente tanta aversión por mí que no tendré nunca ocasión de hablarle y de dispensarle consuelos.

–Y sin embargo tienes tanto ingenio, Fadette, y hablas tan bien, tienes un don tan particular para convencer de lo que quieras cuando le pones empeño que, si le hablases solo una hora, notaría el efecto. Prueba a hacerlo, te lo pido. Que no te echen para atrás ni su orgullo ni su mal talante. Oblígalo a escucharte. Haz este esfuerzo por mí, Fanchon mía, y también por el buen fin de nuestros amores, porque la oposición de mi padre no va a ser el menor de nuestros inconvenientes.

Fanchon lo prometió y se separaron después de haberse repetido más de doscientas veces que se querían y que se querrían siempre.

XXXIII

Nadie supo en la comarca que Landry había ido por allí. Si alguien se lo hubiera podido decir a Sylvinet, habría conseguido que recayera; pues no le habría perdonado a su hermano que hubiera ido a ver a la Fadette y a él no.

Transcurridos dos días, la Fadette se vistió con mucho esmero, pues no era ya una pobretona y su ropa de luto era de buena sarga fina. Cruzó por el pueblo de La Cosse y, como estaba muy crecida, quienes la vieron pasar no la reconocieron de entrada. Se había embellecido mucho en la ciudad; por estar mejor alimentada y mejor alojada había mejorado de tez y de carnes tanto cuanto convenía a su edad, y no se la podía tomar ya por un muchacho disfrazado, pues tenía un porte bonito y lucido. El amor y la dicha le habían puesto también en la cara ese no sé qué que se ve sin poderlo explicar. No era, en fin, la muchacha más guapa del mundo, como imaginaba Landry, pero sí la más agradable, la de mejor figura, la más lozana y quizá la más deseable de toda la comarca.

Llevaba un cesto grande al brazo y entró en el Mielgar, donde dijo que quería hablar con el compadre Barbeau. Fue Sylvinet el primero en verla y se desvió de ella de tanto que le disgustaba encontrársela. Pero ella le preguntó dónde estaba su padre con tan buenos modales que no le quedó más remedio que contestarle y llevarla al granero donde el compadre Barbeau estaba cortando astillas. Tras rogar la Fadette al compadre Barbeau que la llevase a un lugar donde pudiera hablarle en secreto, cerró este la puerta del granero y le dijo que podía decirle cuanto quisiera.

La Fadette no dejó que la achicase la expresión seca del compadre Barbeau. Se sentó en una gavilla de paja y él, en otra; y le habló como sigue:

–Compadre Barbeau, aunque mi difunta abuela le tuviera rencor, y vusté rencor a ella, no es menos cierto que lo tengo por el hombre más justo y más de fiar de toda nuestra comarca. Todas las voces coinciden en eso e incluso mi propia abuela, por más que le reprochase que fuera orgulloso, le hacía esa misma justicia. He trabado, además, como bien sabe, una amistad que ya va para largo con su hijo Landry. A menudo me ha hablado de vusté y sé por él, mejor que por cualquier otro, lo que es y lo que vale. Por eso vengo a pedirle un favor y a depositar en vusté mi confianza.

–Hable, Fadette –contestó el compadre Barbeau–; nunca le he

negado mi ayuda a nadie y, si se trata de algo que no me prohíba mi conciencia, puede contar conmigo.

–De esto se trata –dijo la Fadette, levantando el cesto y poniéndoselo entre las piernas al compadre Barbeau–. Mi difunta abuela ganó en la vida, pasando consulta y vendiendo remedios, más dinero del que se pensaba; como no gastaba casi nada y no colocaba nada, no se podía saber qué tenía en un agujero antiguo del cillero, que me enseñó muchas veces diciendo: «Cuando ya no esté, aquí encontrarás lo que te haya dejado; es tu peculio y tu haber, y el de tu hermano; y si ahora os hago pasar algunas privaciones es para que contéis con más algún día. Pero no dejes que los picapleitos le pongan la mano encima, harían que se te fuera en gastos. Guárdalo cuando ya lo tengas y escóndelo toda la vida para usarlo cuando seas vieja y no carecer de nada».

»Así que, después de enterrar a mi pobre abuela, obedecí a lo que me había mandado; cogí la llave del cillero y quité los ladrillos de la pared en el sitio que ella me había indicado. Encontré lo que le traigo en este cesto, compadre Barbeau, rogándole que me lo coloque como a vusté le parezca, tras haber cumplido con la ley, que no me la sé, y haberme protegido de esos tremendos costes que me asustan.

–Mucho le agradezco la confianza, Fadette –dijo el compadre Barbeau sin abrir el cesto, aunque sintiera cierta curiosidad–, pero no tengo derecho a recibir su dinero y a velar por sus asuntos. No soy tutor suyo. Seguramente su abuela hizo testamento.

–No hizo testamento y la tutora que me da la ley es mi madre. Y resulta, como ya sabe, que hace mucho que no sé nada de ella y que no sé si la pobrecita vive o está muerta. Aparte de ella, no tengo más parentesco que mi madrina Fanchette, que es una mujer buena y honrada, pero del todo incapaz de administrar mi peculio e incluso de conservarlo y tenerlo a buen recaudo. No podría por menos de comentarlo y enseñárselo a todo el mundo, y me daría miedo que o lo colocase mal o que, a fuerza de dejar que lo sobasen los curiosos, lo hiciera mermar sin caer en ello; porque mi pobre y querida madrina no es de las que saben echar cuentas.

–¿Es, pues, un buen pellizco? –dijo el compadre Barbeau, que, a su pesar, no conseguía apartar la vista de la tapa del cesto, y lo agarró por el asa para sopesarlo. Pero lo encontró tan pesado que se asombró y dijo–: Si es calderilla, poco falta para la carga de un caballo.

A la Fadette, que era aguda a más no poder, le hizo gracia para sus adentros las ganas que tenía de ver el cesto. Hizo ademán de abrirlo;

pero al compadre Barbeau le habría parecido que faltaba a la dignidad al consentirlo.

–No es cosa que vaya conmigo –dijo–, y, puesto que no puedo hacerme cargo, no debo enterarme de sus asuntos.

–Pero por fuerza tiene, compadre Barbeau, que hacerme al menos este favorcillo –dijo la Fadette–. En pasando del cien, no soy mucho más capaz que mi madrina para las cuentas. Y, además, no sé el valor de todas las monedas antiguas y nuevas, y solo puedo fiarme de vusté para que me diga si soy rica o pobre y para saber con exactitud la cuenta de mi haber.

–Veamos, pues –dijo el compadre Barbeau, que ya no aguantaba más–; no es un gran favor el que me pide y no se lo debo negar.

Entonces la Fadette levantó prestamente las dos tapas del cesto y sacó dos taleguillas grandes; en cada una había dos mil escudos francos.

–¡Vaya, no está nada mal! –le dijo el compadre Barbeau–. Tiene aquí una dote muy apañada por la que va a pretenderla más de uno.

–Hay más –dijo la Fadette–; todavía queda en el fondo del cesto alguna cosilla que no sé qué es.

Y sacó una bolsa de piel de anguila que vació en el sombrero del compadre Barbeau. Había cien luises de oro con la acuñación antigua que le pusieron al buen hombre los ojos como platos; y, cuando los hubo contado y vuelto a meter en la piel de anguila, ella sacó otra de igual contenido, y luego la tercera, y luego la cuarta; y, al final, tanto en oro como en plata y moneda menuda, no había en el cesto mucho menos de cuarenta mil francos.

Le sacaba, aproximadamente, una tercera parte a toda la hacienda que tenía el compadre Barbeau en edificaciones; y, como la gente del campo no suele manejar dinero contante y sonante, este nunca había visto tanto junto.

Por muy honrado y por muy poco interesado que sea un campesino, no puede decirse que la vista del dinero lo disguste, así que al compadre Barbeau se le cubrió un momento la frente de sudor. Cuando lo hubo contado todo, dijo:

–Solo te faltan veintidós escudos para tener cuarenta veces mil francos, y puede decirse que heredas, por la parte que te toca, veinte mil hermosas libras contantes y sonantes; con lo que eres el mejor partido de la comarca, Fadette, y tu hermano, el Saltón, puede pasarse la vida siendo canijo y cojo; podrá ir a visitar sus bienes en carricoche. Alégrate pues; puedes considerarte rica y hacerlo saber si quieres

encontrar pronto un buen marido.

–No tengo prisa –dijo la Fadette– y le pido, al contrario, que me guarde el secreto de esta riqueza, compadre Barbeau. Tengo el capricho, ya que soy fea, de que no se case nadie conmigo por mi dinero, sino por mi buen corazón y mi buena reputación; y, como la tengo mala en esta tierra, quiero pasar aquí algún tiempo para que la gente se dé cuenta de que no me la merezco.

–En cuanto a su fealdad, Fadette –dijo el compadre Barbeau, alzando los ojos, que se le habían encariñado mucho con el cesto–, puedo decirle en conciencia que ha mejorado endemoniadamente y que tan bien se ha rehecho en la ciudad que ahora mismo se la puede considerar una muchacha muy hermosa. Y, en cuanto a su mala reputación, aunque, como me gusta creerlo, no se la merezca, aplaudo su idea de demorarse un poco y de ocultar su riqueza, pues no falta quien se deslumbraría hasta querer casarse con vusté sin sentir antes la estima que una mujer debe esperar de su marido.

»Y, ahora, en cuanto al depósito que quiere dejar en mis manos, iría contra la ley y podría exponerme más adelante a sospechas y a incriminaciones, pues no faltan malas lenguas, y, por lo demás, suponiendo que tenga el derecho de disponer de lo que es suyo, no lo tiene de colocar a la ligera lo que es de su hermano, menor de edad. Todo cuanto puedo hacer es consultar con alguien, sin nombrarla. Le haré saber entonces el modo de tener segura y con buenos rendimientos la herencia de su madre y la suya sin recurrir a chicanas ni picapleitos, que no todos son de fiar. Llévese pues todo esto y siga escondiéndolo hasta que le diga algo. Me pongo a su disposición, llegado el caso, para dar testimonio ante los mandatarios de su coheredero de a cuánto asciende la suma que hemos contado y que voy a anotar en un rincón del granero para que no se me olvide.

Era todo cuanto quería la Fadette: que el compadre Barbeau supiera de qué iba el asunto. Si sentía cierto orgullo delante de él por ser rica era porque ya no podía acusarla de querer aprovecharse de Landry.

XXXIV

El compadre Barbeau, al verla tan prudente, y reparando en su sutileza, no se dio tanta prisa en hacerle el depósito y la colocación como en informarse de la reputación que hubiera adquirido en Château-Meillant, donde había pasado el año. Pues, aunque tan buena dote lo tentase y lo moviese a hacer caso omiso de la mala parentela, muy otro caso era lo que tuviera que ver con el honor de la muchacha que pretendía tener por nuera. Fue, pues, en persona a Château-Meillant y se informó muy a conciencia. Le dijeron que no solo la Fadette no había llegado preñada ni había tenido un hijo, sino que además tan bien se había portado que no se le podía hacer el mínimo reproche. Había estado al servicio de una anciana monja perteneciente a la nobleza que se había complacido en tenerla de compañía más que de criada por el buen comportamiento, las buenas costumbres y el buen sentido que había visto en ella. La echaba mucho de menos y decía que era una cristiana cabal, animosa, ahorrativa, limpia, cuidadosa y con un carácter tan grato que nunca volvería a dar con otra igual. Y, como era una anciana bastante rica, era muy caritativa y ahí la secundaba maravillosamente la Fadette para cuidar a los enfermos, preparar los remedios e instruirse en varios estupendos secretos que su señora había aprendido en el convento antes de la Revolución.

El compadre Barbeau quedó muy satisfecho y se volvió a La Cosse decidido a aclarar las cosas hasta el final. Reunió a su familia y encargó a sus hijos mayores, a sus hermanos y a todas sus parientes que investigasen con prudencia el comportamiento de la Fadette desde que había llegado a la edad de la razón para que, si todo lo malo que se había dicho de ella no viniera sino de niñerías, fuera posible pasarlo por alto, mientras que, si alguien podía afirmar que la había visto cometer una mala acción o una indecencia, tuviera que seguir adelante, en contra de ella, con la prohibición que le había hecho a Landry de tratarla. Se llevó a cabo la investigación con la prudencia requerida, y sin que saliera a relucir la cuestión de la dote, pues nada le había dicho de ello a nadie, ni tan siquiera a su mujer.

Entretanto la Fadette vivía muy retirada en su casita en la que no quiso cambiar nada a no ser tenerla tan limpia que pudiera uno mirarse en los humildes muebles. Vistió decentemente a su saltoncillo y, como quien no quiere la cosa, le puso, y también a ella y a su madrina, un buen régimen de comida cuyos efectos no tardaron en

notarse en el niño; se restableció cuanto era posible y no tardó su salud en ser tan buena como se pudiera desear. La felicidad le enmendó pronto el carácter y, al no amenazarlo ni reprenderlo ya su abuela, al no encontrarse ya nunca más que caricias, palabras dulces y buenos tratos, se convirtió en un muchachito muy agradable, rebosante de ocurrencias graciosas y simpáticas y que no podía ya desagradar a nadie pese a la cojera y la naricilla chata.

Y, por otro lado, tanto habían cambiado la persona y las costumbres de Fanchon Fadet que las palabras malintencionadas se dieron al olvido y más de un mozo, al verla caminar tan presta y garbosa, habría deseado que se quitase ya el luto para poder cortejarla y sacarla a bailar.

Solo Sylvinet Barbeau no quiso rectificar su opinión. Se daba cuenta de que algo que tenía que ver con ella se estaba tramando en su familia, pues el padre no podía evitar mencionarla con frecuencia y, cuando le había llegado una retractación de alguna mentira antigua referida a Fanchon, se congratulaba por lo que beneficiaba a Landry, diciendo que no podía tolerar que hubieran acusado a su hijo de perjudicar a una joven inocente.

También se hablaba de la proximidad del regreso de Landry y el compadre Barbeau parecía deseoso de que el compadre Caillaud diera el visto bueno. Para colmo, Sylvinet bien veía que no iba a haber ya tantos reparos a los amores de Landry y le volvió la pena. La opinión, que es veleta al viento, giraba desde hacía poco a favor de la Fadette; nadie pensaba que fuera rica, pero agradaba y, por eso mismo, desagradaba tanto más a Sylvinet, que veía en ella a la rival de su cariño por Landry.

De vez en cuando, al compadre Barbeau se le escapaba delante de él la palabra «boda» y decía que sus mielgos no tardarían en estar en edad de pensar en ella. La boda de Landry siempre había sido una idea que desconsolaba a Sylvinet y algo así como la palabra definitiva de su separación. Le volvió la fiebre y la madre consultó de nuevo a los médicos.

Un día se encontró con la madrina Fanchette, quien, al oírla quejarse de su preocupación, le preguntó por qué iba a consultar a personas que caían tan lejos y costaban tanto dinero, siendo así que tenía a mano a una sanadora más hábil que todas las demás de la comarca y que no quería ejercer por dinero, como lo había hecho su abuela, sino solamente por amor a Dios y al prójimo. Y nombró a la Fadette.

La comadre Barbeau se lo comentó a su marido, a quien no le pareció mal. Le dijo que en Château-Meillant la Fadette tenía reputación de grandes conocimientos e iban a consultarla de todas partes no menos que a su señora.

La comadre Barbeau rogó, pues, a la Fadette que fuera a ver a Sylvinet, que estaba encamado, y a prestarle asistencia.

Fanchon había buscado más de una vez la ocasión de hablar con él, tal y como se lo había prometido a Landry, y él nunca se había prestado. No se hizo, pues, de rogar y se apresuró a ir a ver al pobre mielgo. Lo encontró dormido y con fiebre y rogó a la familia que la dejase a solas con él. Como es costumbre de las sanadoras actuar en secreto, nadie le llevó la contraria ni se quedó en la habitación.

La Fadette empezó por poner la mano sobre la del mielgo, que colgaba al filo de la cama; pero lo hizo con tanta suavidad que él no lo notó, aunque tenía el sueño tan ligero que lo despertaba el vuelo de una mosca. La mano de Sylvinet abrasaba como el fuego y se puso aún más caliente en la de Fadette. Rebulló, pero sin intentar retirar la mano. Entonces la Fadette le puso la otra mano en la frente con la misma suavidad de la primera vez, y él rebulló más. Pero, poco a poco, se fue calmando y ella notó que la cabeza y la mano de su enfermo se ponían más frescas por minutos y que el sueño se volvía tan sosegado como el de un niño pequeño. Se quedó así junto a él hasta que lo vio a punto de despertarse; y entonces pasó detrás de la cortina y salió de la habitación y de la casa, diciéndole a la comadre Barbeau:

–Vaya a ver a su muchacho y dele algo de comer porque ya no tiene fiebre y, sobre todo, no le diga nada de mí si quiere que lo cure. Volveré esta noche, a la hora en que me ha dicho vusté que se ponía peor e intentaré cortarle otra vez esa mala fiebre.

XXXV

La comadre Barbeau se quedó muy extrañada al ver a Sylvinet sin fiebre y le dio enseguida de comer, comida de la que disfrutó con algo de apetito. Y, como hacía seis días que no se le había ido la fiebre y no había querido tomar nada, todo el mundo se hizo lenguas de los conocimientos de la Fadette, quien sin despertarlo ni darle de beber y por la sola virtud de sus conjuros, a lo que pensaron, lo había puesto ya en tan buen camino.

Al llegar la noche, volvió la fiebre, y muy fuerte. Sylvinet se amodorraba, desvariaba en sueños y, cuando se despertaba, le daba miedo la gente que tenía alrededor. La Fadette volvió y, como por la mañana, se quedó a solas con él una horita, sin hacer más magia que cogerle las manos y la cabeza con mucha suavidad y echarle el fresco aliento en la cara ardiendo.

Y, como por la mañana, le quitó el delirio y la fiebre y, cuando se retiró, recomendó como siempre que no le mencionasen a Sylvinet su asistencia, se lo encontraron durmiendo con un sueño apacible, sin tener ya la cara encendida y sin parecer ya enfermo,

No sé de dónde había sacado esta idea la Fadette. Se le había ocurrido por casualidad y por experiencia con su hermano Jeanet, a quien había salvado cien veces al filo de la muerte sin darle más remedio que refrescarlo con las manos y el aliento, o hacerlo entrar en calor de esa misma forma cuando la fiebre alta le daba tiritona. Daba por hecho que el apego y la voluntad de una persona con buena salud y el contacto de una mano pura y bien viva pueden apartar el mal cuando esa persona goza de los dones de determinado ánimo y gran confianza en la bondad de Dios. Así que, en todo el rato en que imponía las manos, su alma le decía a Dios hermosas plegarias. Y lo que había hecho para su hermanito y lo que hacía ahora por el hermano de Landry no habría querido intentarlo con ninguna otra persona que le hubiera sido menos querida y por quien no hubiera sentido tanto interés; pues pensaba que la primera virtud de aquel remedio era el gran apego que se le brindaba de corazón al enfermo, sin el que Dios no nos daba ningún poder sobre su enfermedad.

Y, cuando la Fadette hechizaba así la fiebre de Sylvinet, le decía a Dios en su plegaria lo que le había dicho cuando hechizaba la fiebre de su hermano: «Mi buen Señor, haced que mi salud pase de mi cuerpo a este cuerpo doliente y, como el dulce Jesús os ofreció su vida para redimir el alma de todos los humanos, si es voluntad vuestra

quitarme a mí la vida para dársela a este enfermo; tomadla; os la doy de buen grado a cambio de su curación, que os pido».

Bien pensó la Fadette en probar la virtud de esta oración junto al lecho de muerte de su abuela, pero no se atrevió porque le pareció que la vida del alma y del cuerpo se apagaba en esa anciana por efecto de la edad y de la ley natural, que es la mismísima voluntad de Dios. Y la Fadette, que ponía, como estamos viendo, más religión que arte diabólica en sus hechizos, habría temido disgustarlo al pedirle algo que no solía conceder sin milagro a los demás humanos.

Ya fuera el remedio inútil o ya fuera soberano, lo seguro es que en tres días liberó a Sylvinet de la fiebre y que este no lo habría sabido nunca si, al despertar algo pronto la última vez que estuvo, no la hubiera visto inclinada encima de él y apartando despacito las manos.

Lo primero que creyó fue que se trataba de una aparición y volvió a cerrar los ojos para no verla; pero, cuando le preguntó luego a su madre si la Fadette no le había tocado la cabeza y tomado el pulso o si era un sueño que había tenido, la comadre Barbeau, a quien su marido había contado por fin algo de sus proyectos y deseaba ver a Sylvinet salir de su desagrado, le contestó que había ido efectivamente tres días seguidos por la mañana y por la noche y que le había quitado maravillosamente la fiebre atendiéndolo en secreto.

Sylvinet pareció no creerse nada; dijo que la fiebre se le había ido sola y que las palabras y los secretos de la Fadette no eran sino vanidad y locuras; pasó muy tranquilo y muy sano unos cuantos días y al compadre Barbeau le pareció que debía aprovechar para decirle algo de la posibilidad de la boda de su hermano, aunque, eso sí, sin nombrar a la persona en quien pensaba.

–No necesita ocultarme el nombre de la futura mujer que le tiene vusté destinada –contestó Sylvinet–. De sobra sé yo que es la Fadette esa, que los ha embrujado a todos.

Efectivamente, la investigación secreta del compadre Barbeau le había resultado tan favorable a la Fadette que no le quedaba ya duda alguna y tenía grandes deseos de poder decirle a Landry que volviera. Solo temía ya los celos del mielgo y se esforzaba por sanarlo de esa mengua diciéndole que su hermano no sería nunca feliz sin la Fadette. A lo que Sylvinet contestaba:

–Adelante, pues mi hermano tiene que ser feliz.

Pero aún no se decidían, porque a Sylvinet volvía a entrarle la fiebre no bien parecía haber mostrado conformidad.

XXXVI

No obstante, el compadre Barbeau tenía miedo de que la Fadette le guardase rencor por sus injusticias pasadas y de que, habiéndose consolado de la ausencia de Landry, no pensara en algún otro. Cuando fue al Mielgar a atender a Sylvinet intentó hablarle de Landry; pero ella hizo como que no lo oía y él se veía muy apurado.

Por fin, una mañana, se decidió y fue a ver a la Fadette.

–Fanchon Fadet –le dijo–, vengo a hacerle una pregunta a la que le ruego que me responda con honradez y verdad. Antes de que muriera su abuela, ¿tenía idea de los grandes bienes que iba a dejarle?

–Sí, compadre Barbeau –le contestó la Fadette–, alguna idea tenía porque la había visto a menudo contar oro y plata y nunca había visto salir de casa más que centavos; y también porque me había dicho a menudo, cuando las otras chicas se burlaban de mis andrajos: «No te preocupes por eso, niña. Serás más rica que todas ellas juntas y día llegará en que podrás ir vestida de seda de los pies a la cabeza si así lo quieres».

–Y entonces –siguió diciendo el compadre Barbeau–, ¿se lo contó a Landry y no habrá sido por su dinero por lo que mi hijo hacía como que estaba enamorado de vusté?

–En esto, compadre Barbeau –contestó la Fadette–, como siempre tuve metido en la cabeza que me tenían que querer por mis ojos bonitos, que es lo único que no me han negado nunca, no fui tan tonta como para decirle a Landry que mis bonitos ojos iban en una bolsa de piel de anguila; y eso que habría podido decírselo sin correr peligro, porque Landry me quería de tan buena fe y de tan buena gana que nunca se preocupó de si era rica o mísera.

–Y, desde que murió su abuela, mi querida Fanchon –añadió el compadre Barbeau–, ¿puede darme su palabra de honor de que Landry no se ha enterado por vusté o por otra persona de cómo están las cosas?

–Tiene mi palabra –dijo la Fadette–. Tan cierto como que amo a Dios que además de mí es vusté la única persona del mundo enterada del asunto.

–Y, en cuanto al amor de Landry, ¿piensa, Fanchon, que se lo sigue teniendo? Y ¿ha recibido desde la muerte de su abuela alguna seña de que no le ha sido infiel?

–En esto he recibido la mejor seña –contestó ella–; pues le confieso que vino a verme tres días después del fallecimiento y me juró que o

se moría de pena o me hacía su mujer.

–Y vusté, Fadette, ¿qué le respondía?

–Eso, compadre Barbeau, no tengo obligación de decírselo; pero lo haré para que se quede satisfecho. Le respondía que aún nos quedaba tiempo antes de pensar en el matrimonio y que me costaría decidirme por un muchacho que me cortejase en contra de la opinión de sus padres.

Y, como la Fadette lo decía con un tono bastante altanero y desenfadado, al compadre Barbeau le entró una preocupación.

–No tengo derecho a preguntarle nada, Fanchon Fadet –dijo–, y no sé si tiene intención de hacer a mi hijo dichoso o desdichado para toda la vida; pero sé que la quiere muchísimo y si estuviera en el lugar de vusté, con esa idea que tiene de que la quieran por vusté misma, me diría: «Landry Barbeau me quiso cuando llevaba andrajos, cuando todo el mundo me rechazaba y cuando sus propios padres cometían el error de reprochárselo como un gran pecado. Le parecí guapa cuando todo el mundo me negaba la esperanza de llegar a serlo; me quiso pese a los disgustos que este amor le daba; me quiso ausente y presente; me ha querido tanto, en fin, que no puedo desconfiar de él y no querré nunca tener a otro por marido».

–Hace mucho que me dije todo eso, compadre Barbeau –contestó la Fadette–; pero, se lo repito, me resistiría muy mucho a entrar en una familia que se avergonzase de mí y no cediera sino por debilidad y compasión.

–Si solo es eso lo que la detiene, decídase, Fanchon –siguió diciendo el compadre Barbeau–; pues la familia de Landry la estima y la desea. No vaya a creer que ha cambiado porque es rica. No era la pobreza lo que nos desagradaba de vusté, sino las malas cosas que se decían. Si hubiesen tenido fundamento, nunca, así se hubiera muerto mi Landry, habría yo consentido en llamarla nuera; pero quise saber a qué atenerme de todas esas cosas; fui a Château-Meillant solo para eso; me informé de la mínima cosa, en esa comarca y en la nuestra, y ahora reconozco que me mintieron y que es vusté persona formal y honrada, como afirmaba Landry con tanto ardor. Así que, Fanchon Fadet, vengo a pedirle que se case con mi hijo; y, si dice que sí, él estará aquí dentro de ocho días.

Esta propuesta, que ya tenía prevista, alegró mucho a la Fadette; pero, como no quería demostrarlo, porque lo que quería era que la respetase ya para siempre su futura familia, no respondió sino con miramientos. Y entonces el compadre Barbeau le dijo:

–Ya veo, muchacha, que algo se le ha quedado dentro contra mí y contra mi gente. No le exija a un hombre de edad que se disculpe; confórmese con una palabra sincera y, cuando le digo que en nuestra casa se la querrá y se la considerará, fíese del compadre Barbeau, que nunca hasta ahora ha engañado a nadie. Vamos, ¿quiere darle el beso de la paz al tutor que vusté ha elegido o al padre que quiere adoptarla?

La Fadette no pudo seguir más tiempo a la defensiva; le echó ambos brazos al cuello al compadre Barbeau; y el anciano corazón se holgó en ello.

XXXVII

No tardaron en ponerse de acuerdo. La boda sería en cuanto Fanchon se quitase el luto; ya solo quedaba arreglar el regreso de Landry; pero, cuando la comadre Barbeau fue a ver a Fanchon esa misma noche para darle un beso y su bendición, alegó que, con la noticia de la proximidad de la boda de su hermano, Sylvinet se había vuelto a poner malo y pedía una demora más, de unos cuantos días, para curarlo o consolarlo.

–Se equivocó, comadre Barbeau –dijo la Fadette–, al confirmarle a Sylvinet que no había sido un sueño cuando me vio a su lado tras írsele la fiebre. Ahora su pensamiento chocará con el mío y no tendré la misma virtud para curarlo durante el sueño. Puede ocurrir incluso que me rechace y que mi presencia lo ponga peor.

–No lo creo –contestó la comadre Barbeau–, porque hace un rato, al sentirse mal, se acostó diciendo: «¿Dónde anda la Fadette esa? Para mí que me había aliviado. ¿No va a volver?». Y le he dicho que iba a buscarla, con lo que ha parecido contento e incluso impaciente.

–Pues voy –contestó la Fadette–; solo que esta vez tendré que apañarme de otra manera porque, como ya le digo, lo que me valía con él cuando no sabía que estaba allí ya no le hará efecto.

–Y ¿no se lleva ni drogas ni remedios? –dijo la comadre Barbeau.

–No –dijo la Fadette–, el cuerpo no está muy enfermo, es con el pensamiento con lo que tengo que bregar; voy a intentar meterle dentro el mío, pero no le prometo que vaya a salir bien. Lo que sí puedo prometerle es que esperaré con paciencia a que vuelva Landry y que no les pediré que lo avisen antes de que hayamos hecho de todo para devolverle a su hermano la salud. Landry me ha pedido tanto que me ocupase de él que sé que aprobará que haya retrasado su vuelta y su contento.

Cuando Sylvinet vio a la Fadette junto a su cama, pareció descontento y no quiso decirle cómo estaba. Ella quería tomarle el pulso, pero él apartó la mano y volvió la cara hacia la pared. Entonces la Fadette hizo una seña para que la dejasen a solas con él y, cuando todo el mundo se hubo ido, apagó la lámpara y no dejó entrar en la habitación más que la luz de la luna, que estaba llena en ese momento. Y luego volvió junto a Sylvinet y le dijo en un tono de mando al que él obedeció como un niño:

–Sylvinet, ponga las dos manos en las mías y contésteme con la verdad, porque no he salido de casa por dinero y, si me he tomado la

molestia de venir a atenderlo, no ha sido para que vusté me recibiese y me lo agradeciese de mala manera. Así que fíjese bien en lo que voy a preguntarle y en lo que me va a contestar, porque no le sería posible engañarme.

–Pregúnteme lo que le parezca oportuno, Fadette –contestó el mielgo, todo cortado al oír que le hablaba con severidad semejante la burlona de la Fadette, a la que, en otro tiempo, había correspondido tan a menudo a pedradas.

–Sylvain Barbeau –siguió diciendo ella–, por lo visto quiere vusté morirse.

Sylvain se aturulló un poco antes de contestar; y, como la Fadette le apretaba la mano con cierta fuerza y le hacía notar su gran voluntad, dijo, muy confuso:

–¿No sería lo mejor que podría sucederme eso de morirme cuando bien veo que soy una desgracia y un estorbo para mi familia por mi mala salud y por…?

–Dígalo todo, Sylvain, no hay que ocultarme nada…

–Y por mi forma de ser agobiada, que no puedo cambiar –añadió el mielgo, muy contrito.

–Y también por su mal corazón –dijo la Fadette con un tono tan rudo que él sintió enfado; y miedo, aún más.

–¿Por qué me acusa de tener mal corazón? –dijo–. Me insulta cuando ve que no tengo fuerzas para defenderme.

–Le digo sus verdades, Sylvain –respondió la Fadette–, y muchas más voy a decirle. No siento ninguna compasión por su enfermedad porque entiendo lo suficiente para saber que no es nada grave y que, si hay un peligro para vusté, es el de que se vuelva loco, que es lo que intenta lo mejor que puede sin saber adónde lo llevan su malicia y la debilidad de su ánimo.

–Repróchemе la debilidad de mi ánimo –dijo Sylvinet–, pero, en cuanto a mi malicia, es un reproche que no creo merecerme.

–No intente defenderse –contestó la Fadette–, lo conozco algo mejor de lo que se conoce vusté a sí mismo, Sylvain, y le digo que de la debilidad nace la falsedad, y por eso es egoísta e ingrato.

–Si tan mal piensa de mí, Fanchon Fadet, es seguramente porque mi hermano Landry me ha tratado muy mal en lo que haya dicho y que le ha hecho ver a vusté el poco apego que me tenía, pues, si me conoce o cree conocerme, no puede ser sino por mediación de él.

–Ahí lo estaba yo esperando, Sylvain. Bien sabía que no diría tres palabras sin quejarse de su mielgo y sin acusarlo; pues el apego que vusté le tiene, por ser demasiado insensato y desordenado, tiende a convertirse en despecho y en rencor. En eso conozco que está medio loco y que no es buena persona. Pues le digo que Landry lo quiere diez mil veces más de lo que lo quiere vusté a él y la prueba es que nunca le reprocha nada, sea lo que sea lo que le haga soportar, cuando vusté todo se lo reprocha mientras que él todo lo que hace es ceder y servirlo. ¿Cómo quiere que no vea la diferencia entre él y vusté? Por eso cuanto mejores cosas me ha dicho Landry de vusté, peores cosas he pensado yo, porque he considerado que a un hermano tan bueno solo podía conocerlo mal un alma injusta.

–Y ¿por eso me odia, Fadette? No me había engañado en eso y bien sabía que me quitaba el amor de mi hermano hablándole mal de mí.

–También en esto lo estaba esperando, maese Sylvain, y me alegro de que por fin me acometa. Pues voy a contestarle que es un corazón malo y un hijo del embuste, ya que desconoce e insulta a una persona que siempre lo ha servido y defendido de corazón aunque bien sabía que lo tenía en contra, una persona que se ha privado cien veces del mayor y del único gusto que tenía en el mundo, del gusto de ver a Landry y de estar con él, para mandar a Landry a su vera y para que le

diese la felicidad que ella se quitaba. Y eso que no le debía nada. Siempre fue mi enemigo y hasta donde me llega la memoria nunca he conocido a un niño más rudo ni más altanero de lo que vusté era conmigo. Habría podido desear vengarme y ocasión no me ha faltado. Si no lo he hecho y si le he devuelto, sin que lo notase, bien por mal, es porque tengo una idea muy alta de lo que un alma cristiana debe perdonar al prójimo para agradar a Dios. Pero seguramente cuando le hablo de Dios no lo entiende, pues es vusté su enemigo y el de su propia salvación.

–La estoy dejando que me diga muchas cosas, Fadette, pero esta es ya demasiado y me está acusando de ser un pagano.

–¿Acaso no me ha dicho hace un rato que deseaba la muerte? Y ¿cree que sea esa una idea cristiana?

–No he dicho eso, Fadette, he dicho que…

Y Sylvinet se calló aterrado al pensar en lo que había dicho y que le parecía impío ante la reprimenda de la Fadette.

Pero ella no lo dejó tranquilo y siguió reprendiéndolo:

–Es posible –dijo– que lo dicho fuera peor que lo pensado, pues bien creo que no es que desee la muerte, sino que le gusta hacerlo creer para seguir mandando en su familia y atormentar a su pobre madre, que se desconsuela, y a su mielgo, que es lo bastante simple para creer que quiere poner fin a sus días. Pero a mí no me la da, Sylvain. Creo que teme la muerte tanto, e incluso más, que cualquiera y que juega con el miedo que les mete a quienes lo quieren. Le gusta ver que las decisiones más sensatas y más necesarias ceden siempre ante esa amenaza suya de dejar la vida, y es, desde luego, muy cómodo y muy grato no tener que decir sino una palabra para que todo se pliegue a nuestro alrededor. De esta forma es aquí el amo de todos. Pero eso es algo que va en contra de la naturaleza y lo consigue con medios que Dios reprueba, Dios lo castiga haciéndolo aún más desgraciado de lo que sería si obedeciera en vez de mandar. Y hete aquí que está harto de una vida que le han puesto demasiado regalada. Voy a decirle qué le ha faltado para ser un muchacho bueno y sensato, Sylvain. Y es haber tenido unos padres bien duros, mucha miseria, pan unos días sí y otros no, y golpes muy a menudo. Si hubiera tenido la misma escuela que mi hermano Jeanet y yo, en vez de ser ingrato agradecería la mínima cosa. Mire, Sylvain, no se ampare en su mielguería. Sé que han hablado de más a su alrededor de que ese apego entre mielgos era una ley de la naturaleza que tenía que matarlo en caso de que lo contrariasen, y creyó que obedecía a su

suerte llevando ese apego al exceso; pero no es Dios tan injusto como para marcarnos con un mal sino dentro del vientre de nuestra madre. No es tan malo como para darnos pensamientos a los que nunca nos podríamos sobreponer; y lo insulta, porque es un supersticioso, al creer que hay en la sangre de su cuerpo más tesón y peor destino que resistencia y razón hay en su espíritu. Nunca, a menos que esté loco, creeré que no pueda combatir sus celos si quisiera. Pero no quiere porque le han halagado de más ese vicio de su alma y le tiene menos estima a su deber que a su capricho.

Sylvinet no contestó nada y dejó que la Fadette lo siguiera reprendiendo mucho rato sin escatimarle ni una censura. Sentía que en el fondo tenía razón y que solo carecía de indulgencia en un punto: y era que parecía creer que él nunca había combatido su enfermedad y que había sabido de su egoísmo, sino que había sido egoísta sin quererlo y sin saberlo. Era algo que lo apenaba y lo humillaba mucho y le habría gustado darle una impresión mejor de su conciencia. En cuanto a ella, bien sabía que exageraba y le zarandeaba mucho adrede el ánimo antes de entrarle por la dulzura y el consuelo. Se esforzaba, pues, en hablarle con dureza y en parecerle airada mientras que, en su corazón, sentía tanta compasión y afecto por él que su fingimiento la ponía enferma y se fue más cansada de lo que quedaba él.

XXXIX

Lo cierto era que Sylvinet no estaba ni la mitad de enfermo de lo que parecía y gustaba de creer. La Fadette, al tomarle el pulso, se había dado cuenta de entrada de que la fiebre no era fuerte y de que si deliraba algo era porque tenía el pensamiento más enfermo y más débil que el cuerpo. Creyó, pues, que debía atacarlo por el lado del pensamiento inspirándole un gran temor; y, no bien se hizo de día, volvió a su lado. Él no había dormido, pero estaba tranquilo y como abatido. En cuanto la vio, le tendió la mano en vez de apartarla como había hecho la víspera.

–¿Por qué me ofrece la mano, Sylvain? –le dijo ella–. ¿Es para que le tome la fiebre? Bien veo en su cara que ya no tiene.

Sylvinet, con vergüenza por tener que retirar la mano, que ella no había querido coger, le dijo:

–Era para darle los buenos días, Fadette, y para agradecerle todo el trabajo que se toma conmigo.

–En ese caso, acepto el saludo –dijo ella cogiéndole la mano y sin soltarla de la suya–, porque nunca rechazo una cortesía y no lo creo capaz de suficiente falsedad para mostrarme interés si no sintiera un poco.

Sylvinet notó un gran bienestar, aunque estuviera despierto, al tenerle cogida a la Fadette la mano y le dijo con mucha suavidad:

–Y eso que ayer por la noche me maltrató mucho, Fanchon, y no sé cómo no le guardo rencor. Incluso me parece muy bondadosa al venir a verme con todo lo que tiene que reprocharme.

La Fadette se sentó junto a su cama y le habló de forma muy diferente de como lo había hecho la víspera; puso en ello tanta bondad, tanta dulzura y tanto afecto que Sylvain notó un alivio y un placer tanto mayores cuanto que había pensado que estaba más enfadada con él. Lloró mucho, se confesó de todos sus yerros y le pidió incluso su perdón y su amistad con tanto tino y honradez que ella bien vio que tenía el corazón mejor que la cabeza. Dejó que se explayara, riñéndolo aún a ratos; y, cuando quería retirarle la mano, él no se la soltaba porque le parecía que esa mano lo curaba de su enfermedad y de su pena al mismo tiempo.

Cuando vio ella que lo tenía donde lo quería tener, le dijo:

–Voy a marcharme y se levantará, Sylvain, pues ya no tiene fiebre y no debe andar regalándose mientras su madre se cansa atendiéndolo y perdiendo el tiempo en hacerle compañía. Luego comerá lo que le

sirva su madre de mi parte. Es carne y ya sé que dice que está asqueado de ella y solo vive ya de hierbajos. Pero da igual, se forzará, incluso aunque le cueste, no dejará que se le note. A su madre le gustará verlo comer algo enjundioso; y, en cuanto a vusté, el asco al que se sobreponga y que disimule será menor la próxima vez y ninguno en la tercera. Ya verá si me equivoco o no. Adiós, pues, y que no me hagan venir por ahora por culpa suya, porque sé que no volverá a estar malo si no quiere estarlo.

–¿Así que no vendrá esta noche? –dijo Sylvinet–. Estaba en que vendría.

–No soy médico por dinero, Sylvain, y tengo más que hacer que atenderlo cuando no está enfermo.

–Tiene razón, Fadette, pero no crea que el deseo de verla seguía siendo egoísmo; era otra cosa, me alivia hablar con vusté.

–Pues no es un inválido y sabe dónde vivo. No ignora que voy a ser hermana suya por el matrimonio, como lo soy ya por la amistad, así que bien puede ir a charlar conmigo sin que haya en ello nada reprobable.

–Iré, puesto que le parece bien –dijo Sylvinet–. Hasta la vista, pues, Fadette; voy a levantarme aunque me duele mucho la cabeza por no haber dormido y haber andado desconsolado toda la noche.

–Accedo a quitarle también este dolor de cabeza –dijo ella–; pero piense que será el último y que le ordeno que duerma bien esta noche.

Le impuso la mano en la frente y, al cabo de cinco minutos, se sintió tan refrescado y consolado que no notaba ya dolor alguno.

–Bien veo –le dijo– que me equivocaba al resistirme, Fadette: pues es una gran sanadora y sabe hechizar la enfermedad. Las drogas de todos los demás me sentaron mal, y vusté, solo con tocarme, me cura; creo que, si pudiera estar siempre a su lado, seguiría impidiendo que cayera en enfermedad o en culpas. Pero, dígame, Fadette, ¿no está ya enfadada conmigo? Y ¿quiere contar con la palabra que le he dado de someterme a vusté por completo?

–Con ella cuento–dijo la Fadette–; y, a menos que cambie vusté de idea, lo querré como si fuera mielgo mío.

–Si pensase lo que me está diciendo, Fanchon, me diría tú y no vusté, porque no suelen los mielgos hablarse con tanta ceremonia.

–Vamos, Sylvain, levántate, come, charla, pasea y duerme –dijo ella poniéndose de pie–. Esto es lo que mando por hoy. Mañana, trabajarás.

–Iré a verte –dijo Sylvinet.

–Bien está –dijo ella.

Y se fue, mirándolo con una expresión de amistad y de perdón que a él le dio de repente fuerza y ganas de salir de aquella cama de desdicha y holgazanería.

XL

La comadre Barbeau nunca se maravillaba lo suficiente de la maña de la Fadette y, por las noches, le decía a su hombre:

–Ahí tienes a Sylvinet que llevaba seis meses sin estar así; ha comido de todo lo que le hemos dado hoy sin hacer esas muecas suyas; y lo que no le cabe a nadie en la cabeza es que habla de la Fadette como del mismo Dios. No hay nada bueno que no haya dicho y se muere de ganas de que vuelva su hermano y se case. Es como un milagro y no sé si estoy dormida o despierta.

–Milagro o no –dijo el compadre Barbeau–, esta muchacha es muy capaz y bien creo que tenerla en una familia debe traer suerte.

Sylvinet se marchó tres días después para ir a buscar a su hermano a Arthon. Les había pedido a su padre y a la Fadette, como un estupendo premio, ser el primero en anunciarle su dicha.

–¿Así que todas las dichas me llegan a la vez? –dijo Landry al abrazarlo, pasmado de alegría–, ya que eres tú quien viene a buscarme y pareces tan contento como yo.

Volvieron juntos sin entretenerse por el camino, como es fácil suponer, y no hubo personas más felices que las del Mielgar cuando se vieron todas cenando en la misma mesa en compañía de la Fadette y Jeanet.

La vida les fue muy grata a todos durante medio año, pues la joven Nanette se comprometió con Cadet Caillaud, que era el mejor amigo de Landry después de los de su familia. Y quedó determinado que ambas bodas se celebrarían al mismo tiempo. Sylvinet le había cogido a la Fadette un apego tal que no hacía nada sin consultarla y tenía tal ascendiente sobre él que parecía considerarla hermana suya. Ya no estaba enfermo y de los celos no quedaba rastro. Si a veces parecía triste aún y en las nubes, la Fadette lo reprendía y en el acto volvía a estar sonriente y comunicativo.

Las dos bodas fueron el mismo día y en la misma misa; y, como no faltaban posibles, fueron unas bodas tan lucidas que el compadre Caillaud, que en toda la vida no había perdido la sangre fría, pareció un tanto achispado el tercer día. Nada estropeó la alegría de Landry ni del resto de la familia e incluso podría decirse que de toda la comarca; pues las dos familias, que eran ricas, y la Fadette, que lo era tanto como los Barbeau y los Caillaud juntos, tuvieron con todo el mundo grandes consideraciones y caridades. Fanchon tenía un corazón demasiado grande para no querer devolver bien por mal a quienes la

habían juzgado equivocadamente. Incluso más adelante, cuando Landry hubo comprado una buena hacienda que llevaba a pedir de boca con sus conocimientos y los de su mujer, esta mandó edificar en ella una bonita casa para acoger a todos los niños desvalidos de la comuna cuatro horas todos los días de la semana, y se ocupaba ella personalmente, con su hermano Jeanet, de instruirlos, de enseñarles la religión verdadera e incluso de asistir en su miseria a los más necesitados. Se acordaba de haber sido una niña desvalida y descuidada, y a los hermosos hijos que trajo al mundo los educó desde el principio para que fueran afables y compasivos con los que no eran ricos ni agasajados.

Pero ¿qué le ocurrió a Sylvinet entre la dicha de su familia? Algo que nadie pudo entender y dio mucho que pensar al compadre Barbeau. Alrededor de un mes después de la boda de su hermano y la de su hermana, cuando su padre lo andaba animando para que él también buscase y tomase mujer, contestó que no le tenía ninguna afición al matrimonio, pero que se le había ocurrido hacía una temporada una idea con la que quería cumplir, y que era meterse a soldado y alistarse.

Como no abundan los varones en las familias de nuestra región y a la tierra no le sobran brazos, no se ven casi nunca alistamientos voluntarios. Así que todo el mundo se asombró mucho con semejante decisión, de la que Sylvinet no podía dar razón alguna a no ser un capricho y una afición militar que nadie le había visto nunca. Todo cuanto pudieron decirle el padre y la madre, los hermanos y hermanas y el propio Landry no pudo hacerlo mudar de idea, y no quedó más remedio que recurrir a Fanchon, que era la mejor cabeza y la mejor consejera de la familia.

Estuvo conversando dos horas largas con Sylvinet; y, cuando los vieron despedirse, Sylvinet había llorado y su cuñada también; pero parecían tan sosegados y tan resueltos que no hubo ya objeciones cuando Sylvinet dijo que persistía y Fanchon, que aprobaba su decisión y le auguraba un gran bien en los tiempos por venir.

Como no se podía tener la seguridad de que no tuviera del asunto conocimientos mayores de los que reconocía, nadie se atrevió a resistirse más y la propia comadre Barbeau lo aceptó, no sin haber derramado muchas lágrimas. Landry estaba desesperado; pero su mujer le dijo:

–Es voluntad de Dios y deber de todos nosotros dejar que se marche Sylvinet. Creo estar bien segura de lo que te digo y no me preguntes

más.

Landry acompañó a su hermano lo más lejos que pudo y, cuando le dio su hato, que había querido llevar hasta allí echado al hombro, le pareció que le entregaba su propio corazón para que se lo llevase. Volvió con su querida mujer, que tuvo que cuidarlo; pues la pena lo tuvo durante un mes gravemente enfermo.

En cuanto a Sylvinet, no estuvo enfermo y siguió camino hasta la frontera; pues era la época de las grandes y hermosas guerras del emperador Napoleón. Y, aunque nunca le hubiera tirado el estado militar, tanto enderezó su voluntad que no tardó en destacar como buen soldado, valiente en la batalla como hombre que no busca sino ocasión de que lo maten y, sin embargo, manso y sometido a la disciplina como un niño al tiempo que severo con su propio cuerpo como los más veteranos. Como había recibido instrucción suficiente para que lo ascendieran, no tardaron en hacerlo y, en diez años de fatigas, de valor y de estupendo comportamiento, llegó a capitán, y además condecorado.

–¡Ay, si volviera por fin! –le dijo la comadre Barbeau a su marido la noche del día en que habían recibido una bonita carta suya, rebosante de afecto por ellos, por Landry, por Fanchon y, en fin, por todos los miembros jóvenes y viejos de la familia–. ¡Ha llegado casi a general y ya va siendo hora de que se tome un descanso!

–La graduación que tiene no está nada mal sin necesidad de más ascensos –dijo el compadre Barbeau–. Y ¡no deja de ser un gran honor para una familia de campesinos!

–Esta Fadette ya había previsto que llegaría a ocurrir –siguió diciendo la comadre Barbeau–. ¡Ya lo creo que lo había anunciado!

–Da igual –dijo el compadre Barbeau–. Nunca entenderé cómo se le ocurrió eso de repente y cómo le vino un cambio así de talante, a él que era tan tranquilo y tan amigo de sus comodidades.

–Viejo –le dijo su mujer–, nuestra nuera sabe de esto más de lo que quiere decir, pero a una madre como yo no se la dan con queso, y bien creo saber tanto como nuestra Fadette.

–¡Ya sería hora de que me lo contases a mí! –contestó el compadre Barbeau.

–Bueno, pues nuestra Fanchon es una hechicera demasiado grande –replicó la comadre Barbeau–, y tanto lo es que había hechizado a Sylvinet más de lo que habría querido. Cuando vio que el hechizo era tan fuerte, quiso contenerlo o amenguarlo; pero no pudo, y nuestro Sylvinet, al ver que pensaba demasiado en la mujer de su hermano, se

fue, a fuer de muy honrado y virtuoso, cosa en que la Fanchon lo apoyó y le dio la razón.

–Si así son las cosas –dijo el compadre Barbeau rascándose la oreja–, mucho me temo que no se case nunca, pues la sanadora de Clavières ya dijo en su momento que cuando se enamorase de una mujer se le pasaría el trastorno por su hermano; pero que solo querría a una en la vida porque era de corazón demasiado sensible y apasionado.

Notas

1 *François le Champi,* François el Enechado (o el expósito). *Champi* es una forma regional o rural, que se encuentra ya en Rabelais; procede de la palabra *champ,* «campo»: niño ilegítimo abandonado en pleno campo, o también concebido en un encuentro clandestino en los campos. *[Esta nota, como las siguientes, es de las traductoras.]*

2 Personaje de otra novela campestre de George Sand, *La charca del diablo* (1846). Se refiere al labrador que macera los tallos del cáñamo o del lino.

3 La autora habla de sí misma en masculino, como corresponde al nombre con el que firma.

4 Se trata de Armand Barbès (1809-1870). Republicano y socialista, tras un intensa vida política y revolucionaria y frecuentes estancias en prisión, murió en La Haya en un exilio que se había impuesto voluntariamente en 1854.

5 Este segundo prefacio se escribió para la edición de las *Obras completas de George Sand con ilustraciones de Tony Johannot y Maurice Sand* en nueve tomos *(La petite Fadette* está en el tomo II), Hetzel, París, 1851-1856.

6 Del 22 al 26 de junio de 1848 hubo en París una sublevación obrera ferozmente reprimida. A raíz de ella en las siguientes elecciones presidenciales y legislativas aumentó el voto conservador. Luis Napoleón Bonaparte fue presidente de la Segunda República y, el 2 de diciembre en 1851, pocas semanas después de la fecha de este prefacio, dio el golpe de Estado que desembocó en el Segundo Imperio.

7 Era costumbre de las aldeas de Berry, región donde transcurre la historia y donde residía la autora, feminizar los apellidos para nombrar a las mujeres, añadiendo el artículo femenino delante y poniéndoles un sufijo femenino.

8 En *Cuentos y leyendas de Berry* George Sand dice: «Georgeon era el diablo por la zona de Berry llamada el Valle negro. […] ¿Qué rango ocupaba Georgeon en la jerarquía de los espíritus malignos? Eso es lo que nunca he conseguido saber. […] A un hombre llamado Georgeon se lo llevó una vez el diablo en Montgivray. ¡Quizá fue esa alma condenada la que desempeñó a partir de entonces el oficio de llevar a las demás almas a la perdición!».

Créditos

alba clásica
título original: *TLa petite Fadette*
© de la traducción: María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego
© de esta edición: ALBA EDITORIAL, **s.l.u.**
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona
www. albaeditorial.es
diseño: Pepe Moll de Alba
primera edición: marzo de 2021
Conversión a formato digital: Alba Editorial
isbn: 978-84-9065-760-7
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las san- ciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 lleva recuperando grandes clásicos de la literatura universal (Alba Clásica y Alba Clásica Maior) en nuevas traducciones y cuidadas ediciones. Presta asimismo atención al ensayo histórico y literario en su colección Trayectos, donde también se publican diarios y libros de memorias.

En el campo del teatro y el cine, merecen una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y profesionales en general del teatro, y la colección Fuera de Campo, con textos de formación en todos los ámbitos cinematográficos. También destacan sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido en 2010 el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial. En 2012 incorporó a su catálogo dos nuevas colecciones de literatura, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros y no canónicos del siglo XX), e inició una línea de infantil/ilustrado con la publicación de una serie de libros disco, a los que pronto seguirían nuevas colecciones como Pequeña & Grande, Pequeños Grandes Gestos y Cuentos Vintage. En el año 2018 ha lanzado una nueva colección de poesía.

Consulta www.albaeditorial.es
Alba Editorial, S.L.U.
Baixada de Sant Miquel, 1 bajos
08002 Barcelona
T. 93 415 29 29
info@albaeditorial.es